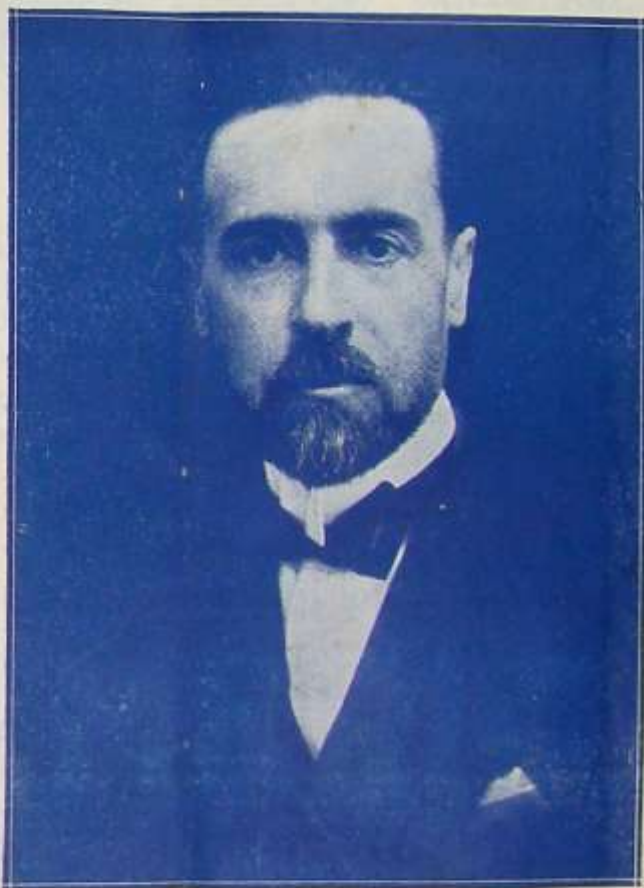


# AMERICA

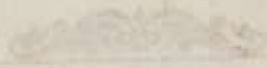
Núm. 31



Don José Rafael Bustamante

# ALBION

Nov. 31



The Hon. James Buchanan



**..y cuando ya estaba lista para el baile,  
¡dolor de muela!**

*¡Adios soñada noche de alegría!*

*Pero alguien se acordó de la CAFIASPIRINA. ¡Dos tabletas, un vaso de agua, cinco minutos ... y ¡aliviada por completo!*

Desde entonces, a fin de que ningún dolor pueda robarle sus horas de alegría, siempre tiene a mano un tubo de la preciosa



# CAFIASPIRINA



**Dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; cólicos menstruales; consecuencias de trasnochadas y excesos alcohólicos, etc.**

*Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.*



# GASOLINA "CHIMBORAZO"

es la que Ud. debe usar para su carro

ECONOMIA

MAYOR FUERZA

MAYOR RECORRIDO

PERFECTO FUNCIONAMIENTO DEL MOTOR

SON SUS DISTINTIVOS

Consulte a las mejores Agencias de Automóviles de Quito  
y no vacilarán en recomendarla.

SOG. COM. ANGLO ECUATORIANA LTDA.

CARRERAS «VARGAS» Y «MANABI»

AGENTES GENERALES



## LA LECHE IDEAL

Activada contra el  
RAQUITISMO, por los  
RAYOS ULTRA-VIOLETA

La toman los niños  
sin repugnancia alguna, debido a su exquisito sabor.—Asegura una buena dentición,  
huesos fuertes y desarrollo vigoroso.—PIDA UD. EN TODA BUENA BOTICA.

*Alfonso Vallejo Araujo, Concepcionario.*

## Arados "BURRITO"

BUREAU FOR INTERNATIONAL COMMERCE

Teléfono 2-1-8.—Pasaje Royal.—Apartado 92



# AMERICA

Contenido del N° 31

- *Nuestro tercer aniversario*  
*José Rafael Bustamante a el embajador de Alemania*, por Isaac J. Barrera  
*La claridad en la poesía*, por José Rafael Bustamante  
*Emoción*, por María Esther Valdivia  
*Disfrute corazon*, por Arturo Vazquez Cey  
*Tradición y renovación*, por Pablo Rojas Paz  
*Un hombre avila bajo la luna*, por Pablo Neruda  
*Poemas naturales. Epigrama. Fin*, por Alvaro Yunque  
*El mensaje a la juventud*, por Santiago Arguilla  
*El Albigro*, por Gastón Figueroa  
*Poemas: Soneto, Amor de domingo, Vigilia*, por Antonio Montalvo  
*Blasfemias*, por Guillermo Bustamante  
*Poesías: Alusión de Schubert, El muerto, A los héroes sin nombre, Ave María, El fantasma*, por Salvador Díaz Mirón  
*Coleccionismo ibérico*, por Remigio Crespo Toral  
*La deuda*, por Juana de Ibarbourou  
*María casera*, por Luis Cordero Dávila  
*Los dos Góngoras*, por Manuel Crespo O  
*El libro de la bondad*, por Jorge Carrera Andrade  
*Homo—epa*, por Baltasar Drumundo  
*Dolor*, por Mary Coryle  
*Pecadores*, por Alberto Guillén  
*El hombre de América*, por Gonzalo Escudero  
*Una página de "Bella Divera" de Henry Bastos*  
*Intercambio de la Nueva*, por Augusto Arias  
*Al trazar de los libros*, por Alejandro Andrade Cuello  
*Nuevas poesías: Palareto, Misterios, Dolor, Casarón, Sueño*, por  
Alfredo Martínez  
*Let. Dulce y Novecento*, por Juan Montalvo  
*La Sociedad de Músicos Emancipados "Juan Sebastián Bach"*  
*Retratos de Don José Rafael Bustamante y Romano, María Cordero  
y Lulu*


## A NUESTROS LECTORES

Rogamos a los directores de revistas u otras publicaciones, a los escritores y a los bibliotecarios nacionales y extranjeros que reciben nuestra Revista, se sirvan acusarnos recibo. Si después de esta remisión no recibimos ninguna noticia, suspenderemos el canje o el envío gratuito.

Toda correspondencia debe dirigirse a: Srs. Directores de AMERICA, Apartado N. 75.-Quito, Ecuador. S. A.

### SUSCRIPCIÓN

Número suelto..... \$ 0,50  
Entrega de siete números (valor adelantado).. 3,00



AMERICA

REVISTA DE CULTURA  
HISPANOAMERICANA

REDACCION:

*Alfredo Martínez*  
*Guillermo Bustamante*  
*Augusto Arias*  
*Fernando Chavés*

Director Artístico:  
*Nicolas Delgado*

Año III

1928

Agosto

# AMERICA

REVISTA DE CULTURA  
HISPANOAMERICANA

Nº 31

QUITO--ECUADOR

Apartado Nº 75

## NUESTRO TERCER ANIVERSARIO

Tres años de vida literaria. Y aún no se nos apaga la llama del entusiasmo con que emprendimos en esta carrera quijotesca. Y en esta fecha de recordación placentera, sentimos el mismo fervor de ayer para continuar la misma tarea. Porque siempre hemos creído que lo que hoy hacemos, no es más que un principio de lo que debemos hacer mañana. El mañana es tan dulce y tan claro para la juventud, que los nobles sentimientos hallan los horizontes y las cumbres siempre radiantes, donde el entusiasmo, la constancia y la voluntad, que forman la sangre robusta de nuestro espíritu, es el Norte de la vida optimista.

Cuando pensábamos en AMERICA—idea que no tardó en ser pan de nuestras almas y acicate de nuestros anhelos—, pensamos en el adelanto cultural de nuestra Patria; y al pensar en ella, nos invadió como un torrente de ritmos y de soles, el nombre de los países que como nosotros viven y luchan enarbolando en la torre de los idealismos el sacro pendón del Idioma y de la Raza, cuyas raíces se immortalizan hasta en las rocas de nuestros volcanes.

Y nuestros afanes se han hecho carne y perfume. Y todo esto a pesar del ambiente denso e inhóspito para el franco desarrollo de nuestras artes. Pues contamos con numerosos amigos en los países de la América Hispana, quienes, librando las vallas fronterizas—rocas fatales del egoísmo de los pueblos—, nos envían el mensaje fraterno de sus ideas y sus sentires para armonizar la gran república del pensamiento humano. Además, con las iniciativas de AMERICA, se han editado algunos libros que han merecido el aplauso de la crítica extranjera.

Mucho nos queda por hacer. Y para ello contamos con el decidido apoyo que nos prestan los ecuatorianos cultos.

Y ahora consignamos los nombres del Doctor Isidro Ayora, Presidente Provisional de la República, del Doctor Homero Viteri Lafronte, Ministro de Relaciones Exteriores, como propulsores de las letras nacionales que, indiscutiblemente, merecen una franca atención. La cultura de estos dos mandatarios es un prestigio para el Ecuador.

Nos queda, ahora, hacer ostensible nuestro profundo agradecimiento a nuestros distinguidos colaboradores y a la prensa nacional y extranjera que nos animan con sus benevolencias.

**Directores de AMERICA**

## JOSE RAFAEL BUSTAMANTE O EL SEMBRADOR DE IDEAS

ES un espíritu dilecto. Frente a la actitud unilateral o pragmatista estará siempre la del filósofo que lejos de toda practicidad busca sistematizar, unificar, dar cuerpo a las ideas. Desgraciados los que tienen un ideal, dice Rugeot, pero más desgraciados serán los que no lo tienen. Las ideologías pecan de sutileza metafísica, y son fantásticas, porque en el mundo no pueden vivir las ideas puras sin la forma que les dé asidero a la realidad.

Empero, nada quitará a la admiración que deben causarnos estos seres, que aspirando a una perfección no usual ni acostumbrada, no quieren, ni aunque quisieran pudieran, tomar contacto con la realidad, con la realidad llena de sobresaltos y debilidades, como que es la argamasa que ha servido para modelar lo humano.

La realidad no es la línea recta, libre de peligros y contaminaciones, sino la lucha del espíritu con las pasiones y las miserias, el triunfo del instinto o la organización de la inteligencia, pero sin rehuir el contacto con todo lo que nos rodea. La idealidad es una quimera, el mundo de los ensueños, lo suprasensible; pero felices aquellos que pueden hacer abstracción de lo deforme para aspirar siempre a lo perfecto.

Espíritus dilectos que quisieran encontrar nuevos troqueles en los cuales se rehiciera la humanidad; desde lo alto, con desinterés y magnanimidad van diciendo las palabras serenas y justas, que debieran servir de oráculo a las multitudes, si por desgracia no fueran a chocar contra el sentido histórico y la realidad. Pero de todas maneras, estos sembradores de ideas son altas personalidades que honran a los pueblos en que viven, con la condición de que no bajen de su pedestal para tomar parte en las luchas sociales, pues que con ello correrían el riesgo de perder la serenidad que los hizo admirables.

José Rafael Bustamante es un perenne mantenedor de ideales y, por esto, su nombre no sólo tiene una particular distinción, sino un significado de bandera que reúne en su torno a todos aquellos que, en las con-

tinuaciones democráticas, quisieran salir sin mancha, como aquel plumaje de ave cantado por Díaz Mirón.

Y tiene devotos de toda clase.

En lo literario quisiera la claridad de pensamiento y de elocución, sin parar la consideración en que el arte es el signo superior del descontento humano y que no puede resignarse a renunciar al amable Dorado, oculto entre montañas y precipicios.

En su meditativa juventud hubo un escritor español que ejerció influencia sobre su estilo: el montañés Pereda, castizo y claro, iba dejando una estela para los selectos. El poder descriptivo del español tuvo en Bustamante un aventajado competidor. ¡Habéis leído la pintura de un incendio en las quiebras de Los Andes? ¡Habéis seguido con el escritor la pintura del paisaje que se contempla desde la azotea de su casa?

Sobre Pereda tiene Bustamante el afán del psicólogo y para nadie como para este último podrá ser más justa la frase de Amiel, quien afirmaba que todo paisaje era un estado de alma. El poder analítico se ha ejercido por Bustamante con sugestionadora insistencia, ya cuando descubría el alma del protagonista de *Para matar el gusano*, el mejor logrado intento de novela en el Ecuador, como cuando consiente en bajar a la líza periodística para exaltar doctrinas y depurar conceptos.

Si algún reparo pudiera ponerse a este espíritu dilecto sería el de la falta de entusiasmo, cosa perfectamente explicable en quien ejerció el análisis con tenacidad implacable. Bustamante quisiera permanecer en la suave penumbra de la meditación: *augello cum libello*, asqueado de la realidad manchada por el polvo y consintiendo en hablar solamente cuando su idealidad exasperada le exige la corrección.

Bustamante es miembro correspondiente a la Academia de la lengua española; la precisión elegante de su estilo le llevaba a la Academia; nuestra anémica corporación ha tomado bríos con su entrada. Pertenece a la Jurídico-Literaria, en cuya Revista ha escrito bellas páginas. Como diplomático ha dado timbre a su patria en el extranjero. Alguna vez hasta tomó parte en la política activa.

Es un espíritu dilecto.

Isaac J. BARRERA



## LA CLARIDAD EN LA ELOCUCION

CONVIENE recordar, para contribuir a enderezar ciertas tendencias, algunos principios fundamentales de la estética, si no controvertidos, proscritos por lo menos hoy en la práctica del arte literario, a causa del immoderado afán de originalidad que produce, en las nuevas generaciones y en la corriente universal del pensamiento contemporáneo, algo así como una fiebre o desvarío de innovación, de creación, de imposición caprichosa de extrañas maneras y formas.

Reconocemos que el arte literario, como todas las artes y ciencias, está sujeto a la ley del perfeccionamiento y la evolución y que, por lo tanto, no puede señalársele límite fijo ni reglas inmutables ni moldes definitivos. Nos place admirar la virtualidad creadora del espíritu humano y cómo en su desarrollo indefinido puede alcanzar nuevas y mejores modalidades, combinaciones singulares, síntesis magníficas y fecundas. Respetamos en el arte como en toda manifestación humana, la libertad del pensamiento y el sentimiento, fuente de expansión y progreso; y nos sentimos dispuestos y abiertos para percibir la belleza donde quiera que irradie y resplandezca.

Pero, al mismo tiempo, no podemos menos de creer en que, para el ser y la vida, para el mundo físico y el moral, existen ciertas leyes, cierta relación profunda que enlaza las diversas formas y manifestaciones en unidad originaria, permanente, esencial. Para ver y sentir, para comprender y querer, para nuestras sensaciones y operaciones intelectuales habemos menester continuidad, unidad. Todas las cosas, asimismo, se nos presentan y ofrecen dentro de un marco, dentro de un conjunto, dentro del espacio y el tiempo. Esta es la ley fundamental: en medio de la multiplicidad, la unidad; en medio de la variedad, la armonía. La multiplicidad sin unidad sería el caos, y es inconcebible; la variedad sin la armonía es el desorden, y no existe. El perfeccionamiento no está sino en la fecundidad múltiple reduciéndose a la unidad, ordenándose, creando centros de movimiento, de atracción, de cooperación, de amor. Universo es la palabra que expresa este conjunto de cosas, de seres, de mundos que van enlazados por relación íntima,

irrompible, por solidaridad inquebrantable, por dependencia recíproca que los estrecha y hermana, que los mantiene en esencia al través de todos los cambios y todas las mudanzas, que quizá infunde en ellos el anhelo de mayor unidad, de mayor armonía, de mayor perfección. La palabra universo, dice Donoso Cortés, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno. Y toda la filosofía no es sino un esfuerzo intelectual para explicar la relación de lo uno con lo múltiple; y las ciencias no hacen otra cosa que describir, enumerar, acopiar los hechos y establecer el principio de unidad —la ley— que los enlaza y determina.

La estética debe tener también ese principio de unidad sin el cual no hay ni puede haber conocimiento ni realidad objetiva. Si la belleza como pensamiento, como emoción, como atributo que fluye de las cosas, careciese de ese principio unificador y esencial, la belleza no sería sentida ni pudiera ser expresada. Varias son las cosas bellas, infinitas las formas que la belleza reviste, libre y creadora la fecundidad de nuestro espíritu; pero hay algo que relaciona y regula y ese algo es lo que sirve para establecer la norma y la ley. La unidad es, como si dijéramos, la condición de toda inteligibilidad, la forma *a priori* de la conciencia, la unidad de la aprehensión que decía Kant. Para ser inteligibles y perceptibles, las cosas deben estar sujetas a cierta relación o unidad. Porque, es claro, que si dos cosas fuesen absolutamente distintas, sin punto de comunidad o semejanza, el entendimiento no podría percibir las ni entenderlas una vez que el conocer y percibir supone relación también, honda y grande, entre el sujeto y el objeto; de suerte que, si dos cosas son percibidas por un mismo sujeto, quiere decir que entre ellas hay relación, comunidad de esencia o naturaleza, pues de otro modo no podrían enlazarse en la aprehensión común de un sujeto sensible e intelectual. Y esto no es sutileza ni abstracción. Son consideraciones elementales y sencillísimas que se imponen en cuanto se reflexiona sobre los problemas del conocimiento.

Bien sabemos que tales problemas y consideraciones suenan hoy en día a hueco, porque está de moda echar a mala parte:

do la que tenga que ver con el discurso, la reflexión y el juicio. Hoy bastan el automatismo psíquico, el creacionismo, el ultraísmo y otras tantas expresiones que no se pueden analizar porque se encuentra uno casi sin materia de análisis. Espíritus anticuados, nos obstinamos en pretender que el raciocinio y el pensamiento sirven para algo. Obedecemos, pues, a nuestra ley como los espíritus modernos a la suya. Que la nuestra sea la razón y la de ellos la sinrazón, les tendrá sin cuidado, ya que aspiran justamente a eso, al destierro de toda lógica, de toda verdad, de toda evidencia. Tampoco nosotros nos curamos de sus desvarios ni pretendemos traerles al campo de nuestras ideas. Queremos estar bien con nosotros mismos y con el gran grupo de gentes que gustan de la naturalidad, la sencillez, la claridad, la verdadera elegancia.

El afán del pensamiento es relacionar todas las cosas y las que impresionan agradablemente nuestros sentidos son aquellas que alcanzan cierta armonía en su ser interno y en su relación con nuestra sensibilidad. La emoción estética, piensa Guyau, es la que proviene de la íntima armonía de todas nuestras facultades. En contraposición con los que creyeron que la emoción de la belleza nacia tan sólo en la función de los sentidos superiores—la vista, el oído— coronada por la función intelectual, Guyau cree que todo lo que hay en nuestro ser concurre a la suprema emoción, a la emoción estética. La belleza viene a ser así armoniosa resonancia interior, eco de la armonía de las cosas, de su vida, de su orden, de su compenetración, de su unidad. *Splendor ordinis*, que pensó San Agustín. Claridad de la proporción, que dió a entender Santo Tomás.

Entre todas las funciones de la unidad, sobresale, sin duda alguna, la función vital, la vida. Para Guyau, la noción de la vida, con virtud intensiva y extensiva, fué idea central de su filosofía. Bien se puede afirmar que en ninguna cosa resplandece tanto el principio de unidad y armonía como en los seres vivos, principio que se robustece, se magnifica conforme se asciende en la escala zoológica hasta llegar al hombre donde encontramos, objetivamente, en la contemplación de los demás hombres, y, subjetivamente, en nuestra propia conciencia, el máximo de unidad que nos es dable observar y alcanzar. Y, en ritmo paralelo, podemos asimismo asegurar que la belleza acompaña a la vida y que a mayor vida corresponde mayor belleza. Con harta razón dice Plotino a este respecto:

"¿ Por qué la belleza brilla en todo su esplendor en el rostro de un ser vivo y no queda ningún vestigio de ella después de la muerte aún antes de que sus rasgos y facciones se hayan alterado? ¿ Por qué, entre varias estatuas, parecen más bellas las más vivas y no las mejor proporcionadas? ¿ Por qué un animal vivo es más bello que un animal pintado por perfecta que sea la forma de este último? La forma viva nos parece más deseable porque tiene un alma, porque es más conforme al bien. Y el alma está iluminada y coloreada por la luz del bien y, esclarecida por él, está como más despierta y ligera y aligerando y despertando y haciéndole participar del bien al cuerpo en que ella reside en cuanto es capaz de eso el cuerpo".

El alma, el bien son principios de unidad que fecundizan y armonizan las cosas. Y Plotino agregó: "Nuestra verdadera patria es la unidad suprema o la plenitud del bien".

Pero lo que es preciso observar y penetrar cabalmente es que allí donde el principio de unidad robustece y aumenta su fuerza y función, se produce cierta gracia, cierta claridad, cierto esplendor, cierta fulguración que, según nosotros, es lo característico de la belleza. El mismo Plotino lo ha dicho: "Lo bello es, en efecto, más bien lo que resplandece en la proporción que la proporción misma; es eso lo que se hace amar". De ahí es que bien se podría decir que lo bello es el esplendor de la vida, la claridad del ser, el brillo de las cosas.

La belleza es claridad, la poesía es luz. Claridad y luz que manan de la intensidad armoniosa del ser, de la fecundidad ordenada de la vida. Lo que cobra fuerza, vigor, tiene armonía, colorido, gracia, luz, belleza. La fuerza que unifica, que engendra armonía —y creemos que toda fuerza tiene esa virtud— crea todas las maravillas del mundo exterior y el interior. Y por eso la vida, que es la fuerza más profundamente apta para compenetrar y unir, es un manantial de belleza en sus múltiples formas y manifestaciones. La vida es una maravilla por fuera y por dentro. Afuera, la gracia, la forma, el movimiento; dentro, la sensación, la conciencia, la imagen, la idea, el amor, el dolor. Aprehended la vida en su centelleo y ondular por todas partes, intuida en lo fondo de las almas con sus pasiones, sus anhelos, sus ideales y habéis aprendido belleza. Y no puede ser de otra manera, puesto que los diversos conceptos en que nosotros dividimos y partimos la realidad



tienen que unificarse, obtener su síntesis en cuanto nos remontamos en el examen de los elementos que los constituyen. Verdad, bien, belleza, poder resultan, en último análisis, la misma cosa, el mismo concepto, la misma idea. La verdad es lo que es y lo que puede y debe ser. El bien es la realidad, la verdad que nos eleva y perfecciona. El poder es la fuerza del ser, el principio de su actividad, su capacidad o potencia de obrar y realizar el bien y la verdad. La belleza es el fulgor de lo que es y de lo que debe ser, el fulgor de lo que obra y se mueve para pasar de lo real a lo ideal. ¿Qué diferencia sustancial cabe entre tales conceptos? El ser y la vida es lo fundamental, la médula y sustancia de todos ellos. La unidad en la variedad es, igualmente, propio del bien, la verdad, la belleza y el poder. El ser es múltiple y uno al mismo tiempo, y el desarrollo infinito de esos dos elementos es el camino de la perfección.

"Otra calidad de la hermosura, dice el Padre Nieremberg, señalan muchos filósofos en un cierto género de gracia y resplandor que acompaña a la proporción de partes y las demás propiedades de lo hermoso, con que se hace más apacible y agradable. Los latinos la llaman *aitor*; mas en romance no hallo tan acomodado vocablo que lo declare, si no es llamándole *lustre*, o dándole el nombre de *claridad*, con que algunos la llaman, para hacerla común a los sentidos capaces de ella, según Platón, que son la vista y el oído, por que es particular gracia de la música que tenga voces claras, como también de los colores que tengan lustre, resplandor y claridad... Y sin duda la claridad hermosa y agracia mucho, pues el sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y luz... que por sí es hermosísima".

La claridad, el lustre, la gracia acompañan a toda vida intensa y poderosa, entendiéndose por intensidad y poder no tan sólo la fuerza en sus efectos dinámicos y exteriores sino en la virtud de unir y armonizar. Hay seres y vidas débiles, pequeños, delicados que, no obstante, poseen especial encanto y hermosura; pero en ellos la fuerza es interna, no se manifiesta al exterior en grandes y vistosos efectos, sino que combina y conmensura de tal manera las partes que su armonía se traduce en suave y encantador brillo, matiz, claridad.

La belleza es luz, vida, espíritu: lo que ilumina, lo que anima, lo que une y ordena. Por eso Hegel, al graduar el valor estético

de las diferentes artes, se esmera en señalar el grado de espíritu o idea que corresponde a cada una de ellas. "El arte es, según Hegel—como lo expone Fouillée— el espíritu penetrando en la materia y transformándola en su imagen. Pero como la materia, en la que encarna la idea, es más o menos dócil o rebelde, hay diferentes clases de arte. La arquitectura produce el sentimiento de lo inmóvil infinito. En la escultura, la forma y la idea se penetran; no es como la arquitectura un símbolo indirecto y lejano en que una muchedumbre de accesorios no sirven para la expresión de la idea; todo, en la estatua, expresa la idea directamente y la vuelve visible a los ojos. Sin embargo, la escultura no reproduce sino la forma de la vida y no puede hacernos ver el alma en sí misma tal como ella reside en la mirada. La pintura, espiritualizando más y más la materia, de la cual no conserva sino los colores, aprehende el hecho y fija para siempre uno de los momentos de la vida. No es sino un momento, es cierto, retenido al paso y sustraído a la fuga del tiempo. La pintura es aún un arte exterior y material. Arquitectura, escultura y pintura, tomadas juntas, constituyen lo que Hegel llama el arte objetivo, es decir, adherido al objeto y vuelto hacia afuera. La música, al contrario, reproduce lo que hay de más íntimo en el alma, el sujeto; sentimiento móvil, la pasión con sus mil matices. Es un arte todo subjetivo, vago e infinito como lo era su contrario, la arquitectura, que nos ha parecido el más objetivo de las artes. Así se tocan los extremos. La oposición de las artes materiales y espirituales reclama un arte superior que las concilie, un arte universal y absoluto, en que la forma y la idea, el objeto y el sujeto sean inseparables. Este arte que, resumiendo todos los otros, construye, esculpe, pinta, canta, habla y piensa, es la poesía".

Si la belleza es, como lo acabamos de ver, la claridad, el esplendor de la vida, el lustre de la proporción y el orden, la unidad en la variedad, el espíritu animando y encendiendo y ordenando la materia, la idea que modela y perfecciona la realidad, veamos qué debemos entender por claridad, orden, vida, espíritu. Palabras éstas que todos las conocen y emplean, palabras nítidas y diáfanas que requieren, no obstante, que nos detengamos en ellas para exprimirles la sustancia y aprovecharla en orden a esclarecer y fijar ideas trascendentales y definitivas.

Lo claro, aplicado a las cosas que percibimos con el sentido, es lo que, bañado de luz, se ofrece o muestra bien distinto con su línea y color propios, con su dibujo y matiz peculiares, con su forma y relieve característicos. Es la revelación del ser, la manifestación de lo que existe, la expresión de las cosas a la luz, esto es, al influjo y amparo y en función de un medio sutil, de un fluido ondulante, de un movimiento delicadísimo que une y comunica los mundos. La luz resulta así el elemento físico esencial a la claridad. Sin luz las cosas pueden impresionar otros sentidos, pero no podemos aplicar, sino forzando el concepto o tomándolo en uno solo de sus elementos, el dictado o calificativo de claras a las sensaciones que nos vienen por conducto de ellos. Al sonido, por corresponder al sentido que, después de la vista, es el más intelectual, el más cognoscitivo, cabe calificarlo así mejor que a los otros. Hay olores distintos, mediante el tacto distinguimos también los objetos, el gusto es un sentido delicado y, sin embargo, lo claro nos parece más propio de la vista y hasta del sonido.

El que la claridad, la idea de claridad, que consideramos como parte esencial de la de belleza, sea propiedad de las cosas que, cubiertas de luz y destacadas en la forma, se ofrecen a los ojos, justifica la opinión de los antiguos filósofos que tomaron siempre lo bello como asunto de razón y conocimiento y contemplación, esto es, como calidad relacionada con las potencias o funciones cognoscitivas, negando tal atributo a las otras maneras de relación entre nuestra sensibilidad y el mundo físico. Pero creemos, con Guyau, que todo lo que nos afecta concurre a producir la verdadera emoción estética, la que encuentra su coronación, su iluminación, su claridad cuando ese conjunto de impresiones adquiere la plena conciencia, la plena luz, la plena síntesis que procuran los sentidos superiores y el intelecto. Nuestro ser profundo, que viene de lo inconsciente, cargado y rico de instinto, de gérmenes, y que va despertándose poco a poco, merced a las diversas sensibilidades, tiene que traer mil fuerzas estimuladoras y fecundantes para excitar y avivar la operación perceptiva de ver, oír, pensar. Y esta operación, a su vez, ejerce gran influencia en el movimiento y desarrollo de nuestros apetitos, afectos y pasiones. Lo que satisface nuestras nece-

sidades, lo útil, viene también a formar parte de esa sinfonía interior en que cada nota resuena gratamente y se acuerda con las demás. Es la alegría que brota de lo hondo, la felicidad del cuerpo y el alma que hinchen, que llenan el ser, que lo exaltan y dilatan y derraman, que le llevan a la comunión con el universo.

La luz, que hace surgir todas las cosas y les da color y brillo, y revela y acusa sus formas y contornos, y las estimula y vivifica en su ser íntimo y virtual, y las calienta, enciende y arrebató; la luz, que en sí misma es cosa hermosísima y deliciosa, júbilo de los ojos y vigor de las fibras de nuestro cuerpo, es la generadora de esa síntesis suprema — síntesis ella misma en lo más fino y sutil del movimiento — en que acaso consiste la belleza. La luz ilumina el mundo, lo armoniza, fecunda la vida, abre nuestro espíritu a las cosas y trae las cosas a nuestro espíritu. La luz envuelve el cosmos en manto mágico, desarrolla infinitamente, con virtud primorosa, la función unificadora y diversificadora propia del ser y la evolución. Es un lazo, una vibración radiante que vuela por los espacios con velocidad máxima, que revela la solidaridad de las cosas, su hermandad profunda. Aliento vital, mensaje con que los astros hablan y se entienden, fuerza, movimiento, vida, claridad, lo que de ella participe será bello, lo que de ella carezca será opaco y feo. La misma proporción, el mismo orden han menester el influjo de la luz, para ponerse de relieve, y mostrarse plenamente. La sombra confunde las partes, borra los contornos, engendra el caos. Y la proporción y el orden caen en la noche, se hunden en la oscuridad donde sentidos torpes acertarían trabajosamente a restablecerlos. Un golpe de luz los rescita, los saca de la muerte, los levanta de nuevo a la vida clara, a la revelación nitida, al esplendor y la gracia. Luz, gloria del cielo, esmalte de la tierra, júbilo de los ojos y las almas, animación del mundo, madre y esencia eres de la belleza.

Los teólogos gustaron de comparar la hermosura de Dios con la de la luz, como lo muestra el siguiente trozo del Padre Nieremberg: "No podía faltar en Dios esta hermosura (la de la luz)... porque a las demás propiedades y causas, por las cuales es infinitamente hermoso, se llega ser Él una luz inaccesible y de infinita claridad y agrado. Hermes Trimegistro refiere, en el principio de su *Pimandro*, una revelación que tuvo de Dios, que se le apareció en forma de luz, y le causó una vis-



ta admirable: "Veía, dice, un inmenso espectáculo, esto es, parecíame que todas las cosas se habían convertido en luz, la cual vista era maravillosamente suave y gustosa." Y no hay duda sino que sería éste un teatro admirable, si viésemos transformarse en luces todas las cosas, las aves, los animales, los árboles, las hierbas, las piedras, los elementos; pues en Dios todas estas cosas, esto es, todas las perfecciones de ellas, están esmaltadas de luz, o, por mejor decir, son luz, porque su ser divino es una luz inmensa que se extiende por espacios infinitos, comprendiendo en sí con particular gracia y hermosura, cuantas hermosuras y lindes hay. Si consideramos las admirables calidades y excelencia de la luz material, veremos que son todas una sombra de la luz sobrenatural e inmensa de Dios. La luz es el ornato y gala del mundo, y la hermosura de la misma hermosura; porque sin luz nada fuera hermoso: es el lustre de los colores, el alma de todo lo visible, la gloria y belleza de los astros, y el vigor de todo este universo, sujeto a generaciones.... La luz fertiliza la naturaleza, y hasta en las entrañas de la tierra se siente su eficacia, aunque no se ve su presencia.... Todo esto es un rayo o sombra de Dios, luz inmensa, del cual depende el ser y hermosura de todas las cosas, y sin Dios no hay nada hermoso: El es el que da ser a todo, El es la gloria y lo bueno de todo, y la flor de todo lo perfecto. Es gran argumento de Dios, de su infinita luz y hermosura, la claridad y resplandor que de su perfección derrama en las criaturas. Por lo cual dijeron los platónicos que las hermosuras de las cosas criadas eran sólo un resplandor del rostro divino....."

La poesía es luz. La poesía de la noche es el ansia de luz. Y las almas delicadas, las almas pensadoras y solitarias, que aman la oscuridad y el silencio, encubren el anhelo ferviente de un mundo mejor donde la luz ilumine y anime vidas más armoniosas, más dulces, más dichosas, más buenas. La luz, al clarear este mundo lleno de trabajos y penas para el hombre que, en su pensamiento, forja ideales superiores, se vuelve cruda y aborrecible para las sensibilidades exquisitas, menesterosas de armonía más íntima y profunda. Pero ¿qué quiere el pensamiento que, en la oscuridad, el silencio y la soledad de la noche, sondea inquieto el misterio de la realidad? ¿Por qué se refugia en la sombra el corazón dolorido, maltratado por las penas de la vida y la impiedad de las

gentes? Reconcentración ansia el pensamiento para prender, por encima de la luz que le entra por los sentidos y lo desparra, la antorcha que le ayude a descifrar el secreto escondido tras el resplandor del día, tras la movilidad de las cosas, por entre el choque, la oposición y la lucha, en la fugacidad del tiempo, en el amor y el dolor de las almas. Luz, más luz pide, como Goethe, nuestro espíritu, cuya sed no aplaca, no mitiga la copiosa irradiación del sol, que llena de claridad los ojos y despierta el entendimiento sin acertar a decirnos la última palabra que exprese la esencia absoluta de las cosas y colme nuestro anhelo de infinito. Y el corazón herido es como el ojo enfermo, que huye de la luz cruda porque, rota la armonía entre el sentido y el objeto, entre nuestra sensibilidad y el medio, lo que pudo constituir la felicidad y el placer tornase, por debilidad, delicadeza o finura subjetiva, en cosa violenta, agresiva, tiránica, odiosa. Abominamos de la luz cuando nuestros ojos y nuestros nervios, fatigados e irritados, faltos de resistencia y vitalidad, trabajados y envejecidos por el uso, enfermos de delicadeza, no pueden soportar el estímulo fuerte de la claridad del sol. Y abominamos del ruido áspero de la vida que palpita a la luz y se mueve arrebatada, cuando el dolor nos quebranta y roba la alegría, cuando nuestro ánimo se abate, golpeado entre el oleaje de las pasiones, entre los rayos y truenos de la tempestad trágica.

Los ojos lastimados, el corazón afligido, el pensamiento reflexivo buscan la oscuridad que, al apagar la luz, paraliza el movimiento, acalla las voces y los ruidos, aduerme la vida, arrolla el dolor, liberta el espíritu de lo finito y limitado, de las cadenas de la realidad dándole alas para volar a las regiones del ideal y el ensueño y tiende su manto de olvido y descanso sobre las urgencias de la necesidad y el trabajo, sobre las exaltaciones de la pasión, sobre las preocupaciones del negocio, sobre todos los agrios afanes del esfuerzo y la ambición del hombre.

Pero esos ojos, ese corazón, ese pensamiento piden luz, mejor luz, claridad, mayor claridad, vida, mejor vida, amor, más amor cuando buscan la sombra acogedora, apaciguadora, como un refugio para la molestia de ver, para el dolor de amar, para el mal de vivir, para el placer de pensar.

Veamos ahora lo que es la claridad para el espíritu, explicada ya la que ilumina nuestra vista corporal. Nuestro espíritu juzga y discurre. También ve, o mejor dicho, intuye. Distinguimos esas dos operaciones porque los filósofos modernos — Bergson, por ejemplo — conceden a la intuición mayor importancia que a la función lógica de raciocinar. La intuición es una manera de ver como la del sentido de la vista — intuición sensible — una visión interior, una iluminación del espíritu. Además de la intuición de Kant, hay la de Bergson, que es algo como el instinto, como el sentimiento, que nos da un conocimiento profundo, claro, directo de la realidad sin el rodeo de los conceptos y el artificio lógico y que nos traslada a lo singular, a lo interior, a lo vivo, al alma misma de los objetos. Intuir, ver. Ver con facultad superior a la de los ojos porque se eleva al mundo de la conciencia, al de la vida que está detrás o encima del mundo material, siendo éste el de las relaciones, objeto del entendimiento que discurre.

La claridad en los conceptos depende de que ellos representen con exactitud y precisión el elemento común y característico de un grupo de cosas. El concepto es el producto intelectual de una relación de semejanza, percibida por el intelecto, que agrupa a una porción de seres distintos. Abstraemos los elementos o rasgos comunes, dejando a un lado lo particular e individual, y tenemos el concepto, noción o idea. El concepto indica una relación entre varias cosas concretas que, no obstante su semejanza, se distinguen bien unas de otras. El concepto las enlaza, las une y, a medida de esta operación unificadora, define y aclara. Cuanta mayor unidad alcanzamos en el concepto, más claro es, lo comprendemos mejor, vemos en él todos los casos particulares que abraza. Resulta, pues, el concepto función también de la unidad en la multiplicidad que, como lo hemos observado, constituye la necesidad de nuestro pensamiento y, acaso, de nuestra naturaleza toda. Queremos encontrar la hermandad de las cosas, la oculta fazada que, a despecho de innumerables diferencias y distancias, las aproxima y asocia. Si el pensamiento encuentra la claridad allí donde descubre, en medio de la diversidad infinita, el elemento o carácter general, la esencia o naturaleza común y se regala y apacienta en ello; unión,

cooperación, armonía, amor buscan también la voluntad, el corazón, que no descansan sino en la posesión del bien, en el acrecentamiento de la vida y la riqueza, en la comunión de las almas y la penetración de las sensibilidades.

La claridad aparece, asimismo, en el concepto cuando, percibiendo en él muy distintamente las partes o elementos que lo componen y distinguiéndolo de los demás conceptos, lo aplicamos al caso particular y vemos la unidad realizada en los seres individuales de donde abstraímos el elemento común. El concepto de árbol nos sugiere un objeto que posee tronco, ramas, hojas, cierta altura, vida vegetal; será claro ese concepto cuando distingamos bien estos elementos entre ellos, deslinde-mos su conjunto de los otros conceptos y encontramos reunidos dichos elementos en un árbol real. El concepto sin intuición es vacío, decía Kant; la intuición sin concepto es ciega. La intuición aviva, anima el concepto; lo aclara también en cuanto nos presenta el ser real, el ser vivo que encarna y sintetiza los elementos del concepto combinándolos con lo singular y único del caso concreto. El concepto, a su vez, aclara la intuición en cuanto la lleva a nueva unidad, a nuevo orden, a nueva síntesis que consisten en considerar el objeto de la intuición como formando parte, por cierta semejanza, comunidad o relación, de un todo, de un género, de una especie de seres. Veo un árbol, veo muchos árboles y, percibiendo cierta semejanza entre ellos, abstraigo, separo mentalmente lo que hay en ellos de semejante y de común de las particularidades de cada uno, y, con los elementos que integran ese fondo general, formo una idea, un concepto. Si llego a precisar bien el contenido y la composición de ese fondo y lo aplico a cada árbol que veo y no a otras plantas, he alcanzado un concepto claro y consigo que mi entendimiento quede satisfecho en la representación unificadora de todos los árboles que resultan emparentados, asociados por la virtualidad sintética de lo real y la propiedad de generalizar del pensamiento. El concepto ilumina la ceguedad de la intuición, pero ésta da vida al concepto y, en cierto sentido, lo ilumina también.

Bergson, como lo hemos indicado ya brevemente, llega a pensar que la intuición, como manera de conocer, es superior al conocimiento por conceptos. Afirma que éste sólo sirve para comprender lo material, esto es, lo distinto, lo discontinuo, lo divisible; mientras que la intui-



ción penetra directamente el flujo de la vida y se coloca en lo espiritual, continuo, indistinto e indivisible. Bergson no se refiere a la intuición sensible, sino a una facultad superior que tiene por objeto lo absoluto, aquello que no puede ser comprendido por el entendimiento cuyas leyes y modos de operar están hechos para descomponer y relacionar la materia, esto es, lo externo, lo inerte, lo muerto de las cosas, único campo donde se pueden percibir diferencias, soluciones de continuidad, elementos y partes. La vida, lo interior y animado de la vida, lo móvil de la vida se siente y se ve y se comprende con la intuición, ó visión directa, íntima, profunda que va a la realidad misma, se compenetra con ella y la percibe en su correr continuo, en su *fluencia* inaprensible, en su cambio incesante y creador, que empuja el pasado hacia el presente, complicándole y enriqueciéndole a éste y volviéndole el resumen de todo lo que ha sido. Resulta de esto que la lógica, que es la manera cómo conoce el entendimiento discursivo, es ley que no puede aplicarse a la realidad, a la vida, que es ilógica por su heterogeneidad en el cambio, por su capacidad libre y creadora.

Esta conclusión de Bergson ha inspirado, en parte, el movimiento poético moderno. Si vale más intuir y sentir que pensar, el arte debe servirse de la intuición y el sentimiento para penetrar la vida, exaltarla y reflejarla. Si la razón no sabe sino de la materia y sus relaciones y la conciencia intuitiva con sus inspiraciones y sentimientos nos lleva al fondo de las almas y a lo real absoluto, el arte— y también la filosofía, dirá Bergson— que busca la vida, y en la vida la belleza, deberá tratar de emanciparse de la lógica y de los procedimientos intelectuales para ir directamente a sorprender la fuerza viva, concreta, singular, la que fluye, la que se mueve, la que cambia, la que crea sin cesar, en sucesión continua, indistinta e indivisa. Los artistas modernos encontraron en la filosofía de Bergson ayuda y justificación.

Pero veamos si la intuición, según Bergson, no ha menester claridad y si ésta no tiene valor ni significado en la moderna concepción filosófica aplicada al arte.

La verdadera claridad, el concepto propio y natural de la claridad pertenece, según nosotros, a la intuición. Intuir, ver, y ver supone luz. Y comparemos, para probarlo, la claridad en la intuición sensible con la de los conceptos. La intuición nos da el conocimiento de seres rea-

les, de seres vivos. El concepto nos ayuda a relacionarlos, a juntarlos allí donde parece no existir a simple vista una relación o unidad. La intuición nos ofrece, en la percepción de las cosas a la luz, esa unidad patente, evidentísima, que nosotros la llamamos vital. Un cuerpo cualquiera, si está bañado de luz, y se nos presenta en el espacio, es percibido como unión de partes. Es este principio de unidad el que lo determina, distingue y sostiene. Quebrantado, roto tal principio, el cuerpo se divide, se descompone en otros cuerpos. La luz, fluido, movimiento, vibración etérea, o lo que sea, es algo que conquista el espacio, una relación que enlaza las diferentes cosas permitiéndonos verlas, intuir las, acercándolas a nosotros. La intuición sensible es un fenómeno admirable, imposible de explicar, que no puede darse por conceptos, que existe o no existe. Ya se ha dicho que jamás puede un ciego comprender cabalmente lo que es la intuición de la vista, por más explicaciones que se le den. Se ve o no se ve. El concepto es un rodeo, una noticia, un símbolo que reemplaza a la visión directa o la acabala y perfecciona. Pero la claridad, el brillo, el esplendor están allí, donde palpita el ser real, el ser vivo, la fuerza que empuja los mundos y la vida que los organiza y fecunda; allí, donde la realidad viviente nos impresiona, nos hiera, nos despierta, se nos da y comunica. De ahí que, por más que pretendamos rebajar la materia y considerar inferiores las manifestaciones sensibles de las cosas, no podemos menos de recrearnos y regocijarnos en ellas porque en ellas encontramos la claridad, la gracia, la fuerza con que el universo se nos entra en el alma y se nos revela. Sabemos que un cuerpo existe porque lo vemos o sentimos de algún modo. Los conceptos nos sugerirán, nos darán presunciones e hipótesis, nos servirán para relacionar y clasificar lo ya dado, lo ya visto o intuido, pero no nos presentarán nunca la cosa misma, la verdad misma, la realidad misma. La claridad del ser, el esplendor de la verdad y de la vida son cosas que se intuyen primero, y después se razonan. Las cosas se nos dan en síntesis real o vital y en síntesis las recibe la intuición. Los conceptos servirán para la descomposición y el análisis.

Podemos decir lo mismo de la claridad en la intuición superior a que se refiere Bergson. Ya Balmes, ese eminentísimo filósofo tan poco comprendido, notó que existía una intuición superior a la sensi-

ble. Entendía Balmes que hay muchos fenómenos en nuestro interior que no son sensibles. Todos los actos intelectuales y volitivos, que están presentes a nuestro espíritu en una conciencia clara y viva, pueden tomarse como intuiciones de orden superior. Balmes, que tiene barros y vislumbres de la teoría de Einstein sobre la relatividad del tiempo, se anticipa también a Bergson para asentar que, fuera de la intuición sensible, hay la intelectual — tal calificación resultaría paradójica para la doctrina *bergsoniana* — que, para mayor propiedad, podíamos denominarla intuición espiritual. Esta es la conciencia misma que tenemos de nuestra vida, de nuestros actos interiores, en su génesis, en la intimidad psíquica, en la elaboración profunda que se desarrolla adentro, en los repliegues y senos misteriosos del alma. Bergson nos dirá que hay una parte de lo real, una provincia de la realidad, a donde no se llega mediante la inteligencia discursiva, la lógica de la razón o la experimentación científica.

Recordaremos de paso que el biólogo Le Dantec y, en general, los filósofos positivistas encontraron un estorbo en la conciencia para su sistema determinista y la echaron a un lado tratándola de *epifenómeno*, algo accesorio, superpuesto, inútil, inexplicable, ilógico. Pues, en ese dominio de lo real, riquísimo, infinito, menospreciado terminantemente por los positivistas, sentirá sus reales Bergson y, reconociendo que tal dominio es inasequible para el intelecto que conoce por conceptos y para la ciencia que trabaja en lo material, en lo externo, en el mundo de los fenómenos y las relaciones, nos dirá, a fuer de filósofo, que hay otra manera de conocer y aprehender la realidad, una parte, la mejor parte, la parte absoluta y simplísima de la realidad, la que vive, la que dura, la que evoluciona y crea.

¿Habrá claridad para esta intuición o será ella un conocimiento confuso, oscuro, indefinible? Creemos, al revés de cómo piensan filósofos y artistas modernos, que la claridad no sólo cabe sino que es natural y propia también de esta otra manera de intuir. Toda intuición nos pone en relación directa y viva con un ser real. La sensible con lo material, con lo externo del ser. La espiritual, con lo interior, con el alma. No participamos del modo de pensar de Bergson en lo de creer que los conceptos intelectuales estén destinados tan sólo a conocer lo material y sus relaciones. Pensamos que el concepto establece y percibe relaciones, pero que éstas

existen en todos los dominios del conocimiento. La intuición es efecto directo, prolongación palpitante de la misma vida; el concepto es producto de reflexión que tiende a unir, soldar, fortalecer lazos, sugerir posibilidades, forjar ideales.

¿De dónde podría, pues, deducirse que la inspiración superior, la iluminación espiritual, la *videncia ultraísta* haya de carecer de claridad? ¿No están diciendo las mismas palabras que en ella debe haber visión, luz?

Que esta intuición no sea fácil de alcanzar, que requiera un esfuerzo de ensimismamiento y reconcentración, que no sea explicable por palabras y conceptos, no quiere decir que sea oscura ni confusa. Para quien la alcance, para quien la sienta será ella un manantial de luz, y lo difícil estará en comunicarla a los demás, a quienes carecen de esta capacidad intuitiva superior. Por lo mismo, para promoverla en los otros, se deberá redoblar el esfuerzo, acudir a todos los medios, buscar las palabras mágicas, el concepto luminoso, la sugestión fecunda. Y como toda claridad es radiante y está dotada de infinita fuerza de movimiento y comunicación, la inspiración, la iluminación mística, la intuición inefable encontrarán, como encuentran siempre en los genios poéticos, en los genios filosóficos, el camino de llegar a los otros espíritus para iluminarlos y encenderlos. La claridad es atributo superior de la vida. La vida intensa, la vida profunda, la vida armónica es luz, se corona de luz, resplandece. Y si la intuición, toda intuición, tiene por objeto la vida, la intuición espiritual como la de la vista, estará llena de luz cuando sienta el efecto del ser vivo, la impresión de la vida, la revelación del movimiento y de la fuerza.

Los ojos no crean la luz. Es ésta quien estimula la formación y el desarrollo de los ojos. No abrumemos de oscuridad al espíritu del hombre sencillo cuyas facultades no pueden elevarse a la visión interna ni sentir las grandes emociones o las fantasías sublimes. Inundémosle de luz para que sus ojos se abran, para que su alma despierte, para que su ser se dilate hacia la altura y vea.

Artistas, poetas, filósofos, sed como la luz cuya virtud ilumina todas las cosas y desvanece todas las sombras; sed diáfanos, transparentes como el aire, puros y vibrantes como el éter. Artistas, poetas, filósofos, sed intuitivos y sentimentales y románticos, pero aspirando a coronar de esplendor vuestras emociones porque lo



que esplende, irradia, y lo que irradia, se difunde, se comunica, y se entra en todas las inteligencias y en todos los corazones. Sed imaginativos y fantásticos, pero entendiendo que el vuelo de las imágenes tiene un hilo, un principio de unidad que las sostiene, que las asocia y armoniza para que alcancen la claridad y la cohesión, que les da aliento vital y palpación de realidad.

\*  
\* \*

El orden, la proporción, la armonía, ideas análogas, que se consideran como elemento esencial de la belleza, provienen de la función de la unidad en la variedad. Cuando se nos presentan varias cosas, cuando concebimos diferentes objetos, cuando analizamos un compuesto o síntesis, si esas cosas, esos objetos, esas partes están enlazadas formando un todo, guardando entre ellos cierta relación, cierto equilibrio, cierta colocación o disposición que los mantiene unidos, estables en su ser o sucediéndose regularmente, enderezados a un mismo fin, decimos que hay orden, proporción, armonía. El choque, la confusión, el desorden expresan las ideas opuestas, esto es, el estado en que se hallan los elementos que se destruyen o invaden los unos la esfera de los otros o se diferencian de tal manera que se rompe entre ellos todo lazo y no es posible vincularlos en una hábitud recíproca, en una combinación que permita que el ser del uno encaje en el del otro, o que se muevan hacia un fin común. El orden implica la compatibilidad de dos o muchos elementos y su adaptación mutua, con lo cual resulta que se produce un mejoramiento para cada uno de ellos. El orden esfuerza el ser de cada cosa mediante la influencia recíproca de todas porque, concatenándolas, compenetrándolas, establece entre ellas una corriente que enriquece a cada cual con la fuerza que viene de las otras. Todo orden, aún el más externo, el más rudimentario posee tal virtud porque acerca y combina las partes de un todo dando impresión de conjunto que vigoriza la impresión aislada de cada una. La buena disposición de los muebles en una pieza, que permite y facilita el uso de ellos, les comunica mayor valor y más varia utilidad. Una silla vale más junto a un escritorio, y este, lo propio, complementado por una silla. ¿Y qué decir de la proporción y armonía en los fenómenos de la naturaleza, desde el orden puramente me-

cánico hasta el vital y el social? Ciertamente, que aplicamos el concepto de orden con preferencia a la disposición puramente exterior de varias cosas materiales, establecida por el hombre para servir sus necesidades o fines. Pero este orden es un remedio, un reflejo de es orden íntimo, profundo, visible y palpable sólo en sus resultados, que relaciona fundamentalmente todos los fenómenos del mundo y que, yendo de las leyes mecánicas a las leyes psicológicas, nos revela la base de unidad de que arranca el edificio del universo y la fecundidad de ese principio que aumenta creando nuevas relaciones, nuevas formas, nuevos atributos, nuevos seres.

La vida es orden y el orden es vida. ¿Qué orden más admirable que el que se echa de ver en un cuerpo organizado y vivo? ¿Qué orden más íntimo que el que sentimos en las profundidades de nuestra alma? La conciencia del yo ¿qué es sino la percepción del enlace y continuidad de todos los fenómenos internos y de su ordenada sucesión?

¿Del orden brota la vida o la vida genera el orden? Son términos tan íntimamente compenetrados que se hace difícil averiguar cual de ellos es el origen del otro, pero sí podemos decir que la vida implica siempre un orden magnífico, una proporción maravillosa y delicada, una armonía profunda que destella gracia y belleza.

\*  
\* \*

Cuando Hegel concibió y formuló su sistema metafísico, dió a la idea el valor primordial, el papel director, el impulso modelador de los mundos. Y la belleza no fué para él sino el resultado de la acción del espíritu en la materia. Pero ¿qué otra cosa es el espíritu y la idea sino el elemento unificador por excelencia, que va conquistando, empujando las partes de la materia para coordinarlas y fecundarlas? ¿qué es el espíritu sino el soplo que anima la materia — esta relación exterior de partes — y la unifica por dentro levantándola a la conciencia, el pensamiento y la voluntad? Espíritu, idea, lo que palpita en nosotros en forma de anhelo o visión es algo que unifica al ver y pensar y que quiere unificar al desear.

La idea que penetra la materia, el espíritu que la insufla y le da vida es principio de unidad que prende en ella un resplandor que la hace más visible, más perceptible, más inteligible. Sólo en uni-

dad vital y clara se nos presentan, se nos dan, se nos comunican, se nos revelan las cosas, se nos ofrece la materia. Y lo que suponemos y comprendemos que es la causa u origen de esa unidad y claridad, es lo que llamamos, al modo de Hegel, espíritu o idea, alma o vida.

La materia es lo sensible que, al ser analizado por el entendimiento, nos presenta un compuesto de partes que están las unas fuera de las otras, o más bien dicho, en relación de exterioridad que permite distinguirlas como que el ser de las unas excluyese el ser de las otras. Pero al definir o tratar de comprender esa relación nos encontramos en plena dificultad, en plena oscuridad, en pleno misterio. ¿Por qué las partes de lo que llamamos materia y espacio y extensión están siempre continuas, envueltas en la relación de continuidad? ¿Qué vínculo es ese, qué principio oculto e indescifrable? En la base del ser, en la base material de la realidad, donde vemos que la separación, la distinción de las partes es tan visible, tan clara, tan esencial como que la consideramos característica de la materia, está la unidad fundamental, la que no puede romperse, aquella cuya solidez desafia a todas las fuerzas y a todas las destrucciones. Eso de la continuidad, aquel hilo delgadísimo, sutilísimo que no podemos explicar, que no comprendemos bien, que tortura al filósofo cuando medita sobre la divisibilidad de la materia y su generación mediante los puntos inextensos y que desconcierta al físico que no sabe como llenar el espacio etéreo, es un principio de unidad inquebrantable que a la misma materia une, consolida, le da la vida y el ser. Por la continuidad es posible la acción recíproca, por ella están las cosas sujetas a dependencia mutua, por ella podemos concebir y ver el mundo y el universo como entidades de conjunto, de síntesis, de composición.

De donde es lícito inferir que el espíritu que levanta y anima la materia y la idea que perfecciona y completa la realidad son movimientos ascensionales, evoluciones creadoras que se verifican en el sentido de diversificar y unificar los elementos o partes de que se compone el mundo material.

La impresión, la huella del espíritu en la realidad es la ordenación, la proporción, la armonía y unión de partes y el resplandor de vida que radia de ese orden, y compenetración.

Hechas las breves y someras consideraciones que anteceden, nos preguntamos: ¿qué fundamento filosófico, qué razón entendible, qué indescifrable anhelo es el que lleva al arte literario de última data a buscar la oscuridad y el caos para sus producciones? ¿qué aberración mental mueve a cierto grupo de poetas contemporáneos a apartarse de la realidad y entregarse a fantasmagoría incomprensible, a vano y caprichoso juego de imágenes que no emociona ni conmueve ni interesa y sólo deja en el espíritu la impresión del vacío o el delirio?

Si la belleza es claridad, el instrumento que la exprese —el arte— deberá reflejar lo mejor posible esa claridad. Y el arte literario, cuyo medio de expresión es la palabra, signo de ideas, habrá de procurar la mayor claridad en la elocución. Cierro es que todo medio de expresión es impotente por lo limitado, para agotar el contenido infinito de la realidad o del espíritu y que, trascendiendo más allá de su manifestación, está algo que no podemos definir, expresar, aclarar. Pero la labor del pensamiento consistirá siempre en tratar de comprender e iluminar el misterio, la realidad que presentimos y barruntamos al través de todas las expresiones. Es verdad que el arte, al expresar la vida, debe tener el afán de sugerir lo que no alcanza a expresar, dando la emoción vaga de lo indefinible, de lo misterioso, de lo sublime. Pero esa sugestión, esa emoción deben venir de cierto halo, de cierta irradiación que rodeen el núcleo luminoso de lo vivo, de lo comprensible y perceptible. Para producir la emoción del misterio no se ha de romper el nexo que debe juntar la realidad que vemos con la que nos vemos, la realidad actual con la posible, lo que es con lo que debe ser, lo real con lo ideal. Lo que vemos, conocemos y comprendemos es la base de toda ulterior realidad y es allí donde se ha de hincar fuertemente nuestra visión, sentimiento y acción.

¿Cómo podemos entonces abandonarnos a una asociación caprichosa de imágenes que nada diga, que nada exprese, que ninguna relación tenga con lo real? "Crear un poema como la naturaleza hace un árbol", dice Vicente Huidobro. Y esa frase, que cualquiera entendería en el sentido de dar vida a las producciones literarias, vida una, intensa, animada como la del árbol, es la que todos ven con claridad la



unidad del ser, la relación de los órganos, la forma y el color de las partes, significa otra cosa difícil de comprender, que consiste en construir, sólo con imágenes, que no reflejen, ni expresen nada, un cuerpo u organismo independiente, cuyo lazo, cuyas articulaciones sean hechas de la afinidad o asociación más anárquica, caprichosa y arbitraria. Pero salta el preguntar: ¿cómo, si se imitan las leyes de la vida, la asociación de esas imágenes ha de ser obra del capricho y la sinrazón? Las leyes de la vida nos dan la idea de la mayor unidad, del mayor orden, y nuestra lógica, la lógica de la razón, nace quizá de la íntima compenetración de nuestro pensamiento con la vida. Abismo infranqueable no puede haber entre la vida y la inteligencia, entre el ser y el pensar; y las construcciones del espíritu regidas han de ser por un intenso principio de unidad si quieren producir una impresión vital, clara y honda.

Imágenes múltiples, imágenes libres, imágenes yuxtapuestas, y nada más da a entender Gerardo Diego. ¿Y dónde está allí la manera como la naturaleza hace un árbol? Bien sabemos que yuxtaponer es establecer entre dos cosas el minimum de unidad y relación posible, y que el procedimiento de la vida, la manera cómo la naturaleza hace un ser vivo, es uniendo no sólo materialmente—yuxtaposición—sino profundamente, de modo que se forme un ser nuevo, producto, no de yuxtaposición sino de intususcepción, es decir, de crecimiento por asimilación, virtud ésta de convertir los elementos en cosas semejantes, de la misma sustancia, convergiendo a un centro. Asimilar, manera la más poderosa y admirable de unir, milagro del principio de unidad, milagro de la vida.

¿Que la creación artística debe ser un organismo de imágenes que no signifiquen nada, sueltas, desligadas, independientes de todo ser real? Que sea lo que quieran, pero que veamos con claridad en ese organismo algo que lo haga sensible, comprensible, que lo haga palpar y vivir. A ver si lo consiguen.

El arte, además, es en su esencia social, esto es, está destinado, a la comunicación entre los hombres, a unir a los hombres, a transmitir ideas y emociones. Se expresa la belleza, se traduce el sentimiento y la emoción para participarlos a los otros y encontrar en el espíritu de ellos un eco, una resonancia, una simpatía. El principio de unidad, que mueve y rige los mundos, se intensifica en el hombre, y de ahí que si el hombre, individualmente consi-

derado, es un prodigio, una maravilla de unidad y armonía en su organismo y espíritu, no lo es menos en su vinculación con las cosas exteriores—¿qué son los sentidos sino primorosos medios de comunicación, al través del espacio y la distancia, con las cosas y los mundos?— y, especialmente, en su tendencia social, en su deseo de salir de sí para unirse con los demás hombres, para proponerse con ellos fines comunes, para formar, acaso, entidades nuevas, producto de síntesis superiores, como la familia, la sociedad, la patria, los pueblos, las naciones. El arte, como todo medio de expresión: la palabra, como medio de expresión del arte literario, obedecen a la necesidad íntima de manifestarse, revelarse, relacionarse, participar a los otros nuestras ideas y sentimientos, establecer una corriente, que lleve algo de nuestro ser, de nuestro pensamiento, de nuestro corazón al ser, pensamiento y corazón de nuestros semejantes y nos traiga y devuelva la idea y emoción nuestras, enriquecidas, magnificadas, bañadas de humanidad, impregnadas del aliento de la muchedumbre humana. La emoción estética, la idea filosófica, el ideal poético, la concepción científica deben ser fenómenos interiores que, en su intensidad, posean virtud expansiva, ansia de conquistar espacios y almas.

El arte es social, por su origen, por su fin y por su esencia misma o por su ley interna, pensó Guyau. Si es producto social y tiende a la comunicación social, su ley interna es "producir una emoción estética de carácter social." Nace de la sociedad, va a la sociedad y la esencia misma de la emoción artística es unir a los hombres, compenetrar las sensibilidades, crear una sociedad ideal, propagar el sentimiento del amor que es el lazo que hace de los muchos uno, que engendra lo vario y une los elementos discordes. Lo antisocial, lo que desune, lo que rompe la relación moral no es estético, no es bello, no es digno del arte.

Y, por ser social, el arte es también democrático, esto es, busca o debe buscar la comunión de todos los hombres, extendiendo su acción e influjo al más vasto grupo de ellos. "El gran arte, dice Fouillée, al exponer la doctrina de Guyau, no es nunca el que se confina en un pequeño círculo de iniciados, de gentes del oficio o de aficionados; es aquel que ejerce su acción sobre una sociedad entera, que encierra en sí sencillez y sinceridad bastantes para comover a todos los hombres inteligentes, y también suficiente profundidad pa-

ra suministrar materia a las reflexiones de un grupo de privilegiados. En resumen, el gran arte se hace admirar a la vez por todo un pueblo (incluso por varios pueblos) y por el pequeño número de hombres lo bastante competentes para descubrir en él un sentido más íntimo. El gran arte es, pues, como la gran naturaleza: cada cual lee en él lo que es capaz de leer; cada cual encuentra en él un sentido más o menos profundo, según que es capaz de penetrar más o menos adelante; para los que no pasan de la superficie hay en él las grandes líneas, los grandes horizontes, la magia visible de los colores y las armonías que llenan el oído; para aquellos que van más adelante y más lejos, hay perspectivas nuevas que se desarrollan, perfecciones del detalle que se revelan, infinitos que se envuelven. Así lo ha dicho Victor Hugo:

La fauvette à la tête blonde  
 Dans la goutte d'eau boit un monde:  
 Immensités! immensités!

"El arte del hombre, como el de la naturaleza, consiste en colocar, en efecto, en la gota de agua, un mundo: la curruca no sentirá más que la frescura vivificante del agua; el filósofo y el sabio perciben en la gota de agua las inmensidades."

Si la belleza es claridad, fulgor, luz, si el arte que la expresa por medio de la elocución es, como todo arte y más que todo arte, esencialmente social; ¿no han de ser las palabras y los pensamientos, claros, sencillos, disipadores de toda oscuridad y tiniebla? ¿El arte de la palabra deberá convertirse en jeroglífico y el arte de pensar en desvarío?

Hay lo que no puede expresarse con palabras, lo inefable, ya lo hemos dicho; hay lo sublime cuya grandeza sobrepasa nuestra capacidad de entender y sentir; hay el misterio infinito que se esconde a nuestra mirada, que está más allá de todos los límites y determinaciones. Pero la imposibilidad de expresar todo ello no quiere decir que hemos de oscurecerlo todo, sino, al contrario, que para dar barnices y vislumbres de lo inefable, sublime e infinito, hemos de partir de lo claro y sencillo, de lo visible y comprensible, esfumando los límites y contornos para que del centro luminoso se pase gradualmente a lo indeterminado, oscuro y vago.

Hagamos del arte cosa amable y gustosa, que abra suavemente las puertas de las almas y las gane y las penetre y las cautive. No extendamos, con un arte enigmá-

tico, desvariado e inaccesible, el círculo ya numeroso y extenso de los hombres que, por ignorancia, incultura u ocupaciones absorbentes, no pueden gozar las divinas fruiciones que produce la contemplación de la belleza reflejada en el espíritu humano.

\* \* \*

La claridad en la elocución supone claridad en el pensar, claridad en las palabras, claridad en la expresión misma de los pensamientos y afectos por medio del lenguaje. La claridad en el pensar, ya lo observamos, consiste en distinguir bien los conceptos unos de otros y los elementos que los integran, relacionándolos mediante el principio de unidad que debe de haber entre ellos para que sean inteligibles. Como las palabras son signos de conceptos, es el concepto el verdadero medio de expresión del arte literario. Debiendo el arte dar vida a sus creaciones, ha menester para ello reflejar lo individual y concreto huyendo de lo abstracto y general; y el arte literario ha de procurar darnos la intuición de lo vivo merced a la síntesis de conceptos, a la unión de las ideas, a la combinación de las nociones generales a fin de que de allí surja la simulación de la vida, la imagen viviente. En la ciencia y la filosofía, el concepto tenderá a depurarse, a simplificarse y generalizarse; en la literatura, a la inversa, habrá de tender a particularizarse combiniándose con otros que lo limiten y restrinjan, que lo llenen, que lo animen, que lo enriquezcan. La filosofía se irá a lo abstracto, a lo ontológico. La ciencia generalizará lo más que pueda. El arte irá a la vida, a lo singular y vivo. Las palabras y conceptos servirán muy bien para abstraer y generalizar; para reflejar la vida, para sugerir intuiciones, para expresar lo inefable, deberán rendir un servicio trabajoso y complejo.

Quiero pintar o descubrir un árbol, un árbol verdadero; quiero dar la impresión viva de este árbol que ahora veo. Habré de servirme de una lluvia de conceptos o de uno poderosamente sugeridor; de gran copia de imágenes o de una sola que evoque y refleje fielmente. Los conceptos definirán concretarán, limitarán; las imágenes vendrán a animar, decorar, exornar los conceptos elementales, ya que la imagen, a su vez, se formará de conceptos de cosas análogas o semejantes. Y unos y otras, en lluvia más o menos copiosa, más o menos profusa o sobria, vendrán entrelazados, revo-



larán en torno del concepto principal, se abrazarán a él, lo besarán, lo encenderán, lo fecundarán, lo vivificarán. Y el principio de unidad, robustecido, con alientos y claridades de vida, triunfará fulgurante en la obra literaria.

La dicción misma, el vocablo mismo, la palabra misma, aisladamente considerada, tiene su claridad, su viveza. Palabra clara es la que por el uso general está ya vinculada a un sentido bien determinado, a un concepto bien definido. Palabra vulgar, se nos dirá, aplebejada por el uso. Pero recordaremos cómo Menéndez Pelayo censura el que, en el "áureo tratado de lo sublime", Longino "haya dado peso con su autoridad a la doctrina lamentable de las palabras bajas y de las nobles o generosas." Más digno de censura y lamentación sería el suponer que el uso, el buen uso, en vez de consagrar el valor de una palabra, la rebajase y la volviese indigna del arte. El uso, el buen uso, esto es, el de la gente educada, ennoblece las palabras, las abrillanta, les da valor definitivo e insustituible. Para introducir nuevas palabras o palabras raras, cuando lo requiera la elegancia o la fuerza de expresión o los conceptos nuevos, creemos que sería conveniente rodearlas y acompañarlas de las otras a fin de que la claridad de la frase no sufriese menoscabo, ya que, mediante el contexto, las palabras conocidas proyectarían su luz sobre la palabra rara, nueva, neológica. Empero, si por sistema se buscan las palabras de menos uso y los neologismos, la tiranía del escritor es manifiesta, porque quiere imponer al lector un esfuerzo extraordinario, casi imposible, para entender, aparte del orgullo que implica lo de aislarse rompiendo reglas esenciales de sociabilidad.

Palabra clara será, además, tomándola como sonido, la que se distinga bien de las otras al ser pronunciada y posea virtud musical. Palabras de sonido claro, que den a la frase armonía, melodía y elegancia contribuirán grandemente al efecto estético de la elocución.

Y, por fin, la claridad proviene también de que el lenguaje se adecúe exactamente a los pensamientos y afectos que deseamos manifestar. Hay muchas condiciones y recursos para conseguir esa adecuación y correspondencia. Cuando el pensamiento

es claro, cuando es viva y consciente la emoción, parece que las palabras afluyen naturalmente y se ajustan a maravilla con lo que se quiere decir. Acostumbrados como estamos a pensar con palabras, con la locución interior, un pensamiento vivo y claro brota siempre con su expresión también clara y viva. Pero, cabe anotar que la abundancia de recursos nace del conocimiento del idioma, venere riquísimo donde el intelecto encontrará todo cuanto necesite para dar cuerpo a sus producciones.

"Nada es más odioso que la afectación en el lenguaje, dice Quintiliano: la suma virtud del discurso es la claridad, y ha de tenerse por viciosa toda oración que necesite intérprete. Por eso ha de usarse con sobriedad de las mismas palabras arcaicas, por más que comuniquen cierta majestad y no pequeño deleite al discurso, por la autoridad que trae consigo lo antiguo y por la gracia de la novedad y de lo insólito."

Seamos claros y sencillos al hablar y escribir, y las verdades más altas y honradas vendrán fácilmente a nuestra comprensión, como se ofrecen e insinúan expresadas por un Balme, por un Guyan, por un Fougère, pensadores tan amables como profundos, que supieron inspirarnos amor a la filosofía. No compliquemos las cuestiones, no echemos sobre ellas la timbala de los conceptos enrevesados y las palabras confusas; no imitemos a Kant, a Fichte, filósofos eminentísimos e inmensos, pero cuyo estudio a muy pocos es dado emprender a causa del tecnicismo convencional, del sistema arbitrario, de la nebulosidad de conceptos en que se envuelven, impidiendo así que su sabiduría aproveche a un mayor número de espíritus.

¡Claridad, hija de la luz, baña siempre los mundos, y la belleza florecerá y fulgurará en las cosas; baña siempre los ojos y las almas, y la belleza será sentida, será amada y gozada; baña siempre los pensamientos y las palabras, y el arte, el arte literario, el arte por excelencia, difundirá por las regiones del mundo espiritual su virtud despertadora, reveladora, creadora!

José Rafael BUSTAMANTE

Quito, Ecuador

## POESIAS

## EMOCION

Ni mi verso puede cantar la alegría  
suprema que bulle dentro el corazón.  
¡Talvez era ensueño! ¡Verdad no sería  
lo que ha producido mi dulce emoción!

¡Es el apogeo de mi gran locura!  
Sí, mi amor; tan sólo soñaba mirarte  
por ese camino de paz y verdura;  
por esas montañas quería alcanzarte.

Ponerte a mi lado; hacer que tu aliento  
agite mis crenchas; oír el vibrar  
de tu voz que, a modo de mágico cuento,  
revela lo bello que tiene viajar.

Sentir en mi boca tus labios de nuevo,  
tus labios ungidos con algo que quema  
y en mi alma florece y en mi alma lo llevo:  
tu beso, mi beso . . . . ¡Divino poema!

María Esther VALDIVIESO

## DISCORDE CORAZON

Me sonrei la piedra. Me ama el viento.  
El horizonte dice: mi dolor  
lleva tu sangre. Por cabernas de oro  
me gula, brujo delirante, el sol.

He besado semillas y violetas.  
Al aura di mi voz.  
Frente al mar fui una antorcha estremecida  
de titánico amor.

Y, en horas de silencio,  
¡cuán discordé vibró mi corazón  
con la mudéz marchita de la piedra  
y la dorada música del sol!

Arturo VAZQUEZ CEY

## TRADICION Y REVOLUCION

AL DR. ALFREDO COIMO

Las leyes físicas se cumplen rigurosamente cuando la materia está afectada de una pequeña velocidad; pero cuando los cuerpos son presas de grandes velocidades, las leyes físicas se cumplen con una tara de inexactitud más o menos perceptible. Es así como hemos podido averiguar que la luz que se proyecta rectamente sufre cierta desviación al pasar cerca del sol. De donde resulta que las leyes físicas, ante las cuales los sabios sentían la emoción de lo absoluto, tienen su margen de error en cuanto son arriesgadas hacia la realidad. El valor de los axiomas reside en que nadie ha podido demostrarlos. De tal manera, que ellos son absolutamente ciertos porque no existen en ningún momento en la realidad. Todo lo que tiene visos de error necesita ser demostrado para que la realidad se mire en la verdad como en un espejo. Si esto sucede en el terreno científico, en que se llega a la ley después de rigurosas comprobaciones, en el mundo moral, por ejemplo, no podemos dejar de aceptar también una continua transformación. Un sentimiento ha nacido por necesidades que no puede el hombre explicar claramente. No podemos concebir en el alma humana la existencia de un sentimiento en estado puro. De igual manera el seno de la montaña no ofrece el metal sino el mineral. Somos impuros, sólo nos salva el deseo de hacer grandes cosas. Elie Faure piensa que la moral ha sido inventada para los individuos sin religión, como la sintaxis y la prosodia a sido creada para los individuos sin lirismo. Espíritu religioso es aquel que posee como esencia motriz un ansia de perfección. Podemos considerar la moral como la filosofía que resulta del esfuerzo que efectuamos para gobernar nuestros deseos y pasiones. Desde niños nos enseñan a advertir el mal indicándonos lo que no debemos hacer; pero, muy pocas palabras nos dicen en punto a lo que es bueno hacer. Parece, en otros términos, que la moral fuera un convenio tácito entre las personas para no molestarse. Sorprende al provinciano la enorme cantidad de carteles que en las grandes ciudades advierte lo que está prohibido hacer. Hasta aquí, no hemos hecho más que reflexionar acerca de una moral que se cumple en las

pequeñas voluntades; esta es la moral prohibitiva. En ella deposita el hombre su seguridad contra las asechanzas de sus semejantes. Pero, hay otra moral, la heroica, la religiosa. Esta moral conduce por caminos oscuros hacia destinos luminosos. El hombre ha sentido algo más puro y más alto que todo pensamiento. Ha visto brotar de la esencia límbica de su alma sensual una claridad poderosa, como se eleva el claro borbotón de la vertiente del fango que la rodea. Nada detendrá a aquel que se proponga recorrer un camino que no está trazado en ninguna parte. Nadie sorprenderá en la lejanía lo que su mirada parece acariciar secretamente. Le veréis sobreponerse a los obstáculos. Parece que viviera para un momento supremo en que su bondad se elevará potente y magna. Es el héroe. Para el la pequeña voluntad es una vestidura antigua que impide caminar diestramente.

Algunas aves tienen tan desarrolladas las alas que ellas les impiden caminar cómodamente cuando se posan sobre la tierra. Es así como Baudelaire nos narra en un poema celebre la trágica torpeza de los albatros que caen en el puente de los navíos. Estas aves se sienten más seguras en el aire volando sobre el mar tempestuoso que sobre la tierra firme en una tarde tranquila. El espíritu se ha acostumbrado de tal manera a cervarse en las alturas que es lamentable su torpeza cuando tiene que andar a ras de tierra. Hay una discreta mediocridad espiritual que los individuos pueden gobernar y administrar. Ningún sentimiento ni cualidad intelectual sobrepasa de esta atemperada armonía en que la sensibilidad y la comprensión no van más allá de un límite que ese propio espíritu podría precisar de antemano. El espíritu en esas condiciones no se aventura a volar alto y anda cómodamente sobre la tierra. En esto los sentimientos o ideas están gobernados por una voluntad. En este caso no se pide a los sentimientos más de los que ellos pueden dar. La vida en esta forma es sobria en ideas y muy limitada en sentimientos. Pero, cuando este equilibrio se rompe por la presencia de una gran pasión o de una gran cualidad, la vida es algo superior al individuo mismo. El espíritu en estos casos, goza



de una extrema libertad. Hombre libre es aquel que piensa y hace lo que tiene por mejor. Cuando la vida de un hombre se ha esclavizado a un gran sentimiento, a una gran pasión o a una gran idea, está efectuando actos superiores a toda voluntad. Nada le impide ser como es; nada le obliga tampoco a ello. Tiene un destino superior a toda voluntad. Somos, en general, mejor de lo que pretendemos ser. Un gran diplomático daba con frecuencia este consejo: No os dejéis gobernar por los primeros impulsos que son los sinceros. Sócrates no ignora el peligro a que se expone al defender sus doctrinas ante los jueces. Algo superior a la vida le guía ya que el temor de la muerte no pone vacilación en sus respuestas heroicas. El espíritu ha llegado a ser una carga trágica para la vida que lo guarda. En los asuntos terrenales sentirá la burla, el desprecio y el castigo. Como aquellas aves marinas, producirá un lamentable espectáculo al verlo tropezar en las trampas que los hombres de voluntad le tienden a sus pasos.

Consideremos la historia como un largo aprendizaje de heroicidad. Las grandes épocas de la humanidad parecen tener por objeto la producción de algunos hombres representativos que la caracterizan y definen. A estos hombres les está destinado realizar una o dos ideas. El problema que nos interesa en estos momentos es averiguar cómo una idea llega a cristalizarse en estado heroico. Esto es lo que podría llamarse el proceso de la purificación. En el espíritu humano no existe ningún sentimiento ni idea en estado puro. El más elevado de los sentimientos siempre es expresado con una mezcla de egoísmo, sensualismo, deseo, pasión. La idea pura parece ser el eje de un sistema que rige y gobierna las ideas sensuales. El amor toma la cualidad del espíritu que lo guarda. Es así deseo, pasión, ilusión. Muy pocos han hablado de ese amor que no es ni tragedia, ni deseo, ni esperanza, ni ilusión. De ese amor tranquilo y fuerte que se basta a sí mismo en la fortaleza pura del que en cualquier momento está listo para gobernar el mundo. El héroe no ama la verdad sino que busca saber las cosas en su esencia íntima. El héroe no ama las ideas abstractas; no hace lo que tiene por verdadero, si no lo que tiene por mejor. Se ha purificado de esto también. No se ha dejado engañar con palabras si no que ha buscado en el espíritu el signo profundo del destino.

Una idea en estado heroico está más cerca de la fe que de la verdad. En ningún caso una idea revolucionaria que domina el

espíritu del hombre no es el resultado de una amplia averiguación del conocimiento; ni no más bien un impulso creador guiado por una mística certidumbre. Los sabios antiguos Colón discutía la forma de la tierra, tenían al alcance de sus manos más argumentos que el descubridor. La verdad en ese instante, como una satisfacción sensual del conocimiento, estaba de parte de los doctores que creían que la tierra era plana. Estos hombres eran hijos de una cultura afianzada sobre cuatro o cinco ideas teológicas, geográficas o astronómicas. Y su conocimiento basado en principios que luego serían tenidos por falsos, poseían los suficientes visos de verdad para organizar todo un sistema de sabiduría. Colón estaba incapacitado para demostrar lo que él tenía por verdadero. En su espíritu había un estado superior a la verdad, sus ideas habían alcanzado una calidad más pura que la que podía prestarle el conocimiento. Nada puede compararse a la fortaleza de estas ideas que se han transformado en fe de los espíritus heroicos destinados a los grandes hallazgos. El mundo tiembla ante ellos; y por temor de ser despreciado por los héroes parece que les ayudara en la realización de sus afanes. El fracaso ha sido inventado por las almas débiles, que sólo triunfan por casualidad. Los que no aman profundamente una cosa mezclarán a su atemperado cariño la frialdad del temor. Cuando las ideas se transforman en amor, el espíritu se esclaviza a ellas. Toda fortaleza no buscará otra cosa que su triunfo. Por que aquí, en el estado heroico de las ideas, el problema de la sabiduría cambia fundamentalmente de sentido. Se sorprenden los comentaristas de la historia del conocimiento, la cantidad de cosas dispares y diversas que en diferentes épocas el hombre ha tenido por verdaderas. Se trataba, en esos casos, de establecer una cultura con su ciencia, su política y su moral basadas, todas en principios que el sensualismo del espíritu aceptaba por verdaderos. Aquí la verdad llega a ser la esencia de todo un sistema de política; y no podremos ir contra ella, sin que los poderes constituidos nos consideren perturbadores del orden. Sócrates, el más grande de los hombres, a mí parecer, soportó como nadie el destino grandioso de poseer el espíritu en estado heroico. Su verdad, llena de firme sacrificio, estaba en abierta oposición con la moral y religión políticas de su tiempo. En el amor ha purificado hasta transformarse en una tranquila decisión de sacrificio.

En la moral pequeña, propia de los mediocres, los sentimientos e ideas, a través de las palabras que los determinan, tienen un limi-



te muy pequeño que impide explicarse claramente cuando del espíritu heroico se trata. Mussolini, después de un viaje por toda Italia, increpaba duramente a los diputados contrarios en esta forma: «ha viajado por todo el país; en una parte me han pedido agua, en otra caminos, más allá trigo; pero en ninguna me han pedido libertad, por la que vosotros perdéis el aliento en este recinto.» Es que la libertad no es un estado de cosas sino una condición del espíritu. No podemos concebir que un cobarde tenga grandes ideas. Esto es biológicamente imposible. La cobardía que sobre los espíritus oscureciéndoles el camino, engendrando una noche llena de temores donde las sombras se agrandan. En el espíritu cobarde las pequeñas ideas son lejanas y parecen estrellas perdidas palpitando en el cielo profundo. Podría a veces presentir la verdad o hallarla casualmente en medio del error como un diamante en el fango; pero no podrá aprovecharse de ella si ignora su valor. Pasará cerca de la verdad sin reconocerla. Una idea es el resultado de largos y laboriosos preparativos. Nadie puede jactarse de tener ideas propias. Podemos sentir con anterioridad, con mayor prontitud o más intensamente una idea en relación a los otros. Estas son circunstancias puramente personales. El espíritu humano es uno; y de que una idea sea comprendida o aceptada por un núcleo reducido de individuos es asunto éste en que sólo interviene el tiempo y la educación de cada uno. El hombre de grandes ideas reserva para sí un destino grandioso por que vive en futuro y trata sobrepasarse al tiempo. Es aquí donde el problema de la libertad adquiere una importancia trascendental. Una gran idea convierte a un hombre en un semidiós.

Un halo de libertad le rodea y hay la apacible firmeza de una clara voluntad en todas sus acciones. En la noche llena de temores de la ignorancia humana, una de esas ideas que brillaba a lo lejos como estrella diminuta, se ha acercado a la tierra demasiado hasta transformarse en sol. Es así que el día ha llegado desde la misma noche. Un alba distinta ha nacido del fondo sombrío y pájaros nuevos y extraños han cantado con trinos recién inventados. Es como si el día hubiera nacido del Paolante. Nuevos caminos se han abierto. Y la luz parece que quisiera encenderse en cada cosa que ilumina. El espíritu está en plena fortaleza y como su destino esté en él, por cualquier lado que vaya el aire será amable y la zenda propicia. Esta fe no busca la lucha ni trata de imponerse por medio de violentas decisiones. Es tranquila y firme como toda energía creadora.

Parece, mejor, una nueva actitud de la energía que rige el destino de los mundos. Es así de imponente el espectáculo de libertad que ofrece el espíritu de un hombre en que una idea se ha transformado en fe. Yo quisiera elogiarse este estado superior del espíritu humano. El estado heroico. La palabra se conmueve al recordar los nombres de aquellos que en épocas distintas dieron muestras de idéntica firmeza. Es en ese estado que una idea no puede ser clasificada precisamente por un filósofo. No es esta idea de todo lo intelectual, sentimental moral o científica. Es todo esto y algo más. Es profundamente humana. Y las ideas son aceptadas frecuentemente más por entusiasmo que por comprensión. La libertad es la condición exclusiva del estado heroico. Todo hombre arriesgado hacia un heroísmo crea un estado de libertad para su espíritu desde el momento que se decide hacia una gran acción. No es por lo tanto, la libertad, como se la concibe políticamente, una cosa más o menos caprichosa. Pero, dentro de esta evolución de una idea en la inteligencia de un hombre se advierte un problema muy complejo que puede sintetizarse en dos preguntas: ¿Qué destino sigue una gran idea después de haber sido impuesta por un espíritu heroico? ¿Cómo se llega a colocar una idea en estado heroico? Un héroe del pensamiento expone una idea y el resto de la humanidad hace el aprendizaje necesario para apoderarse de ella. El genio no es más que una idea que abre en un espíritu una anticipada vía hacia una ciudad aún no construida. Una idea original es un punto de mira dentro de la futura evolución de la humanidad. Aristóteles necesitó un espíritu heroico para concretar ideas que hoy están en el espíritu del menos dotado de los hombres.

Para el vulgo los héroes tienen siempre un origen maravilloso. La fábula los rodea y las ciudades se disputan el privilegio de haber sido su cuna. Con un hondo sentido coloca a los héroes a la par de los dioses, porque si bien los dioses han creado el mundo, los héroes lo han renovado. Porque aquí cabe preguntar: ¿Cuántas veces habrá sido hallada y olvidada una misma verdad? Porque ya que aceptamos que la verdad no existe si no como un estado de conformidad de la inteligencia y que lo que le salva del horror es, sobre todo, la fe en la verdad, no podremos dejar de aceptar que lo que sea verdad en una época puede muy bien resultar error en otra. Un ciclo de cultura está basado en un escaso número de ideas que impulsan y dirigen a la humanidad. Estas ideas han sido creadas por el

riesgo heroico de algunos hombres. Doloroso es el camino de toda verdad y el héroe va por él con serena decisión. Los alquimistas que buscaban el misterio con las pupilas ansiosas de asombro, estaban poseídos de una heroica curiosidad que ponía en peligro sus vidas. Pero, sin ellos la ciencia moderna hubiera tardado en descubrirse a sí misma. Leonardo, que en medio de la noche robaba los cadáveres de los ajusticiados para diseccionarlos y estudiar así anatomía, es un ejemplo genial de la curiosidad heroica. Los héroes están precedidos de una cantidad crecida de trabajadores que les preparan el camino. Son los precursores. Dotados éstos de una viva curiosidad, de un afán de averiguación, buscan lo desconocido con inseguro paso, con el temor profundo que les origina la inseguridad de los medios que poseen. Los precursores trabajan como jugando y como temiendo. Nunca afirman y humildemente consideran su trabajo como tentativas fracasadas. Trabajan a escondidas. Y sus conclusiones, más que afirmaciones, son pronósticos de cosas futuras. En verdad, los precursores no realizan nada. Pues parece que sólo buscaran complacer el ansia de actividad del espíritu. El más grande de los precursores fué Leonardo.

Jugando con lo desconocido el hombre ha llegado a conquistar la verdad. Jugando, los griegos remozaron la filosofía y dieron agilidad a las matemáticas que los egipcios habían esterilizado en conceptos áridos. Todo lo que el hombre tiene por mejor ha sido conquistado sin esfuerzos y como jugando. Así nacieron la poesía, la ciencia y la filosofía. Pero, llegadas éstas a cierta madurez, de juego que son se transforman en una lucha dramática entre el hombre y la verdad. Es en esta época que el espíritu humano, entra en heroicidad. Los impulsos de conquista derrotarán a los cuatro horizontes de la tierra. Habrá un nombre para cada estrella. El hombre luchará con el aire, con el agua y con el fuego. Sentirá una potencia creadora y conquistadora. Elevará monumentos que rememoren actitudes radiantes. Y la vida será franca y armoniosa como un cuerpo desnudo en un mediodía. El espacio dócil como un perro de casa se tenderá a sus pies. Y el tiempo veloz se detendrá sobre sí mismo como algún fugitivo que buscara el hombre de su dueño. Y en todo esto habrá una gracia única, una armonía parecida a un paso de danza dado en un momento oportuno. En ningún momento sentiréis la angustia que la impotencia produce cuando se sitúa frente a una empresa ardua. Del seno sombrío de los gabinetes

de estudios saldrán principios claros y luminosas verdades. El aire vibrará de un estremecimiento nuevo. Un ansia incontenible llevará a los mejores hacia mundos presentidos. La palabra heroica será fuerte como una garra y liviana como un ala. Y no contento con todo esto el hombre tratará de crear una nueva naturaleza inventando el arte donde una nueva realidad será hija de la imaginación. Este es el juego heroico más alto que el hombre puede efectuar. Ya no será fácil hablar en el juego heroico del arte, de libertad, de sabiduría, de amor y de fe. El espíritu no solamente se ha independizado de la realidad sino que tiene la fortaleza suficiente para crearse otra nueva más de acuerdo con sus ansias de expresión. Generalmente, el estado analítico en otros casos puede llevar a una decisión heroica. Pero el arte procede por pura síntesis; y sus creaciones no son hallazgos ni descubrimientos, sino invenciones en que ha intervenido un espíritu organizador.

Pero el arte se hace con nada; este es su gran milagro. Revoluciona la realidad con una palabra o con un trazo. Todo heroísmo es revolucionario. La revolución es hija de la voluntad, es decir, es el aprendizaje que un espíritu efectúa para apoderarse de ciertos elementos de cultura. Toda idea heroica cuando es aceptada por la mayoría se transforma de revolución en tradición. Por que hay que aceptar para las ideas un ciclo vital análogo al de los seres organizados. Es así que advertiremos en cada una de ellas un momento culminante en que resplandecerá su potencia creadora y organizadora. Así como es dable suponer o como sería hermoso suponer, que la vida de un hombre fuera una tentativa para producir un instante bello, también una idea nace con un destino preciso que culminará en un momento oportuno. He aquí que cobra un valor inesperado aquella frase hecha que hemos oído infinidad de veces en nuestra vida «es una idea vieja», es decir, es una especie de espectro intelectual, algo como una sombra fantástica que vaga sin rumbo por caminos poco frecuentados. El hombre trata a las ideas como un elemento más que estuviera a su disposición. Trata de purificarlas y fortificarlas cuando ellas están en pleno desarrollo y cuando ellas alcanzan su plena madurez las fuerza a dar el mayor rendimiento posible. Entonces advertiremos que la vida no es condición privativa de la materia organizada sino de todo aquello que tiende a cumplir con un destino. Cada idea en plena evolución es comparable a un ser vivo. La vitalidad que ellas adquieren es de tal



manera extraordinaria, que con cuatro o cinco el hombre puede organizar todo un sistema de cultura. La misión del héroe consiste en libertar una idea de todo elemento extraño que le impida crecer y desarrollarse en una vida propia e independiente. Toda idea que el hombre ha purificado tiene su origen trascendencia revolucionaria. Desplaza a las ideas antiguas o les quita valor hasta conseguir imponerse ampliamente. Y entonces transformase en tradición o normas de cultura, a las cuales debe sujetarse el hombre de voluntad. Como vemos, el mundo de las ideas está en continua evolución. Este desequilibrio constante que da origen a la vida, adquiere un hondo dinamismo y un ritmo más acelerado en el del arte. Esto ofrece en esta actividad problemas que lo delatan íntimamente. Ha sido condición primordial en todos los artistas el pronunciado afán de originalidad. Este afán de originalidad ha adquirido en nuestros tiempos caracteres que lo hacen aparentemente el verdadero motivo del arte. De esta manera se ha llegado a decir que lo que no es original es plagio. O más claramente, se es artista en cuanto se es capaz de organizar una nueva visión para la realidad o descubrir un nuevo camino para la emoción. El Heroísmo, organiza, crea o descubre. Es la Acción. La voluntad asimila y se apodera mediante la educación de las conquistas que supo heredar del heroísmo. El Heroísmo llevó a Beethoven a componer sus sinfonías; la voluntad les ha creado un ambiente de vida transformándolas en un elemento indispensable de la cultura.

Las épocas más características de la historia, son el resultado del elemento espiritual predominante en ellas. Parece que allí el espíritu se hubiera impuesto un destino y se empeñara en cumplirlo en todas sus partes. El alma de la época se sintetiza en una idea pura y elevada a la cual se dirige la varia acción humana. Cada uno de los hombres abriga en sí mismo esta idea, la que para resistir las torpezas del espíritu humano buscan hallarse con el error o con la sensualidad. Considerada a la distancia del tiempo una época de la historia, la advertiremos transformada en un gran espectáculo de heroísmo sobre el cual flota la idea pura como una llama sagrada. Podemos, de esta manera, establecer dos panoramas históricos que ejemplifiquen claramente el acerto anterior. En la edad media imperaba la fe. Las más diversas actividades humanas vibraban al contacto de esta idea de fe. Nada se escapa a su gobierno. La vemos influir sobre la guerra, la arquitectura, la política y las ciencias. Los hombres comprenden que

el mundo es un tránsito para el otro que es morada y que nada podrá hacerse que no tenga un desiño anterior. Hasta la materia parece influida por el recio temor mezcla de amor y esperanza que es la fe. Así vemos que las catedrales se elevan como una oración de piedra en un celeste aspirar. El aire está poblado de milagros y espera lo maravilloso que ha de llegar por el camino más humilde. Aparecen ermitaños inspirados que predicán la guerra santa contra los infieles poseedores de sitios sagrados. Sobre esta multitud afanosa flota la idea pura de la fe. Pero, para cumplir con un destino en la vida del hombre esta cualidad se rebaja en su valor al transformarse en algo secundario. Esta idea pura de la fe al descender al espíritu humano, se transforma en misticismo, fantasía, esencia, afán de lo maravilloso. Cada una de estas modalidades guiará la voluntad y el heroísmo de los hombres por los caminos más diversos. Pero llega una época de transición y el libre examen hace degenerar la fe mediante el afán de conocimiento. Es el alba del racionalismo. Algo nuevo inicia su imperio sobre la humanidad. Todo es analizado, confrontado, constatado. Es el reinado de la verdad que significa la conformidad del conocimiento consigo mismo. Ya no se cree, se razona, se averigua y se intuye. Pero la idea pura de la verdad necesita aliarse con estados secundarios del espíritu y se vuelve experiencia, razón, teoría, análisis. Esta nueva modalidad del espíritu matiza todas las decisiones humanas. El arte no será un juego fantástico sino un juego lógico. Se crearán leyes para la naturaleza con las cuales la realidad será firmada creándole un fatalismo racional. Llegará luego el filósofo el arquitecto de esta época que organizará todo el sistema de la razón. Tal fue Kant. La lógica, influirá sobre todas las actividades del espíritu, las que no podrán entrar en función sin la previa afluencia del filósofo.

Se buscarán definiciones con las cuales el hombre satisfará su sensualismo de conocimiento. Es lo que podríamos llamar el misticismo lógico. El filósofo alemán definirá el arte diciendo que es todo lo que además de ser bello parece naturaleza. La tortura del conocimiento llevará a transformar al hombre en un ente que busca analizarse a cada instante profundizando los misterios de su existencia. Confundirá las ideas con las palabras creando mitos ideológicos. Inventará conceptos abstractos tratando de vencer al tiempo y al espacio, los eternos enemigos del hombre. Tratará de vencer al tiempo creando la noción de infinito y



al espacio con la noción de vacío. Sus leyes físicas se cumplirán exactamente en el vacío y sus teorías científicas estarán dadas por un error de infinito. Las más grandes inteligencias serán unos Hamlet razonadores y sombríos que dirán un largo monólogo apasionado y al mismo tiempo lógico acerca del amor y la vida. El arte será una copia de la realidad, la novela será sentimental o razonablemente realista. La música culminará en esta época lógica con el Beethoven torturado que mezclará a la pureza artística de Bach el martirio de sus pasiones y desilusiones. Para él, la música será el arte de pensar con sonidos, definición digna de Kant que vería de esta manera hallar razón a sus premisas en las elevada concepciones en el arte contemporáneo.

Cuenta la mitología que estando Hércules a punto de iniciar la gesta de sus empresas, le salieron al paso dos mujeres de distinta manera vestidas. Cada una de ellas elogió la bondad de los caminos opuestos. Llevaba el uno hacia lugares amables donde los placeres físicos embota el destino. En el aire plácido poblado de cantos la palabra amorosa tendría la suave pereza de un vuelo lejano. Llevaba el otro hacia lugares ásperos en que el aire no está preparado para trinos sino para tempestades, pero donde la fortaleza se medirá a sí misma en la eficacia de su resistencia. Es allí frente a las adversidades que el hombre se abrirá paso descubriendo el camino que le estaba preparado. Hércules eligió para sí la vida trabajosa y sufrida que se como decir que eligió su propio destino. En la vida del héroe a cada momento hay esta secreta invitación; su vida comienza a cada momento, de la vida sensual por un lado y de la áspera y sacrificada por el otro. Es necesario aceptar que el espíritu de un hombre en estado superior goza de tanta libertad como para esclavizar el destino a sus decisiones heroicas. Lo que para otros hombres son obstáculos insalvables contra los que la voluntad chocará sin poder avanzar, para el héroe significa un motivo más de victoria. Esto de transformar las dificultades en cooperadoras de su trabajo es uno de los milagros que produce el espíritu en estado heroico. El escultor deja toda la belleza que ha querido expresar en el duro mármol que se revelaba a cada instante contra sus afanes de expresión. El mayor obstáculo de la alegría humana no será para el héroe sino un camino más hacia la alegría. Y le veremos ir por el camino del tiempo que es el de la muerte hacia la inmortalidad. Si has sentido en lo más esen-

cial de tu espíritu el ritmo de las grandes acciones, eleva tu voluntad por encima de lo mediocre que sólo trata de satisfacer las ambiciones inmediatas. Y en la noche del fracaso ten la confianza de la luz que vuelve en el momento oportuno. No dejes que la esperanza se eureda en tus fuerzas, impidiéndoles crecer. La esperanza es el atardecer de la voluntad en que el mundo descansa de su labor luminosa. Lo que debe ser realizado no debe ser esperado. Hay instantes en que sobre el mundo se hace un enorme silencio y la humanidad parece fatigarse de espacio y descansa la voluntad como ave extraviada, a la que troncharan el árbol donde estaba su nido. Todo se ha preparado para oír una gran voz. El tiempo es un silencio que espera. Las estatuas inmóviles parecen estar pensando su propia quietud. En esos momentos en que todo deseo de acción se embota. Creemos entonces, que la dicha nos llegará como una gracia celeste. Cuando somos jóvenes soñamos con un gran destino y alargamos nuestras horas en un presentimiento de futuro. La más grande felicidad que un hombre puede tener es ver realizada en la edad madura lo que soñó en la niñez y deseó en la juventud. El deseo matiza los sentimientos al igual que esas lámparas votivas que enrojecen la penumbra de las iglesias. El deseo de hacer grandes cosas disuelve una vaga angustia en nuestra sensibilidad. Ansias apenas contenidas de amar, de sentir, de comprender. El deseo es el alba de la expresión, es un temblor de aurora que en la mañana trémula de nuestra vida aclara la senda indecisa del destino.

Ahora comprendemos por qué Alejandro no podía dormir al recordar las hazañas de los héroes homéricos. Este sueño es casi un recordamiento extraño, un presentimiento voluptuoso y un preguistar de futuros. Mientras el héroe no se ha hallado a sí mismo, el tiempo le tortura con una inquietud angustiosa y se burla haciéndole fracasar en todo lo que intenta. Le prueba de mil maneras y lo somete a los más extraños sacrificios. Parece al verlo fracasar, que renaciera para un trabajo más alto. Lleva así una juventud sombría poblada de soledad donde la fortaleza se angustia de su falta de destino. Ese afán de estar solo, de observarse, de mirarse, de escarbar en su angustia le da mayor fuerza porque lo reconocen. Porque lo vuelve más él mismo en la soledad de su potencia y de su deseo. El heroísmo del hombre ha vencido a los dioses. Tal es el mito de Prometeo que siente en sus propias entrañas la envidia divina. Esa es la gran tortura del héroe que no

## UN HOMBRE ANDA BAJO LA LUNA

Pena de mala fortuna  
que cae en mi alma y la llena.  
Pena.  
Luna.

Calles blancas, calles blancas,  
siempre ha de haber luna cuando  
por ver si la pena arranca  
ando  
y ando.

Recuerdo el rincón obscuro  
en que lloraba mi infancia;  
los líquenes en los muros,  
las risas a la distancia.

... Sombra, silencio, una voz  
que se perdía.  
La lluvia en el techo. Atroz  
lluvia que siempre caía ...  
Y mi llanto, húmeda voz  
que se perdía.

... Se llama y nadie responde,  
se anda por seguir andando ...  
Andar... Andar... Hacia dónde?  
Y hasta cuándo?  
Nadie responde.  
Y se sigue andando.

Amor perdido y hallado  
y otra vez la vida tronca.  
Lo que siempre se ha buscado  
no díbera hallarse nunca.

Uno se cansa de amar,  
uno vive y se ha de ir...  
Soñar... Para qué soñar?  
Vivir... Para qué vivir?

Siempre ha de haber calles blancas  
cuando por la tierra granda  
por ver si la pena arranca  
ando  
y ando...

Ando en noches sin fortuna,  
bajo el vellón de la luna  
como las almas en pena...

Pena de mala fortuna  
que cae en mi alma y la llena.  
Pena.  
Luna.

**Pablo NERUDA**

Chile

puede amar en la intensidad de que su espíritu es capaz. Este debe haber sido el tormento de Beethoven triste de soledad. Así le vemos en un aguafuerte célebre, tristes los ojos, pensativa la frente y amargado el rictus labial. Este aire de tristeza y de desesperanza que advertimos en el gesto de todos

los héroes les viene de que el tiempo les demora el momento oportuno en que ha de conjurarse su verdad, su fe y su sabiduría.

**Pablo ROJAS PAZ**

De «Nosotros».—Buenos Aires.

## POEMAS NATURALES

### EVASION

¡Salto a un vagón!... Ahí quedan en el andén tiradas  
las mil preocupaciones de mi vida vulgar.  
Hoy me evado del hombre que soy todos los días:  
¡A hablar con el silencio y a oír la soledad!

A pintarme con verde de campo los proyectos  
y con azul de espacio la ilusión,  
a barnizarme de oro las ideas,  
ese oro que a todos se nos da con amor;  
el único oro auténtico y de tantos quilates  
que nunca se ha podido pesar, ¡oro de sol!

A sentirme que el aire puro se entra en mi espíritu  
y, como a mercaderes de un templo, hace huir  
los malos sentimientos que desde él traficaban  
con tus rojos impulsos, corazón infantil!

A darme la delicia de no pisar la tierra,  
poseer cuatro alas, ¡y nadar!...  
¡Qué gozo el de sentirse punto insignificante  
bajo tu sol, en tu aire y en tu agua, inmensidad!

Ya he sido un primitivo siete horas felices  
y me vuelvo a la urbe, pero allí, en el andén,  
entre el calor y un aire turbio de pesadilla,  
las mil preocupaciones me apresan otra vez.

### FIN

¡Viva la vida, amigos! Sobre mi cuerpo muerto,  
gritad: ¡Viva la vida! Cantad sobre mi cuerpo.  
Y haced mi sucio lodo de carne limpia llama,  
dadlo después al viento del Río de la Plata.  
¡Qué sepulcros ni urnas! Cosas vanas y tristes  
que hacen torva y soberbia la Muerte: amante humilde.  
No quiero ni que pese mi ceniza en la tierra:  
Ahí tenéis mi leve recuerdo de quimera.  
Y ahí tenéis mis líneas. Aún: más que mis líneas,  
quizá una o dos acciones buenas... ¡Viva la vida!

Alvaro YUNQUE

Buenos Aires



## MI MENSAJE A LA JUVENTUD

—Véanse las Nos. 28 y 29-30—

## Hombres buenos, no leyes nuevas

**A** CUCIADOS por el malestar, cuyo origen desconocemos, vivimos pidiendo nuevas leyes. ¿No habéis sentido alguna vez ese terrible mal de mar, que enfoca en nuestra frente el sudor, y nos hace anticipar las angustias de una cruel agonía? Cuando el mareo se apodera de un hombre, éste se divorcia de todo cuanto le rodea, atribuyendo a cada cosa el hondo malestar que le aqueja. La puerta que se cierra, el rechinar de un gozne, el toque de la llamada al almuerzo, el oficial que pasa, el hombre que habla inglés, la mujer que se ríe, todo lo que es forma, sonido, movimiento, todo cuanto percibimos en esa hora mortal, es para nosotros causa de abominación, porque lo identificamos con nuestro sufrimiento. Que no hable ése, que no pase aquél, que se calle ese piano. Nos imaginamos que, sin aquello, vamos a estar mejor. Y pasa aquello, y la pena subsiste; porque la pena no anda fuera, sino que con nosotros la llevamos. Así, nosotros, semejantes al infeliz mareado, pedimos leyes nuevas, por suponer, como él, que suprimiendo lo existente, van a dar fin los desastertos, sin comprender que el mal va con nosotros.

## ¿Para qué leyes nuevas?

Hay que seguir el aforismo antiguo de no hacer leyes nuevas para el pueblo, sino pueblos nuevos para las leyes. Leyes buenas con hombres de prácticas torcidas, son como perfumes sobre fetideces. El perfume no perfuma lo hediondo: es lo hediondo lo que hace fétido al perfume. Pensemos, además, en que la ley escrita es como malla que se rompe al peso de nuestras pasiones y al filo de nuestras argucias. La verdadera ley, la armónica, la que equilibra todo, no hay que dictarla ni pedirla. Viene sin que la llamen, como la luz del Sol, en el momento de nacer el día. Sólo que, como la luz del Sol, únicamente nos da colores de iris cuando hemos conseguido convertirnos en prismas.

## Nuestro perfecto estado convulsivo

El creernos siempre limpios de pecado, el prurito de achacar al Gobierno toda culpa, y al mismo tiempo, nuestro afán inmoderado por el usufructo del poder, dan nacimiento a esa hidra devastadora de toda sana energía que se traduce en el hecho en forma de *convulsionismo*. Si, somos convulsivos por naturaleza. En casi todo el Continente, vivimos en perpetuas revueltas, porque no tratamos de mejorar el manantial, que somos nosotros, sino de hacinar culpas sobre la cabeza de los poderosos, como un convulsible para la rebeldía, sin más objeto que el de volcar a los de arriba para subir a los de abajo. Nos hemos alucinado de pureza propia, por tener pretexto para combatir; y hemos inventado el *derecho de revuelta*, a fin de que, cabalgando sobre él, como sobre un hipógrifo de muerte, podamos recoger el medro personal entre los escombros de la miseria colectiva.

La única revolución justificable será aquella que tienda a desestancar la circulación del progreso evolutivo en una fracción cualquiera del cuerpo de la humanidad; es decir, la que lleve una idea, en vez de un hambre, como fuerza expansiva; la que haga del revolucionario un apóstol, de la sangre una fertilidad, y de la revolución una inevitable cirugía de Dios. Mas hay que saber distinguir bien. Acordaos que el puñal y el bisturí se parecen. Únicamente la finalidad los distingue. El uno es crimen; el otro redención.

## Farsa y chalanería

Con ser el logro individual único norte de aspiraciones políticas, todo aspirante, con nombre de caudillo, anda siempre de máscara, como una persona de tragedia griega. Antes del tizonazo del asalto, antes de la fusilería de la revolución, sacamos del ropero histriónico la hopalanda de la *libertad*, el albo peplo de la *honestidad*, la mitra de oro de la *opulencia futura*, la toga impoluta del *santo derecho de los pue-*

bles, la espada del arcángel que ha de desterrar al despotismo del Edén de la Patria. Somos el Oriente, donde el Sol nace con dulzuras de aurora, a reserva de trocarnos después en el Poniente, en donde el Sol se pone entojecido, como un charco de sangre que se escurre en la sombra. Escondemos nuestra hambre, como en la manga la navaja; pero enseñamos la proclama, nuestro vestido de pomposos lugares comunes, de trapos viejos retóricos en que envolvemos nuestra ambición vulgar, con gesto usado de cómicos de la legua que van a penetrar en lo trágico por el pórtico de lo ridículo. Y, antes de matar, invariablemente *proclamamos*. Y luego vemos, que, a la postre, todas esas proclamas redentoras no son sino apetitos enmascarados de amor patrio. El trapo de una idea retóricamente grandiosa, ondeando sobre el asta de un intestino horizontal.

La mentira declamatoria satura nuestra sangre. Somos insinceros por herencia, por método y hasta por deporte. Para atraer muchedumbres, hacemos que resuene la murga solemne de la patriotería. Y luego, cuando pasa el ruido de nuestra retirada de ángeles, lo único que deberas queda en el ambiente es el crujir de las mandíbulas de nuestra concupiscencia.

Sabed ¡oh jóvenes! que la virtud no grita. Ella labora como la savia que fabrica montañas: en silencio. Hay que podar ese histrionismo de palabra barata. Hay que pensar con honradez, hablar con sinceridad, y, sobre todo, obrar en consecuencia. Descender de la palabra al hecho por la escala de la integridad. Que nuestras acciones sean las rúbricas de nuestras frases.

A la mentira por el interés, sumamos la mentira por exhibicionismo. Una mentira deportiva. En vez de trazarnos un ideal que cumplir, nos trazamos un ideal que representar. No procuramos *ser*, porque nos basta *parecer*. Vivimos una vida de tribuna, con vistas hacia el auditorio. Siempre estamos esperando que se nos retrate, y por eso siempre estamos tomando posturas de retrato. Falsados desde la intención, cada paso que damos es un paso en falso.

### Lo negro político

Y todo ello proviene del mismo manantial: el ansia por el medro, la figuración y el mando. El partido que, al señalar las pústulas ajenas, no lo hace en pro de la salud colectiva, sino en única búsqueda del

desprestigio del contrario; los aparatos de declamado patriotismo; los ataques por sistema contra todo gobierno, y los desmanes; por parte de éste, contra todo ciudadano; las poses cómicas con que cruzamos con majestad de apóstoles y serafismo de mártires los tablados sociales; todo eso que falsea la vida y desquicia el orden público y hace del estado revuelto nuestro estado normal, es un producto de ese tóxico que se llama *política*. Y eso no tendrá término, sino cuando la educación nos conduzca a la verdad: a saber y a aplicar; a envainar el acero y a empuñar el arado; a abandonar la astucia chicanera que procura enredar en nombre de nuestro interés, por el saber honrado que sólo anhela hallar el rumbo que conduce al interés de todos. Ciencia, y no maña; obra, y no discurso; patria, y no política.

Trocar la política, que pide, por la educación, que da; la política, que es hidra con cien cabezas, que son los apetitos, por la educación, que es sacrificio, con una sola cabeza, la del bien.

### Todos somos uños

Causa de nuestro malestar y efecto de nuestros atolondramientos de juicio y de nuestro propio desconocimiento, es ese perpetuo achaque de los pueblos hispano-americanos de malquerer a los gobiernos sólo por ser gobiernos. Esa ojeriza manifiéstase en comidilla tertuliana, en puya de hoja volante, en tópico socorrido de oratorias de barricada, o cuando menos, en torcedura de ánimo o en huraña y rostrueta actitud. Toda censura, justa o no, es aplaudida por nosotros, si a los que mandan se endereza, como aplauden los chicos en los títeres al muñeco rebelde que pega al muñeco policial. Diario enemigo, es diario popular. Y esa idiosincracia es explotada hábilmente por los diaristas para hacer su negocio, y por los caudillos para hacer su revuelta. Nadie sabe si atacan con razón; pero atacan. Nadie sabe si es verdad lo que dicen; pero es contra el Gobierno. Y es necesario comprender que no hay gobierno ni pueblo, como entidades diferentes, porque es del mismo barro de donde surge la multiplicidad de las figuras. El gobierno es la parte del pueblo que se encuentra mandando; y el pueblo es la masa genérica de los gobiernos por mandar.



Y la verdad es que somos naturalmente insumisos. Nuestro constante afán de entronizar nuestro capricho es anárquica forma de vivir oponiendo la arbitrariedad de cada uno a la arbitrariedad de los demás.

### Necesitamos orden

Como el pez en el agua y la salamandra en el fuego, vivimos naturalmente a gusto en nuestro elemento: el desorden. De todo hacemos tabla rasa. El respeto no es término de nuestro diccionario. La puntualidad gira muy lejos de nuestra órbita. El reloj es un adorno de lujo. Ni autoridad, ni disciplina. Simples veletas movidas por vientos de capricho. El único altar ante el que a gusto nos postramos es el de Nuestra Señora la Anarquía.

Y si es que no hemos aprendido a sentir la diferencia entre la libertad del hombre cavernario y la del ser civilizado: entre la libertad que destruye y la libertad que construye. Aquella tiene un norte: el capricho. Esta tiene una brújula: la ley. Aquella sólo hace lo que quiere. Esta hace siempre lo que debe. Aquella es de las selvas; ésta de las naciones.

Y es menester también que comprendamos que la verdadera libertad no es aquella que saliendo de la tiranía de uno, va a echarse en brazos de la más espantosa tiranía de todos. La verdadera libertad es precisamente la que ha aprendido a sujetarse y a comprender que no hay despotismo más tremendo que el despotismo del desorden. El obrar libre, dentro de la ley inflexible. Dios mismo es incomprendible sin esa sujeción. El ser supremo se sujeta a Sí Mismo. Porque si Dios se saliera de la ley de Dios, se destruiría. Si un simple grano de ese polvo dorado de los cielos se apartara una línea de la estructura sideral, se desquiciaría el Universo al instante. Por eso, nosotros vivimos desquiciando nuestras sociedades: porque lo que hemos hecho no es abrir los ojos hacia la libertad, sino los apetitos hacia el libertinaje.

El cauce forma el río, esa mansa frescura, fertilidad de las praderas; en tanto que el capricho del agua que se escapa del cauce, es la anarquía del tumulto; la furia ciega de las inundaciones.

Hay que saber ser libre, sabiendo sujetarse. Correr dentro del cauce: esa es la libertad. Así nos lo ha enseñado nuestra querida hermana el agua, esa poetisa que, cuando es ordenada, sabe hilar versos intimos en su apacible rueda de cristal; pero

que, cuando pierde la razón, se desborda, rompe su ley divina, y hace de su labor fecunda y de su rueda de poesía, la mole tumultuaria y brutal que devasta y arrolla, y que, descajando los cultivos, sólo siembra catástrofes.

### Más que leyes, hombres. Más que nuevas formas, actos nuevos

También hay que anotar ese prurito nuestro de buscar remedio al mal en el cambiar de leyes, en el ensayo de teorías y en el ansia por nuevas formas e instituciones. Con atacar el síntoma, jamás se cura la dolencia. No hay que ver al ciudadano en particular, ni a la nación en general como entidades abstractas, sino como seres vivos, como algo práctico, de vida natural: algo educable, transformable, vivificable, si se opera por las raíces de la infancia y con la savia de la escuela. No nos evaporemos en teorías, como afirma Taine de los franceses. Solidifiquémonos en actos; demos a nuestro ser la motricidad de la virtud. El bien proclamado o sólo mentalmente comprendido es como una receta culinaria simplemente copiada; se comprende, pero no quita el hambre. Incitemos al joven a repetir el acto bueno; que la repetición del hecho habrá de convertirlo en hábito; y el hábito se habrá más tarde transformado en virtud.

No pidamos principios; pidamos hombres. Mientras no los tengamos, las doctrinas serán como las blancas lípidas bajo las cuales hierven los gusanos. En cambio, cuando los obtengamos, los principios surgirán por sí solos, como de los peñascos de la serranía brota la bendición del agua clara.

### Impulsivismo

Algo que urge asimismo refrenar es nuestro impulsivismo. Nos disparamos solos. Somos catapultas o besos; pero, para amar o para aborrecer, para censurar o para sublimar, es siempre con explosión de Santa Bárbara. Nunca somos ecuanimes. Extremismos de polo, sin zona ecuatorial. El inglés guarda la carta que le enoja, y la contesta cuando su mente está serena. Nosotros, al revés, la contestamos enseguida; y si nos pasa el antojo, ya no la contestamos.

Hay que dejar espacio entre la acción y la reacción para que pueda obrar la reflexión. La norma sabia es la que tiende a suprimir el arrepentimiento. La cólera se



nubla de sangre, y todo lo ve rojo; la admiración sin brújula hace dioses de los leños podridos; el entusiasmo loco nos obliga a caer en locos despeñaderos; hasta el amor, con serlo, se consume a sí mismo, si sólo es llamarada del sentido, y se quiebra las alas en el rodar de sus caídas. Tal es la causa de que le llamen ciego y de que lo pinten con los ojos vendados.

### Nuestro problema racial

Recapitulando, os confirmo: la incógnita de nuestro racial problema se resuelve por la *educación*, o, más bien, por la *reeducación*.

Suèrpongamos sobre la vieja conciencia meramente lírica, posista y palabrera, una conciencia nueva que, sin cegar la fuente de las pretéritas adquisiciones, del pensar listo, del heroísmo valeroso, de la imagen vivaz, se halle convencida de que para un buen viaje vale más un tren rápido que un perezoso calesín; que la máquina es ahorro de músculos y repletos de troje; que el sudor del trabajo es bienestar en la cosecha, aceración de músculo y temple de carácter; que el *dóce famiente* es, en los pueblos, el graso progenitor del andrajo y de la servidumbre; y que hasta la dignidad, y hasta los blasones del arte y hasta los fulgores del genio, necesitan en parte, para manifestarse, de hígado sano, corazón ileso y sangre globulosa.

A la conciencia vieja, de humo y humo y más humo, hay que superponerle otra, de vida y vida y más vida.

Y, una vez reeducada, no olvidar esto: sin matonismos, el alerta vigía. No desclavar ni un instante la mirada del peligroso Septentrión.

Y, entonces, en un sano pensar, en un fuerte querer y en un laborioso ejecutar, ya no dormiremos, como el mancebo incauto, a la orilla del pozo.

El Norte, con halagante gesto, nos mostrará su oro. Pero entonces, ya el Sur no demandará céntimos junto a la boca del *subway*. Sus libertades ya no serán inaterrizable. Porque ya habremos disminuido la miseria, y en cambio, habremos aumentado el poder.

El Norte nos ofrecerá sus empréstitos. Pero ya el Sur le cerrará sus mercados porque habrá comprendido que los empréstitos de Shilock implican hipotecas de sangre; que cuando el fuerte tiende al débil la mano, lo que de veras tiende es una argolla.

El Norte nos llamará a banquetes de panamericanismo. Pero el Sur se quedará silencioso y tornará la espalda. Porque ya habrá sabido lo que debe esperarse del panamericanismo del lobo con la oveja; porque ya habrá aprendido que no hay suma posible en la heterogeneidad de vellones y colmillos, entre unos hermanos sin fusiles y otros *hermanos* con escuadras. Entre el hambre y el bocado, no cabe más panamericanismo que el de la degollación.

El Sur dirá: «¡Esporadme que crezca! Voy a sembrar, voy a arrancarle a la tierra el riñón de oro, en forma de terrón o de espiga; voy a hacer de mí mismo huerto y mina, para poder juntar a la riqueza del cheque la omnipotencia de mis aptitudes. Y, sobre todo, voy a acuñar acorazados y aviones, que son los libros únicos de moral y deber en que vosotros los fuertes aprendéis el respeto. Cuando yo haya cosechado cordura; cuando yo haya florecido en virtudes; cuando yo sea rico en oro y dignidad, y cuando mi corpulencia y mi compactibilidad os haga urbanos con nosotros, entonces si hablaremos de panamericanismo; porque entonces, ya no será preciso que yo vaya a Washington, paguato, humilde, zurdo, como criado con traje dominguero, que entra en casa del amo a encollararse como perro, en pago de la hora de un plato de lebre de banquete. Entonces, ya Washington vendrá a México, a Santiago, a Buenos Aires, al toma y daca equitativo. Y al venir a nosotros, los que vengamos se quitarán cortezmente el sombrero. Porque entonces, amigo mío poderoso, nuestros hoy pulverizados países, ésos que juntáis en congresos como junta en su lengua el oso a las hormigas, sólo para engullirlas, ya se hallarán desinfectados de vicios: los cándidos serán juiciosos, y los indignos habrán desaparecido.»

Ante todo, sustituir esos viejos mandatarios cacotímicos, presidencias indigestas, mortiones sin cabeza, petos sin corazón, por nuevas almas toledanas, de esas que no han surgido en racha, que no escalan alturas como papel en ventolera; de esas que se han ido templando a fuegos lentos: deber sin proclamas, patriotismo sin burbujas, dignidad sin galones; y, sobre todo, lejos, lejos, lejos del inglés macarrónico de los prestamistas, de los salmos piadosos del funcionario hebreo de alma negra en Casa Blanca. . . ¡Lejos, lejos, lejos. . .!

## EL MILAGRO

Allá, bajo el azul fantástico de Oriente,  
allá, en los bosques llenos de silencios hieráticos,  
un árbol misterioso se alza como un asceta  
llenando todo el aire con sus ruegos balsámicos....

Cual palabras de paz penetran sus perfumes  
en el alma oprimida del viandante cansado,  
Y cual el leñador abre su verde tronco,  
toda el hacha se llena con aromas de sándalo....

¡Oh corazón fragante de Amor y de Belleza,  
corazón mío, inunda con tu esencia el espacio,  
con tu canción alivia al peregrino triste,  
y cuando alguien te hiera, jennoblece su mano!

**Gaston FIGUERA**

Montevideo, Uruguay

Necesitamos para nuestros gobiernos, valores y no formas, luces y no brillos, pesanteses y no colorines, integridades y no concupiscencias.

Necesitamos espíritus compactos, en vez de inflados pellejos majestuosos, casacas condecoradas, caparazones de tortuga que mal encubren galatinas viscosas y espuma rajos de batracios.

Necesitamos hombres.

Los fantasmones que hacen de presidentes en nuestras repúblicas son hambres viejas en estómagos que periódicamente se renuevan. Ostras adheridas al peñón del poder, cuyas únicas políticas estriban en la conservación de ese poder.

Necesitamos hombres.

Hombres que no vayan a Washington como arrieros viciosos a mal vender su ganado.

Hombres que no busquen más apoyo que el de la fe de sus conciudadanos.

Hombres que sepan que el auxilio de las propias fuerzas engrandece; y que el de la fuerza ajena serviliza.

Hombres que no crean en los paname-ricismos.

Hombres que sepan que hay banqueros que hacen de foragidos, y escuadras que hacen de trabucos, y presidentes metodistas que llaman bandidos a los que defienden sus hogares violados.

Hombres que aprendan a rechazar empréstitos cuando ellos salgan de esos Montes de Piedad de treinta pisos, degollaciones de honras y destaces de pueblos.

¡Hombres! Hombres que digan que vale más necesidad decorosa que esclavitud alimentada.

**¡Hagamos Patrial**

¡Hagamos Patrial! Tendamos sobre el pasado un velo. Sacrifiquemos el presente, en relación con nosotros, para que podamos edificar el futuro, en relación con nuestros hijos. Malitemos en que los actos de ahora se heredan en costumbres más tarde. No olvidemos que el hoy es hijo del ayer, y será padre del mañana: que nuestras pautas actuales son el producto hereditario de nuestros antepasados; que podremos, con nuestra voluntad, o transformarlas en salud o confirmarlas en su virulencia; y que, de todos modos, sangre viva o aliento de gangrena, lo que nosotros seamos, eso es lo que vamos a dejarles a nuestros descendientes; o un legado de vicios, o una herencia de virtudes.

**Santiago ARGÜELLO**

México, D. F.

## POEMAS

## SERENATA

Mayo. Noche romántica y fresca. Miraflores de Ambato se adormila en un sueño de luna y en el silencio blanco la voz del río es una canción de amores buenos dicha por ruseñores.

Paz fragante a eucaliptos, a rosas y a membrillo. Vivo la gesta antigua del amor, cuando al son de la guzla el trovero cantaba su canción al sueño de la novia bajo el alto castillo.

Un rancio embrojamiento maravilloso y grato envuelve el virgiliano lirismo del retiro. Y mientras los violines desmayan la armonía

de una música alegre, regocijado miro cómo se queda mi alma perdida en la ambrosía medioevalesca de este Miraflores de Ambato.

## ALBOR DE DOMINGO

El manto cardenalicio del alba se pliega tras el rubio horizonte para el bíblico despertar.

Y amanece el domingo en la ciudad con el sueño de Dios en las pupilas y el canto de las campanas místicas para el jesucristino desayuno de las primeras misas y el regalo de champagne—el rocío fragante— para las copas últimas de los últimos bohemios.

## VIGILIA

Los espectros de la pesadilla enredaron al sueño en un velo de espanto,

Y la mano inasible de la angustia solocó el grito trémulo ahogándolo en el río dormido del silencio.

Antonio MONTALVO

Quito, Ecuador



## EL AVENTURERO

—Fragmento—

VENIA de lejos, desde un remoto país ingrato del que traía dolorosos recuerdos que quería olvidar.

Sobre cubierta, de codos en el pasamano de bordo; bajo una despejada noche de estío cuyas innumerables constelaciones al reflejarse hacían casi luminoso el móvil espejo del agua, Adrián de Marcel sentía crecer su pena; inmensificarse, como la noche y el mar. Así como las olas en el piélago inquieto, ondas amargas batían dentro de su corazón como de lágrimas contenidas. Y, aunque habían ya transcurrido cinco largos meses desde el aciago día aquel de su desgracia, el triste drama de su vida cobraba mayor relieve mientras más se serenaba su razón para el análisis.

Con la negra cabeza abatida sobre los puños; con los hundidos ojos inyectados a causa del supremo esfuerzo del pensamiento; con la boca amarga al recuerdo de las duras palabras proferidas; reconstruía, precisa, la vergonzosa escena de su deshonra. Y volvía a verse, como entonces, avanzando sigiloso en la noche por los estrechos senderos del parque; amparándose bajo la sombra de los arbustos para no ser descubierto, cuando algún ruido venido del fondo de la casa, o algún rayo de luz que miraba desde lo alto de una ventana, le sobresaltaban. Volvía a verse como cuando al pararse casi arrimado junto a la puerta, contentiendo apenas la respiración fatigosa, miraba, atónito, por el ojo de la cerradura, el fondo de la alcoba y la sorprendía a su mujer en los brazos de otro hombre. Y cuando, no con un grito sino con un rugido lanzado desde el seno mismo de la adolorida entraña defraudada y humillada, penetraba resuelto, armado de un vengador puñal que lo clavaba en la espalda del amante hasta la adiantada empuñadura. Y luego, cuando al recriminarla a ella, eurostrándola su falta con palabras auyunadas de dolor y de cólera y con la mano pronta a golpear, a cada inútil explicación de los femeninos labios contaminados, comprendía él, con el pobre corazón deshecho, toda la irremediable catástrofe de su vida. Y después, cuando en el nebuloso amanecer del día siguiente se embarcaba de fuga en aquel buque mercante de un tío suyo, con rumbo hacia lejanas tierras desconocidas.

Cinco largos meses habían pasado ya, de vivir sobre el agua; calcetando en cada puerto; mirando, nostálgico, desde la alta proa, pintorescas tierras exóticas que parecían sonreír como graciosas mujeres amantes y ofrecerse a su vista con el singular prestigio de lo ignorado; y ni el tiempo que todo lo borra, ni la distancia que todo lo aleja; ni el dulce resplandor de otro cielo ni el novedoso encanto de otras cosas, habían logrado atenuar en su memoria el insistente recuerdo de su desventura. Y aunque había realizado con demasiada felicidad, casi sin arrostrar ningún peligro, todos aquellos actos que el honor mancillado de un hombre sugiere en esos trances: matar o herir al amante; despedir de la casa a la culpable; abandonar, en busca de olvido, el hogar y la patria, sobre él pesaban como una montaña la pena y la vergüenza de su situación por demás comprometida. Secretamente comprendía que, sin embargo de ser aquellos actos su rehabilitación ante los hombres, en su conciencia, en el concepto fatídico que de sí mismo le quedaba, él no era otra cosa que una infeliz criatura cuya existencia se había hundido para siempre. Y lo peor de todo, aquello que él sentía con horror imponerse desde el fondo tumultuoso de su ser lleno de espanto, a despecho de sus protestas, venciendo la resistencia de su dignidad ofendida, atropellando el severo razonar de su inteligencia inculpadora, era el apasionado amor a la depravada mujer a quien que surgía indomable, devastador como una llama. Ahora se daba cuenta él, ante este nuevo aspecto de su miseria, de que su fuga, más que al temor a la justicia, más que al razonable deseo de alejarse del odioso lugar de su oprobio, obedecía al tiránico miedo de encontrarse con ella, de imprevisto, en alguna parte; de verla asomar de repente en su casa, toda ella arrepentida y suplicante en busca de una posible reconciliación; de volverla a tener, el rato menos pensado, frente a frente, con su magnífica belleza tentadora, y sentirse quizás sin valor para otra vez repudiarla. Y sobretodo obedecía al terror—terror inmenso y pavoroso—que le inspiraba la idea de que podría él ceder, de que podría claudicar, de que podría perdonarla, acaso, envilecido.

Se picaba el mar. Gruesas olas con las crestas blancas de espuma, que se golpeaban entre ellas, desde lejos venían a chocar contra el buque, produciendo un sordo rumor agitado. El aire se saturaba de las salobres emanaciones marítimas, y la brisa, aligerándose, refrescaba la cálida atmósfera bochornosa. En el límite extremo, en la línea del horizonte donde se confundían el agua con el cielo, aparecía en su primer menguante la luna enrojecida, y su luz de magia mostraba más patética la líquida inmensidad en movimiento.

Admirando, Adrián sentía que su dolor se sossegaba y que su mente, despejada de funestas ideas sombrías, entraba en un dulce intervalo de olvido. Como después de haberse librado de una pesadilla su pecho se alaba tomando aire avidamente, y sus ojos, como abiertos a una realidad por largo tiempo ambicionada, miraban maravillados, bajo el rojo resplandor de la luna, la agitación del mar.

El rumor de las olas, apagado todo otro ruido, no le permitió a Adrián escuchar los pasos que se acercaban. A movimientos acompasados, abriendo un poco las gruesas piernas para equilibrarse, el capitán del «Intrepido» se llegó a él, borbón y satisfecho. Y para llamarle la atención le colocó sobre el hombro, con brusquedad, la rubionada mano pesada, al mismo tiempo que con ronca voz dejaba caer en los atentos oídos de Adrián, como piedras en el agua, reflexiones de peso que más tarde habían de influir en el ánimo del joven.

—Hombre! quien te ve aseguraría que te hallas pensando en ofrecerte en alimento a los tiburones. Deja allá eso que has dado en llamar «el drama de tu vida» y apréstate a gozar que para eso tienes juventud y dinero.

Y tomándole del brazo, afectuoso y consolador, atrayéndole a una banca:

—Ven, nos sentaremos aquí y tomaremos unos tragos.

Llamó a «Payaso» un muchacho delgado y de tez bronceada, con una sonrisa inextinguible en los labios y en los ojos, y un no sé qué de cómico en su actitud truhanesca y el más vivo de los grumetes—y le pidió ghin.

Sacó la pipa, una gran pipa de cerzo, la cargó de tabaco en hebra, la encendió y se puso a fumar a grandes bocanadas. La brisa se llevaba el humo y le sacudía la espesa barba flava. La luna proyectaba su sombra grotesca sobre el alquitranado suelo de madera, y Adrián, sentado a su lado, se preparaba paciente a soportar su charla.

El Capitán era un hombre corpulento, como de unos cincuenta años de edad; de un rubio dorado que tiraba a rojo y de toscas mandíbulas prominentes como de animal voraz. En el curtido rostro, dos cosas tenía esencialmente vivas: los ojos, de un azul intenso cuya mirada era penetrante como un dardo, y la ancha nariz arremangada de móviles terribles voluptuosas cual agallas de pez, que parecían estar constantemente olfateando en el aire deliciosos aromas embriagadores. Pero su gloria era la hermosa barba de apóstol que le cubría el pecho como una ancha estola.

—Con lo que has hecho, otro hombre estaría feliz—le seguía amonestando a Adrián, convencido.—Has lavado con sangre la afrenta recibida y has sabido con oportunidad sacudírte de los brazos de esa mala mujer. Del mal paso has logrado salir como un hombre, como un Marcel auténtico y ahora vas a dejarte perder la razón! Majadería!

Llenó las copas que en un charol con la botella de ghin había colocado «Payaso» entre los dos, sobre la banca, y le invitó a beber:

—Bebe, hombre. Calienta ese corazón entumecido para que vuelva a vivir. El tiempo corre, la juventud se acaba y Amor no levanta su alcazar entre arrugas. Y lóyeme! lo principal en la vida, por no decir su único objeto y su exclusivo fin, es amar, amar siempre y ser amado.

Adrián por primera vez le escuchaba con atención. Nunca le había oído a su tío expresarse así con palabras de tan honda verdad y de tan claro sentimiento. Las más de las veces, al conversar con él, el Capitán se había mostrado superficial, preocupado sólo del negocio, ilustrado únicamente en cosas de marinería. Agradable sorpresa le fué, pues, oírle hablar con tan amplio conocimiento del mundo, con tan justa apreciación de la vida, con tan precisa visión del corazón humano. Pensó que, tal vez, de aquella charla admonitiva de su tío podría sacar algún consejo aprovechable y se dispuso a atenderle casi complacido.

Vaciaron las copas de un solo trago; tornó el capitán a llenarlas y siguió hablando, locuz.

—Pero no se ha de amar hasta el degradamiento y la humillación. Si algo debe conservarse puro, en una altiva dignidad severa, es el amor. Y tú, la otra noche, aunque con sobrada vergüenza, declaraste que le seguías amando a ésa, a aquella hombre que manchó tu nombre.

—Es verdad—repuso Adrián, algo demudado—Pero comprenda, tío, que no es tan



fácil arrancarse del corazón y barrerse de la memoria un sentimiento y un recuerdo que tan adentro han vivido. Además, en esta reclusión, en esta soledad inmensa, no han de ser el cielo y el mar—infinitos donde más se abisma mi dolor—la copa en que beba mi sosiego.

Y después de una pausa, exaltándose:

—Sí, siento que me degrado, que me envilezco; que mi orgullo al rebajarse hasta ese amor me hunde en el cieno. Pero ¿qué quiere usted que haga? ¿A dónde ir? ¿Cómo olvidar?

—Mujeres y vinos por todos los caminos—sentenció con aire megalista el tío.—Sin duda alguna habrás oído hablar de América, de aquel gran Nuevo Mundo descubierto por Colón. Pues bien, yo te sabré decir que aún hay allí muchas bellas cosas conquistables. De cuanto extranjero que, de regreso de esas tierras, he conocido, ninguno ha traído las manos vacías ni el corazón sin historia.

Muchas leyendas de un sabor milimanesco, muchas versiones a cual más llena de anécdotas eróticas, me han contado aquellos viajeros que visitaron esos países. Un inglés, apenas llegado, había despertado una pasión violenta en una dama de la alta sociedad cuyo marido había muerto luego de una enfermedad desconocida. Otro, un compatriota nuestro, asimismo acogido con muestras de grande deferencia y simpatía en casa de una hermosa viuda, había vivido largo tiempo a expensas de ella, regresándose después, de huída, cuando advirtió que a la madre y a la hija las tenía encinta. Muchos otros han formado colonias, estableciéndose, casados y enriquecidos, en pintorescas villas confortables. Yo mismo, en algún rincón de una de aquellas provincias creo haber dejado algunos hijos; y no vacilo en asegurar que una de las más dulces temporadas de mi juventud aventurera fue la vivida allí, explorando minas y seduciendo mujeres en aquella rica tierra de promisión.

Y mientras la mirada se le quedaba aferrando fija y hundida en el horizonte por el lado aquel del sur donde él sabía la situación precisa de aquellos lugares, por las anchas narices despedía abundante humo a cada fumada, y con la lengua, pegándola y despegándola del paladar, producía un especial ruido como si catara la bondad del ghin.

Un singular contraste que hacía aparecer como imposible la consanguinidad con el sobrino formaba al lado de Adrián: éste, moreno, con los ojos y el cabello tenebrosos, con una delgadez de formas que acusaba la textura del hombre nervioso, afinado de inquietud, ofrecía el interesante aspecto de un pensativo incurable, en cuya frente empuzaban las ideas fijas a contraerle el ceño con una honda arruga de preocupación; aquel, siempre vestido de blanco, haciendo más basta su corpulencia de carnes glotonas,

tenía el genio alegre, optimista, despreocupado, como consecuencia fisiológica de una ordenada marcha estomacal. Bebía ghin largamente y su rubia cabeza cuadrada jamás había sentido los estragos del mar ni los mareos del vino.

—Son países nuevos—seguía observando con suficiencia de conceder.—Y aunque todavía conservan mucho de sus curiosas costumbres primitivas, sin embargo, un loco afán de civilizarse los hace acoger y copiar, y trasplantar a su suelo—muchas veces sin acierto ni buen gusto—estilos, modas y doctrinas de nuestra vieja Europa. De ahí que un europeo se impone desde que llega. Por conocer su espíritu de civilizado, por imitar sus maneras de hombre distinguido, por alcanzar el honor de su amistad y la deferencia de su saludo, pronto los mozalbetes le rodean de un franco ambiente de cordialidad y simpatía. Ellos se constituyen en ciceroes gratuitos para enseñar todas aquellas cosas a las cuales nunca las supieron apreciar; y cuando el extranjero contempla admirado la hermosura de los paisajes, la belleza de las mujeres, el valor inestimable de varios edificios coloniales y el maravilloso arte pictórico de cuadros antiguos y olvidados, no es raro ver en los ojos de aquellos una expresión asaz sorpresiva como de quien que, de repente, fuera descubierto poseedor de valiosos tesoros por él mismo ignorados o despreciados. Denigrando a todo lo suyo; manifestando en un desdeñoso gesto todo el cansancio, todo el disgusto de sus vidas encerradas en un círculo tan estrecho—sin horizontes ni aspiraciones, como consideran a su patria—creen superarse al medio, eudirse de los deberes cívicos, elevarse a una más alta esfera de comprensión y de cultura, desde donde, seguramente, suponen hacerse más apreciables a los ojos de un extranjero. ¡Ah, son países muy curiosos!

Golpeando la pipa apagada contra el espaldar de la banca para hacer caer las cenizas, el Capitán sonreía con todo el rostro encendido por el alcohol.

El mar cantaba su eterna canción de movimiento y rebeldía y en espumosas olas se alzaba, yendo a invadir luego lejanas playas aprisionantes. De rato en rato densas nubes pasaban por el cielo interceptando los rayos de la luna cuyos intervalos de luz, después de los espacios de sombra, parecían más dulces todavía que su continuo fulgurar.

Adrián, mirando ya vacía la botella que sobre el charol entrecrocaba con las copas al trepidar del buque, produciendo un sonoro rumor cristalino, pensaba, aliviado:

—Botella vacía, charla acabada.

Y en efecto, en aquel mismo instante, su tío se levantaba para recogerse a su camarote, pero sin dejar de añadir, insistente:

—Hoy vamos bordeando las costas del



Pacífico, y yo creo que en cualquiera de estos países americanos del sur tendrías un vasto campo de experiencia donde tu pena prueba encontrar el olvido deseado. Reflexiona, pues. Pronto, después de dos o tres días, haremos escala en el puerto del hermoso país de los Nevados.

Y le tendió la obesa mano vellada que Adrián se apresuró a estrechar: agradecido de quedarse solo.

Un arrebatado loco, incontinente, irreflexivo, le había impulsado a Adrián, en el mismo instante de cerrar su maleta de viaje, a coger desatinadamente el retrato de su mujer de encima de una mesa, en la madrugada aquella de su fuga, y llevárselo consigo como triste recuerdo de su felicidad perdida. Y escondido como una prenda de hurto lo tenía, sin atreverse a mirarlo, hasta que bien entrada la noche, encerrado en su camarote, se consideraba seguro contra la impertinente vigilancia de su tío.

Todas las noches, al sacar el fondo de la maleta, él sentía como que un rubor de vergüenza le quemara las mejillas y como que en su carazón ¡oh miseria! se le insinuara una recóndita emoción de adolescente enamorado. Mirándolo, no era el odio que como una larva deja el engaño en el corazón herido, lo que él sentía; no era la aversión del sexo traicionado lo que él experimentaba; era una angustiosa tristeza de amor abandonado, pospuesto, venido a menos, lo que él, en lo íntimo de su alma, en la parte más sensible de su ser, sufría desesperadamente. Y era más agudo aún su espasmo doloroso cuando al contemplarla detenidamente en el retrato, con esa desconsolada aflixión con que contemplamos las cosas amadas que ya no nos pertenecen, yendo de facción en facción, de línea en línea, como reconociendo y aquilatando toda la acabada perfección de su belleza, él recordaba, en una extrema lucidez de los sentidos, su peculiar actitud tentadora, su refinada manera de acariciar, su exquisita voluptuosidad al entregarse.

Y enloquecido, mientras la rubia carita femenina parecía sonreírle, como animada, desde el fondo del retrato, pensaba ahora:

—Y esta bella mujer que ha sido mía, a quien yo la he amado y poseído con un inmenso amor insaciable; de quien he creído poseer no sólo el cuerpo sino que mi alma se hallaba en completo dominio de la suya; de quien yo habría podido jurar, cortándome una mano, que era la encarnación de la honradez, el espejo de la fidelidad; por quien mi vida había conocido las más nobles delicadezas del sentimiento y las más altas aspiraciones del espíritu; he aquí que, de un momento a otro, dejándose seducir por un mediocre artista de cine, vencida

por vanas promesas, alucinada por mendaces palabras, cae en un vulgar adulterio sin otro encanto que aquel que pierde a una hembra frívola y casquivana, y se convierte de pronto para mí, que he sido su dueño, en una mujer inaccesible, vedada, por su pecado y por mi honor.

Tumbado sobre la cama, encendiendo un cigarrillo tras de otro, desarreglándose el cabello con nerviosos dedos impacientes, devanándose el cerebro enfebrecido en busca de alguna causa provocada por él, de algún motivo suscitado por quien sabe qué incorreto proceder suyo que justificara a sus ojos la falta de su mujer, Adrián se sofocaba, se martirizaba, sufría.

Claramente recordaba que en ningún acto de su vida conyugal había dejado él de observar una estricta compostura; de ceñirse a una discreta corrección; de cumplir, como el más rendido amante, con los más insignificantes detalles de galantería. Por espacio de diez años, por lo mismo que su vida antes del matrimonio pecara de disoluta y arrastrada, su conducta junto a Miriam había sido como una depuración de los pasados vicios e inveteradas degradaciones de su primera juventud; había sido no sólo como una dignificación de su ser moral depravado, sino también como una reacción de su ánimo abatido por los repetidos golpes de la suerte. Las perniciosas amistades que le dañaban; el juego que le empobrecía; el huir que le hacía vil; el desorden en sus costumbres que le alteraba la salud, todo lo había dejado, todo lo había olvidado, en el sensato afán de regenerarse. Y he ahí que, cuando la obra del amor parecía haber llegado a su triunfal coronamiento, convirtiéndole a él en un formal hombre de bien, de nuevo un gesto infame del destino cortaba de improviso la senda de la dicha con un hondo tajo insubsanable.

¿Qué pudo pues, — se preguntaba, confundido — llevarla a ella a rodar por esa pendiente vergonzosa y a precipitarme a mí, sin piedad, en este abismo de deshonra? ¿Qué, más que yo, pudo valer aquel hombre que la sedujo, para así, de una manera tan violenta y precipitada — en su cuarta entrevista apenas — decidir su ánimo, convencer su conciencia, sugestionar su corazón, y en mi propia casa, aprovechando de una supuesta ausencia mía, ser recibido y acariciado, sin recato?

Un criado muy afecto a él, llamándole a solas, le había dicho: Mire, señor, aquí en su casa se le engaña. Hay alguien que visita cuando usted se ausenta y a fe mía que he sorprendido en la señora actitudes nada correctas.

Esta había sido, pues, la única denuncia sospechosa. Por lo demás, ningún otro indicio, ninguna otra prueba. En las costumbres de Miriam ningún cambio manifiesto

que la delatara; ninguna alteración en sus demostraciones de cariño, que la condenara, había logrado él sorprender por más que se dedicara con ahínco a pesquisarlos en cada uno de los actos de ella en su vida de hogar. Hasta que un día, urgido por los celos, apremiado por una especie de locura, instado por el frenesí ciego de conocer la verdad, había fingido ausentarse, volviendo a la casa, en la noche aquella, andando como un ladrón entre las sombras y acercándose a mirar por el ojo de la cerradura cuyo círculo había parecido agrandarse infinitamente al presentarle la inmensidad de su deshonra.

Y aunque el hecho ignominioso estaba allí, cierto, terminante, manifiesto, reproduciéndose en su memoria con una cruel desnudez, con una despiadada precisión de detalles, él no atinaba a comprender, no alcanzaba a darse cabal cuenta de cómo ni por qué había podido producirse.

Contra sí mismo no hallaba una acusación concreta, definitiva. Todas las suposiciones, todas las deducciones, todas las conclusiones llegaban indefectiblemente a afirmar simple y llanamente que Miriam le había traicionado de una manera vil, infame. Y desconsolado pensaba, generalizando:

—Miseria, miseria. Fragilidad femenina que está a merced de todas las sollicitaciones; expuesta a todas las concupiscencias, vencida siempre por la tenaz asechanza del eterno fauno!

Y mientras tanto, así como de una agua removida sube del fondo a la superficie el sedimento turbio, del fondo de su corazón adolorido en ondas amargas ascendía a conturbar su conciencia y malearla un hondo y acerbo rencor contra los hombres y contra la vida.

Los malos instintos, las bajas pasiones, todo lo de más inmoble y pervertido que el sér humano oculta en su fondo de animalidad, cubierto por una capa de educación y de cultura y contenido por un convencional moralismo, Adrián sentía, en ese instante, despertarse como gérmenes dañinos bajo el sol.

Los grandes dolores, las tragedias sentimentales, los dramas íntimos del corazón que muchas veces endulzan y suavizan un carácter, enderezan y templan una voluntad torcida, dignifican y la redimen del fango a una alma protérvica, producen otras ociosas efectos contrarios de rebelión y de encono, de perdición y de ruina cuando obran sobre temperamentos renegados o insurrectos como el de Adrián que difícilmente se someten a los designios fatales de la suerte. Así, pues, de su pena rencorosa, una nueva vida parecía fermentar como de humores dañados, llevándole al cerebro acres vapores mareantes que le exaltaban el ánimo en una airada sublevarción contra el destino aciago.

—La vida es pérfida —se decía.— El egoísmo humano prevalece por encima de todo

impulso generoso del sentimiento. El instinto traiciona a la razón, anula toda moral, tuerce el sentido del bien. Placer es todo aquello que satisface al instinto. La felicidad no es otra cosa que la aptitud del sér para gozar de todos los placeres; luego para ser feliz hay que vivir según el instinto.

De nuevo las alucinantes palabras de su tío insinuándole a desembarcar en playas americanas, le sonaban como una halagadora promesa, y su sangre joven, enriquecida en aquellos cinco largos meses de abstinencia por el buen aire del mar y por los afrodisíacos mariscos substanciosos, se encardecía de pronto, dilatando sus venas, regando los más sutiles tejidos de su sensibilidad, presentándole a la imaginación calenturienta caprichosas escenas lascivas con hermosas mujeres de otro suelo y de otra raza.

Señalaba las once el reloj de viaje que metido en un estuche café de cuero colgaba de la pared. Un calor sofocante, pesado del humo de los cigarrillos que llenaba el camarote, adensaba la atmósfera. El foco de luz daba la impresión de una estrella en mitad de un cielo nebuloso de invierno.

Adrián se calzó las pantuflas y en pijamas se levantó a abrir la redonda ventanilla, deseoso de aire fresco. Un soplo tibio como un aliento le besó la frente sudorosa y su olfato lo halló fragante, con olor a fronda espesa, a musgos húmedos, a tierra fértil. Asió el rostro fuera del marco y miró a lo lejos; la luna estaba próxima a perderse. Una calma de inercia pesaba sobre el mar tranquilo. Bajo el cielo ecuatorial, medio plomizo, parpadeante de estrellas, «El Intrepido» navegaba despacio como a merced del viento que apenas rizaba la tersa superficie de las aguas. En el límite del horizonte, hacia el este, los últimos rayos de la luna parecían iluminar una gran faja de costa selvática. Y entre la paz del mar y la del cielo que descendía desde lo alto de las nubes y subía desde el fondo de las aguas tranquilas, la humana ansia eterna de amor palpataba urgente y necesitada en la voz dulce y melódica de «Payaso» que acompañado de su guitarra entretenía a los marineros cantando sobre cubierta:

Fragante a primavera  
en una playa ignota  
que un bravo mar azota  
una mujer te espera.  
Avanza navegante,  
la proa de tu nave  
dirige hacia levante  
y bajo el claro cielo,  
como el vuelo de una ave  
en busca de la amante,  
cruce fugaz tu anhelo.

Guillermo BUSTAMANTE



## POESIAS

## MUSICA DE SCHUBERT

Crin que al aire te vuela, rizada y bruna,  
parece a mis ahogos humo en fogata;  
y del arpa desprendes la serenata  
divinamente triste, como la luna.

Y del celo ardoroso despidés una  
fragancia de resina; y él te dilata  
ojo que resplandece con luz de plata,  
como en la sombra el vidrio de la laguna.

Mas tu marido llega con su fortuna,  
nos dice dos lisonjas, va por su bata,  
y al dormido chicuelo besa en la cuna.

Y mientras que te tiñes en escarlata,  
crin que al aire te vuela, rizada y bruna,  
parece a mis ahogos humo en fogata.

## EL MUERTO

Como tronco en montaña venido al suelo.  
Frente grandiosa y limpia, soberbia y pura.  
Negras y unidas cejas, con la figura  
del trozo curvo y fino que marca el vuelo

de un pájaro en un croquis que apunta un cielo.  
Nariz igual a un pico de halcón. Albura  
de canas. ¡El abeto, ya sin verdura,  
dió en tierra y está en parte cinto de hielo!

El ojo mal cerrado tiene abertura  
que muestra un hosco y vítreo claror de duelo,  
un lustre de agua en pozo yerta en su hondura.

Moscas espanto y quito con el pañuelo;  
y en la faz del cadáver sombra insegura  
flota esbozando un cóndor al par que un velo.

## A LOS HEROES SIN NOMBRE

Milicias que en las épicas fatigas  
caísteis, indistintas e ignoradas,  
cual por la hoz del rústico segadas,  
en tiempo de cosecha, las espigas;

que moristeis a manos enemigas,  
fulgentes de entusiasmo las miradas,  
tintas hasta los puños las espadas  
y rotas por delante las lorigas.



Oscuros Alejandro y Espartacos,  
la ingratitud de vuestro sino aterra  
la musa de los himnos elegiacos.

En las cruentas labores de la guerra,  
sembradora de lauros, fuisteis sacos  
de estiércol ¡ay! para abonar la tierra.

#### ¡AVE MARÍA!

¡Ave María! ¡Llena de gracia!  
Tienes tres lustros, ojos de antílope,  
mirada de astro, sonrisa de ángel,  
boca de perlas y de rubíes,  
tez de durazno que incita el diente  
con sus pelusas y sus carmines,  
barba de hoyuelo, crenchas de oro,  
frente de musa, cuello de cisne,  
pechos de estatua que el tal descubre  
altos, redondos, blancos y firmes:  
una belleza pagana y prócer  
y en ella el lampo de un alma virgen.  
Los que se arrastran no te conocen;  
eres estrella, no ames reptiles,  
que la hermosura, florón glorioso,  
triumfal corona, botín sublime,  
debe ser lauro de la grandeza:  
¡llámese genio, virtud o crimen!

#### EL FANTASMA

Blancas y finas, y en el manto apenas  
visibles, y con el aire de azucenas,  
las manos — que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,  
como las noches limpias de nublados,  
los ojos — que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;  
y como crin de sol barba y cabello;  
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste barca.  
Así, del mal sobre la inmensa charca,  
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y abrigó a mi espíritu la cumbre  
con fugaz cuanto rica certidumbre,  
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reitegra  
la fe que salva y la ilusión que alegra:—  
y un relámpago enciende mi alma negra.

Salvador DIAZ MIRON

México

## COLECTIVISMO IBERICO

**C**UADRO de hermosura: el de una vasta colectividad que en gigante dinamismo y corriente de inundación se expande, recobrando las perdidas fronteras y retrocediendo a la primera ruta triunfal, trazada desde el siglo del descubrimiento. La raza ibérica, en la centuria del descubrimiento de América, en la misma que abrió paso a las Indias Orientales, forzando el cabo de las Tormentas; la centuria en que Magallanes y Elcano midieron con sus proas la redondez del globo, fue la raza heroica, la de elección, dueña del océano, para serlo del universo. Lanzó sus velas hasta descubrir el más grande de los mares que vino a ser heredad suya, para llegar por él al soñado Catay, a Cipango, a la India misteriosa, al Japón ultramarino, a los Archipiélagos Oceanicos, juntando tierras de tan opuestas zonas, cerrando la maravillosa travesía en las Indias Occidentales, por primera vez aparecidas, para sorpresa del mundo, que ignoraba su extensión y hasta su figura. El nuevo, antes desconocido, se extendía de un polo al otro: casi la mitad del planeta y las dos terceras partes del mar. . . .

Esta raza que acababa de cortar el paso al Islam hasta entonces irresistible, a las puertas de Roma, la que sin España, habría pasado al dominio del Gran Turco; la raza que indemnizó con dos continentes al Catolicismo, de sus desastres del Cisma griego y de la Protesta de los antiguos bárbaros del Norte, enorgullecidos por la herencia del Imperio; tomó infalible de personaje de primera fila en los fastos. Después de Grecia y Roma, ella. Menos culta que Grecia, pero más larga en sus empresas; menos fuerte que Roma, pero no como ella: matadora de pueblos conquistados.

Bien pudo decir entonces uno de sus poetas sabios (Quevedo) escribiendo líricamente:

*Tuvo soberbio el alto mar de España  
apenas Fabio, por orilla el cielo.*

Y cuando Inglaterra, hizo la primera tentativa naval para abatir el poderío de Iberia navegante; Inglaterra, según el pintoresco decir de Lope de Vega:

*. . . . Viendo en las columnas españolas  
la sombra del león, volvió la espalda,  
sembrando las banderas por las olas.*

Eran las banderas de la futura emperatriz de los mares, que habría de sellar más tarde, frente a la misma Cádiz, exaltada por Lope, el estrago de las escuadras española y francesa en Trafalgar. . . .

Cuando Portugal y España iban abandonando las rutas del mar, cuando los galeones de la Contratación de Sevilla se entregaban a discreción de los piratas ingleses, holandeses y franceses, cuando se fue haciendo el gran silencio español en los derroteros de Asia, Africa y Oceanía; roto el vínculo de unidad que habría salvado a Iberia, hicieron suyo el imperio los malhechores del mar, los que más tarde habían de ser árbitros de la cultura y maestros de la política. ¡Altibajos de la historia, escenas de tragedia heroica que se truecan en comedia plebeya, súbitas elevaciones para descensos casi irreparables!

Pero la historia tiene flujos y ondulaciones de avance y de retorno. Las caídas acaban por renacimientos.

Los pueblos americanos no debemos desconfiar de la justicia que surge del fondo mismo del desastre. El tiempo redime a los vencidos, y para ello y encima de él gobierna la Providencia, conservadora de las razas, mantenedora de su perpetua juventud, que las restaura para nueva vida, después de sus quebrantos, muchas veces de siglos. Los pueblos hijos de España no podemos sustraernos a la ideología, al avance racial, al miraje de los caminos del porvenir. No porque la raza signifique estrictamente— casta, estirpe ancestral, sangre y color hereditarios de Europa, de Iberie; sino espíritu, germinación de cultura, genio de grupo, corriente de civilización dentro de riberas oceánicas, forma característica de la parte que hemos de tomar en los destinos del mundo y programa de acción para campañas y hazañas venideras.

Bien sabemos que en la América nuestra, una mitad a lo menos de la población procede de fuente primaria: el azteca, el quechua, el caribe, el aimará, el guaraní, el araucano. . . . Pero estos casi sanos y fuertes sillares primitivos, tallados fueron por la ra-



za ibérica, que en ellos imprimió sello y heráldica, con los brazos de la cruz y la punta de la espada.

Las Españas no eliminaron las razas aborígenes. Si hubo crueldad, equivocaciones y asperezas, ellas importaron rebeldía contra sabias ordenanzas de beneficencia y de justicia del gobierno español que estimulado por la Iglesia, puso empeño en conservar y dignificar a las castas indígenas, para su asimilación, al revés de los simuladores de humanitarismo del Norte que han extinguido al elemento autóctono, a los acordes de una canción de cuna de mentirosa filantropía que en el fondo era nota de salmodia funeral.

Los americanos de color más o menos moreno, la mayoría—los mestizos desde las gentiles alianzas de los primeros héroes conquistadores con las hembras de la tierra, tuvieron dos noblezas—la india de Anahuac y el Cuzco y la improvisada de los tremendos adalides que, con el dramaturgo castellano, podían arrogantemente exclamar:

*Mi nobleza empieza en mí.*

Poderoso impulso se ha desarrollado, sobre todo en los últimos años, adverso a la hegemonía ibérica: el llamado latinismo, movimiento estratégico para restar importancia al prestigio español, echando en veces velo de sombra sobre siglos de indiscutible grandeza. Se ensaya una atenuada campaña en contra de la calumniada conquista española, resto de la enemiga anglosajona desde el siglo XVI adelante contra la España que guerreó en Flandes, Francia, Alemania e Italia, al mismo tiempo que se vaciaba sobre América. El latinismo intenta agrandar el campo de influencia, pero se sospecha una maniobra de disminución de la supremacía legítima lusitano española en el nuevo mundo. Se arroja en el vaso un chorro de agua para desvirtuar el vino, y quedamos sin el vino y sin el agua. . . .

El latinismo, más amplio y genérico, no pudo extrangular al ibero americanismo, sin perder el motivo de existencia y el fundamento mismo de la propaganda. Las amplias y extensas unidades, así desteñidas, invertidas, casi artificiales, poseen efímera consistencia. La masa no las siente ni las comprende: casi se reduce a antes de razón. Hay que fundarlas en la tradición y animarlas con el sentimiento de estirpe, de idioma y de aspiraciones comunes.

Como recuerdo de Roma que se llamó eterna puede existir el latinismo, tan bellamente presentado por la cultísima Francia

que acaricia a América, devolviéndole su incondicional adhesión, con una casi ficción de parentesco. Y América que ama la gracia y la fiura de la civilización francesa, corresponde al requerimiento de un pueblo que sabe de las artes de seducción. Nuestra consanguinidad o afinidad con Francia es sobre todo espiritual, y explicado así con las reservas del caso, se comprende y cabe el latinismo. Este tiene también causa de existir por simpatía a Italia, primera madre latina, nodriza que nos dió Grecia, país de arte, de sangre espesa y ardiente, de glorioso abolengo romano, de expansión colonizadora, que ha fundado nuevas patrias en toda la tierra y que en América cuenta la cifra mayor de inmigración.

Mas la puerta por donde entramos al latinismo, que es Iberia, no puede cerrarse nunca. ¡Es la nuestra! la de los batiientes de bronce, que lleva el blasón en la clave del arco. A no ser que se intente hacernos saltar hacia el latinismo, por las bardas . . . Caeríamos allí maltrechos, para infimo valer . . . y quizás en camino de acabar.

Eduquemos a la juventud, a las masas, a la nación, para intensidad, extensión y fuerza de la campaña de influencia, de cultura, de siembra del ideal ibérico, que contempla nuestro origen, que se liga a nuestra existencia, que consulta la respetabilidad de la raza y atalaya nuestras fronteras materiales y espirituales.

Y no se crea que vamos a una predicación cautelosa de descrédito y mengua del panamericanismo. No es tan pequeño el corazón de los pueblos, para que en él no quepan todas las aspiraciones generosas, de liga, de fraternidad, de defensa, sin contradecirse, en los términos de la franqueza, de la hidalguía, de la noble aspiración humanitaria. Las agrupaciones de intereses tienen también razón de existir en la economía de la vida internacional; el panamericanismo arranca de raíces hondas y corresponde a la realidad geográfica. Si acertamos a comprenderlo y practicarlo según nuestra dignidad y provecho, no se lo puede estimar peligro, ni arteria y táctica del poderoso a fin de esclavizarnos. Para ellos los métodos son de otro orden. Dentro del panamericanismo, podemos encontrar puestos de defensa; y sin él, nuestra suerte iría quizás a peores términos: al celo suspicaz, la intriga sistemática, la intromisión oculta—preliminares de la brutalidad de la conquista.

La liga de los pueblos americanos con los Estados Unidos al frente traduce un hecho,



y contra el hecho no queda otro recurso que rectificarlo o reducirlo al límite racional y al curso legítimo. El panamericanismo no excluye la homogeneidad ibérica, no mata el ensueño latino, no elimina la inteligencia cordial de las repúblicas hispano-americanas. Estas mancomunidades, resistentes por la raigambre originaria, serán respetadas por su unidad y firmeza. El bloque hispano-americano, incorporado al imperialismo del Norte, podrá imponer su justicia, para representar la cual, ha sido llamado. Lo que importa es que estos países procedan de acuerdo, sin llevar al Senado Anfitriónico sus malquerencias, chismes y minucias. La dispersión trae la muerte.

El panamericanismo importa una organización de los países del Nuevo Continente, para defensa de sus destinos, para armonía internacional, quizás también para imperio de la democracia en el mundo y sobre todo para eliminación definitiva del coloniaje en estas tierras libres.

El colectivismo ibérico comprende a pueblos de una misma fuente y de idénticas aspiraciones, en guardia del puesto de aire y de sol, de los caminos del mar y de la ruta providencial abierta y franca a cada agrupación de raza. La marcha de la una no estorba a la de la otra: las líneas paralelas no han de llegar jamás a un punto de divergencia. Así explicados, se compaginan el latinismo y el iberoamericanismo y entrambos con el panamericanismo. Somos latinos por españoles, y estamos en el panamericanismo como hijos de América.

Como resultado de lo dicho, viene el caso de observar por qué hemos perdido tanto terreno las gentes del núcleo racial, que después de los siglos épicos, más ha vivido de la literatura volandera, que con el brazo que lidia y el pie que avanza España desde que entregó a podrir sus velas en los puertos—perdió la potencia y la resistencia—perdió su sitio en la soberanía internacional. Y su América casi no conoce los derrotos del mar; palenque en que se gana o se derrota en los torneos de la civilización. Nuestros puertos son para feria de naves extranjeras; el pabellón mercante de las repúblicas hispano-americanas apenas muestra la estrella solitaria de Chile en algún rincón de las costas. El Brasil sí guarda la herencia de la vieja Lusitania. Lo demás es muy poco o casi nada. Nos cerca el mar a manera de territorio enemigo; desde él nos conquista el comercio europeo; vendedores de materias primas que nos acertamos

a transformarlas, somos clientes de la cultura foránea, para menoscabo de algo que nos resta original y propio.

No será muy tarde cuando ágiles naves del imperio del Sol Naciente, invadan nuestras aguas territoriales. Carecemos de marina; terrícolas de cordillera, la educación mutilada y rutinaria nos aleja del sendero de triunfo de los pueblos que se han formado para el progreso integral; quizás nos inclinamos más al vuelo de audacia del aeroplano, que a la barca pesquera o al cabotaje doméstico...

Defectos de educación, más bien que frutos de taras ancestrales: ceguera voluntaria—no impotencia económica. A ello se debe que el mar sea para nosotros—no puerta, sino muralla; no horizonte—la pared de una prisión.

El primer capítulo de enmienda en el programa docente, todavía por hacerse, ha de comprender la técnica marina en escuelas especiales. Un grumete vale más que un doctor, un timonel cien veces más que un covachuelista, el remero surcando el mar abre mejor que en tierra el surco del progreso; los pescadores cosechan sin sembrar, con más fortuna que el labrador que moja el grano con el agua de sus ojos. El mar nos convierte en ciudadanos de todo el mundo, ilimitando el espacio vital y enamorándonos de la libertad que habita en cárceles dentro del muro de las ciudades. Los aires marinos dan vigor orgánico, disciplina y fuerza al carácter y perseverante energía contra las traiciones de la naturaleza y la rivalidad de los hombres.

¿Cómo puede volver Iberia al predominio sino cuando se aventuren a la reconquista de los océanos los imprevisores descendientes de Colón, Vasco de Gama, Balboa, Pinzón, Alonso de Ojeda, Magallanes, Legazpi, Alburquerque, Elcano, Alvar Núñez, Hernando de Soto y otros mil?

El Homero lusitano señaló el destino de las Españas en la llanura marina: su epopeya abraza la inmensidad oceánica.

Cuando el magno poeta catalán Maragall dió el himno ibérico para Cantabria, Lusitania, Andalucía, Cataluña y Castilla, ese himno fué la canción del mar:

*¡Iberia! de los mares madre amada,  
canten en tu solar la gran canción.  
En ambas playas cante la oleada,  
y tierra, adentro, estalle el gran clamor...  
¡Iberia, Iberia de dos mares vida,  
Iberia, Iberia de tu amor al mar!*

**Remigio CRESPO TORAL**

Cuenca, Ecuador

## LA DEUDA

DE un lado la huerta, de la que llegaba el crepitar de las chalas que envolvían las mazoreas ya maduras, reseca por todo un día de sol ígneo; del otro el monte inmóvil y fresco, apretando al río entre la red de los árboles que no plantó nadie, y lejos las primeras luces amarillas del pueblo acurrucado contra la serranía. Cuando, en aquel inventario que hacía mi angustia, a ratos me daba vuelta hacia el Este, veía a mi madre en el rectángulo de la ventana abierta, repasando con lentitud la ropa de la familia y de la casa que pronto tendríamos que abandonar. Es una hora que no olvidaré nunca. Se preparaba la tormenta que quizá llegaría antes de cerrar la noche, y la cadena de cerros distantes encapuchábase de nubes oscuras, cargadas de relámpagos. Abrí la portera del guardapatio y a campo traviesa subí hasta la colina. Una brisa, que ya tenía ligero olor a lluvia, me dió en la cara quemada de lágrimas. Y todos los ruidos del campo en una tardecita de tormenta me cercaron de pronto con su enloquecida algarabía. Chirriaban las ramas un solo angustioso y monótono; los chujás cortaban el aire con gritos estridentes y alguno que otro cloqueo de gallinetas salvajes se destacaba del coro uniforme que subía de los pajonales tendidos en el codo cenagoso del río. Miré nuevamente hacia la casa y al ver a mi madre más inclinada aún sobre la costura, para aprovechar la última luz, una ternura desgarrada me llenó otra vez los ojos de lágrimas. Nos iríamos, sabe Dios dónde, dentro de pocos días. El mal hermano había malbaratado el mermado patrimonio que las prodigalidades caudillescas de mi padre menguaron tanto, y no nos quedaba otra esperanza que el trabajo oscuro y brutal en quién sabe qué rincón del mundo. En siete días más vencería, sin remedio, la infame hipoteca, y la viejecita y la muchacha tomarían para siempre algún desconocido camino de la tierra.

¡Señor que das la luz y das la sombra: cuánta amargura me hiciste beber en aquella hora!

El estribillo que durante todo el día me había estado martillando entre la cabeza, haciéndome ya doler las sienes como con golpes reales, volvió a rodar en mi cerebro, más vivo después de la pequeña tregua:

—Cinco mil pesos... Cinco mil... Cinco mil...

¿Pero de dónde había de sacar yo, pobre criatura que ni joyas tenía, aquella suma enorme? Nada que poder comprometer nos quedaba ya. El campo habíase vaciado de sus majadas y sus vacunos, parte del hermoso monte estaba talado ya, y la única salvación, la única, ¡la única, Dios de mi madre! era bajar la cabeza ante la fatalidad y aceptar por marido aquel horrendo viejo que había hecho con Julián el infame negocio de la hipoteca insalvable. Me sentía como enloquecer a ratos. ¡Tener nada más que diez y ocho años y resignarse a vivir entre cuatro paredes ruinosas, con un marido tan ruinoso como ellas, de una avaricia y un fulgor en los ojos seniles que daban miedo!... ¡Ah, eso no, Dios mío! Entre los truenos de la tormenta, ya casi sobre nuestro campo, bajo la sombra creciente y el viento que me sacudía como un arbusto más, surgido de pronto sobre el lomo suave de la colina, me sorprendí gritando con la cara hundida entre las manos, ahuecadas en una crispadura desesperada:

—Nos iremos a Montevideo, mamita. Yo trabajaré, mamita. ¡Pero el viejo no, el viejo no, por la Virgen Santísima!

Fue una hora trágica, de veras. No creo haber sufrido tanto nunca, ni siquiera cuando besé por última vez la faz rígida de mi padre, que me dejó en los labios, por muchos días, una atroz sensación de piedra amarilla y helada.

La voz de mi madre, inquieta, me llegaba en medio de los truenos crecientes y del viento del nordeste, ya cargado de goterones de lluvia:

—¡María Isabel, Isabelita, Isabelita!

Pero el estribillo me enloquecía y me ensordecía: cinco mil pesos... cinco mil pesos... cinco mil pesos...

Tendí los brazos al cielo. Mas no sé por qué los moví luego en forma de círculo en torno mío (el círculo mágico, el signo de las cábalas, he pensado muchas veces luego) y grité casi sin darme cuenta de lo que hacía, como en una subasta espantosa:

—¡Veinte años de mi vida, los mejores, los que han de ser más dichosos, por cinco mil pesos, cinco mil pesos!

Ilusión, desesperación, ficción de un cerebro que tal vez mordió un minuto la locura,



¡quién sabe qué! Yo sentí, lo juro, que una voz gruesa, voz de hombre adulto, dijo a mi espalda:

—¡Aceptado!

Me volví, fría de horror. El llamado de mi madre me llegó otra vez ligeramente irritado y ya imperioso:

—¡María Isabel, vuelve en seguida!

Y bajé corriendo la colina, crucé el patio, cuyos paraísos de menudas flores moradas sacudía furiosamente el pesado viento del Brasil, y entré en la primera puerta que encontré abierta, la del comedor todavía sin luz, con la sensación de que todos mis cabellos se me erguían sobre el casco helado, como si cada hebra hubiese adquirido de pronto una vitalidad independiente, tensa y vibrante. Cuando me miré luego en el espejo del gran armario de luna del cuarto de mi madre, en el cual ella recién había encendido la lámpara, mi cara era tan blanca y tan extraña que después siempre he tenido miedo de recordarla.

Habíamos concluido de cenar. La negra sirvienta levantaba la mesa y Titán, el perro, roía un hueso en un extremo del comedor silencioso. Todo estaba cerrado ya y sólo se sentía la conversación lenta de los dos únicos peones, que tomaban mate en la cocina. Mamá, que hablase puesto a hacer crochet, dijo suspirando:

—Julán no viene esta noche.

Yo callé obstinada, porque hacía ya mucho que sentía por mi hermano un rencor que llenaba mi corazón de una cólera sin tregua contra él. Aquel hermoso muchacho, tan mimado de mi madre, era la causa de toda nuestra desgracia, del porvenir oscuro y de la miseria en que íbamos a sumirnos irremediablemente. Si nos hubiésemos arruinado por fatalidad, por mala suerte, pase. Yo sería la primera en compadecer y consolar, en aceptar valerosamente todos los sacrificios. Pero no; era dispendios de jugador y mujeriego, criminal aprovechamiento de la amorosa blandura materna, lo que nos había llevado a aquel extremo. Y luego la horrible, la odiosa insinuación, con un acento de falsa dulzura que yo no le había oído nunca:

—Si tú quisieras, hermanita, podríamos salvarnos... Todo está en que consientas casarte con el viejo Chico Bentos... Es rico como un pachá, el muy animal.

¡Ah, sin embargo, cómo después uno todo lo perdona y olvida!

Los perros ladraron, pero sin furia. Cortó el silencio un agudo silbido familiar y la voz conocida gritó desde afuera del gran portón

que cerraba el patio de muros eucaliados, como si fuera la poterna de una muralla:

—¡Pancho, Cuico, abran, que soy yo!

Mamá dijo simplemente:

—Lucila, anda a calentar la sopa, que ya viene el niño.

Y se puso a esperar, con las manos abandonadas sobre la mesa. Yo incliné más la cara hacia el libro y a medida que se acercaba el ruido de pasos, a los que correspondía el rítmico arrastre de las espuelas de plata en los ladrillos del corredor, una nerviosidad inconcebible y absurda me aflojaba los brazos que temblaban sosteniendo mi cabeza obstinadamente baja. Mi hermano entró y dijo secamente:

—¡Buenas!

Yo permanecí callada, pero mamá contestó con la dulzura que tenía siempre para el predilecto:

—Buenas noches, hijo. Estás mojado, anda a cambiarte de ropa. Lucila te traerá ya la cena.

El contestó con una voz tan rara que me hizo mirarlo sorprendida:

—No quiero comer.

Su cara quedaba en la penumbra, pues la pantalla de porcelana blanca de la lámpara limitaba hasta la mitad de su cuerpo el círculo de luz viva. Tenía el sombrero sobre la nuca, cosa rara, pues siempre se lo quitaba delante de mamá. Estaba sombrío y hermoso con el ceño contraído y los negros ojos fijos en el respaldo de la silla de paja en que se apoyaba. Como había empezado a llover, el poncho de vicuña, a listas desiguales en blanco y marrón claro, tenía una ligera humedad. Sobre la rala felpa de la lana, gotitas absolutamente minúsculas imitaban una mosca tacilla luminosa. (¡Por qué recuerdo esta noche hasta esos detalles menudos!) Mamá preguntó con inquietud:

—¿Qué tienes, mi hijo?

Y él contestó con una voz un poco enronquecida, a tiempo que con un movimiento lento levantaba el poncho del lado derecho y ponía sobre la mesa un paquete envuelto en grueso papel azul, que extrajo del bolsillo de su bombacha de campo:

—La situación está salvada. Aquí traigo los cinco mil pesos para Chico Bentos.

Yo dí un salto y me puse de pie temblando, mientras me gritaba a mí misma dentro de mí:

—¡El pacto! ¡El pacto!

El me miró con aire rencoroso, y, dirigiéndose a mi madre, que había plegado las manos y con los ojos llenos de lágrimas murmuraba incoherentes palabras de gozo, de rezo y de pregunta, dijo de nuevo:

—Me los prestó Andrés Hidalgo, que está todo enamorado de ésta. He de pagárselos cinchándole como un burro en su fábrica, por seis o siete años, cuando menos. Pero ueste-



## MURRIA CASERA

¡Epílogo de otoño! qué aburrido  
amanecer de sol;  
en la concha doméstica embutido,  
siento tu mal, hermano caracol!

Un aprendiz de música, perdido  
en las semicorcheas de un bemol,  
instila, sin cesar, dentro mi oído,  
su do, re, mi, fa, sol....

Retegiendo la tela de la vida,  
en vaga sensación,  
suelto al remiso cavilar la brida.

Cada hora que en viscosa sucesión  
sobre la esfera del reloj se oxida,  
suena en mi corazón...!

Luis CORDERO DAVILA

Cuenca, Ecuador

des tendrán estancia y la señorita no agachará el lomo para trabajar, como temía.

Su voz temblaba y era cortante, casi agresiva.

Estoy convencida de que en aquel momento me odiaba por no haber consentido en darme al usurero y él saldar así su deuda de modo más cómodo.

La pobre mamá se abatió sobre la mesa sollozando:

—¡Hijos, hijos, hijos!

Y yo sentí como si todo un brazo del río me bajara, helado, zigzagando por la médula.

\*\*

No hay angustia ni derrota que el tiempo no borre o atenúe. Por otra parte, el trabajo ha regenerado a mi hermano y la paz volvió a nuestro corazón. Me casé y soy feliz, feliz, feliz. ¡Tan feliz que tengo un terror inmenso recordando, ahora que va a nacer

mi hijo, el pacto tremendo! ¡Tendré que pagar irremediamente esa deuda maldita! ¿Por qué la recuerdo esta noche con tan extraña persistencia? ¡Moriré veinte años antes de lo que debiera, en plena dicha, para saldar con el acreedor misterioso de aquella noche fantástica el pacto que tú, por su parte, cumplió en seguida religiosamente! ¿No veré a mi hijo, no le daré mi leche, no vigilaré su sueño y sus pasos, ni podré decirle nunca al hombre que me ha dado el amor y la paz:—A cambio de todo el bien que te debo, yo te doy este niño que es de los dos. ¡Son de muerte estos dolores fulgurantes que empiezan a surcar mi vientre y me hacen doblar contra la mesa donde escribo! ¿Quién sabe si la luz de mañana caerá sobre los ojos sonrientes o para siempre cerrados, de la mujer que traza estas palabras, en una hora que presiento suprema, de perdón celestial o cobro implacable!

Juana de IBARBOUROU

## LOS DOS GONZALOS

**C**UANDO Gonzalo Zaldumbide traspuso la sierra azuaya, halló su sed de paisajes inéditos un alma que reflejaba todo el paisaje morlaco y lo aguardaba hacía tiempo para saciarlo: el alma singular de Gonzalo Cordero Dávila.

Amado su tierra, Gonzalo Cordero es un caso de corazón permanentemente estallante en apasionadas voces. Se dijera que el suyo es la sepultura de los cariños comarcanos: tan entrañado lleva la totalidad del amor nativo. En su corazón está enterrada Cuenca y ahí hay que ir a buscarla, manejando para ello un arte de excelencias. En el de él y de un hombre purísimo que ha levantado en su pueblo la lámpara de las adoraciones: Honorato Vázquez.

A Gonzalo Cordero se ha de llegar mirando la poesía primordialmente con la voz de la añoranza, abuelizando la emoción que damos, para mayores entregas que nos harán vivir un minuto dichoso. Y si hemos de extraer las reliquias de su sentimentalidad más vernácula, nos escurremos al campo por los postigos de la égloga, en una tarde pausada que traiga en el viento las voces de los agros.

Poeta agricultor, su agro es resumen de su poesía y en su poesía vive y huele su agro, porque así de compenetrados se hallan poeta y campo, que emanan una común virtud de sí.

Hermosa manera de ser ésta de Cordero, que ha alzado un pórtico de excelsas humildades, dando la impresión interna de la ciudad, a que pase Zaldumbide, el ilustre viajero que la visitara, y, antes de entrársele a el alma, llegue sabiendo muchas cosas más que acaso no estuvieron en sus ojos de cariñoso experto distante.

Tras de referir que Cuenca nació de una reina triste y dejó que su vida corriera por ahí, pues, "cuando llegaron al campo oculto, caballeros y señores; la princesa ya no quiso ser hija de rey, sino humilde aldeana como todas, y no privó de su hermosura a los suyos tenidos por hermanos", explica:

«No quiere el simil esfuerzos de extensión para adaptarse a la princesa crecida en el viejo Huapdonóleg. Viniendo de la rota cepa ultramarina, hundióse aquí por voluntad del Hado. Su orfandad monta-

ñeza no se acaba y llega ya al misterio de su taifa, que no tiene señales ni caminos, el afán delator de su belleza. Ella es pobre, como los buenos hombres comarcanos; no tiene más que el zagalejo humilde que remiendan las flores; se mira en las aguas; anda con el pie desnudo que le acaricia la hierba; madrugó al cortijo; se acuesta, al saludarle las estrellas; gasta sol; gasta verdura y horizontes. Mas, no saldrá de aquí porque así la quisieron, desterrada; y porque el destino, uniéndola al dios Tiempo, al volverle fecundas las entrañas, aquí le immortalizó para la gloria.

Su voz no es mayor que la voz de sus campanas, alegra el valle pero no ha de pasar las curvas de sus montes. Su aspecto es grave; pero su corazón dulce como su faz de campesina trigueña y casta. Sus cabellos riza el viento en los sauzales blondos. Sus calles son senderos que andan la campiña y vuelven cariñosos al hogar oliéndose a trigales y retama. Para el color de su boca tiene el capulí, salvaje tesoro de rubí mórbido y fresco. Sus ojos son las mañanas henchidas de luz que en el azul espejismo levantan al cielo los paisajes más hermosos. En el huerto se quedan las palmeras para batir sobre su rostro, murmurantes abanicos en la suprema calidez del día. Su jardín le da amancayes a toda hora, y, por Diciembre, constelación dorada de aricumbas. Y duerme recostada en tomillares, dejando que su río le arrulle los descansos.»

Quien escribe así, con pulcritudes de enamorado príncipe indio, habrá sido el ruiseñor milenario, refiriendo la leyenda, para el electrizado jardín interior del exquisito hombre—mientras éste hacía de la primitiva paz de mi ciudad mediterránea, cabexal momentáneo de su non curanza errante.

Y habría querido ser testigo del abrazo de *hallades* que, al voltear de un recodo de la campiña morlaca, se habrán dado los dos líricos homónimos. Habría asistido al espectáculo cabal de la sinceridad, habiendo tenido la montaña-punto imparcial y de verdad, incontaminado por la gran mentira urbana—para el encuentro de dos viejos afectos.



## EL LIBRO DE LA BONDAD

Vidriera, libro de agua donde los ojos leen  
la unción maravillosa de los árboles,  
las parvas de rodillas, el portillo de siempre  
con arbustos más quietos que bancos de corales.

El corazón descubre, con su oculto sentido,  
en la vidriera que odia la amistad de los hombres  
la inocencia fragante del alma de Virgilio  
y los cándidos ojos de Tagore.

Bebo el vaso del éxtasis y aprendo a ser más bueno  
sentado a la vidriera, el libro del campo  
donde una confesión de monja es el silencio  
y el sauce la celeste meditación de un santo.

Quito, Ecuador

Jorge CARRERA ANDRADE

Gonzalo Zaldumbide y Gonzalo Cordero han vivido en un entendimiento de años. Cartas, prosas; bellos escritos: se han cruzado con frecuencia—para unirse en el común meridiano del amor al hondón nativo—, el uno desde la Europa que no había logrado desposeerle de su interior América; el otro desde la altiplanicie autóctona—reducto, de los pocos, del espíritu primigenio de la raza.

Afección de comprensiones a través de la certidumbre de una mutua conciencia en donde una voz íntima, que es pasado en el ser actual, le dice que es goce cierto, paz verdadera, una vida menos ausente de sí misma, en sus originales fundamentos.

En Zaldumbide como en Cordero se ve igualmente esa nostalgia de lo propio, que aún en el terruño es nostalgia siempre; esa misma perenne evocación del solar de la raza, en cuyas entrañas, el brillo del español y la tristeza del indio, forjaron el oro dulce del vivir americano. En el primero, como agravado solamente por el espacio de mar y tierra, de cultura diferencial, que media entre el estado como si dijéramos arcaico de su vida, y el actual más conforme a las insinuaciones de su espíritu que es para los goces de una ponderada cultura; mientras se enciende la pasión en el segundo, cada vez que sus raíces hunde más en la tierra original.

De ahí su inmanencia lírica, su íntimo subjetivismo que enciende en la emoción los crepúsculos de una suave sentimentalidad, que sueña y que medita. Porque Pe Zaldumbide y de Cordero, al menos que

conozcamos entre los escritores de la patria, es el don de la sugerencia sutil y a la vez honda, que responde con tal modo a un tan vivo estado de alma. Ambos espíritus obedecen a idéntico impulso que les suscita el pasado, el ser primordial y permanente. Escéptico el uno, resignado el otro.

He aquí dos hombres diferenciados por culturas distintas que van de la mano por los caminos antiguos del alma.

Y, para terminar, esta notación, a modo de exlibris de exégesis íclicas: Viajando Zaldumbide, a lomo humilde de mulo, por los tremedales de la sierra cañari, hacia el corazón del Azuay; dió con tierra su audacia de jinete que había perdido un poco la destreza en los fáciles asientos de los cochis europeos. No con la grave voz de la Biblia habría que interpretar este hecho. Con el potente reclamo de la Virgen Indiana que convida a los connubios de la Raza a los varones que élla amara y le dieran su espíritu, para decirles: Hombres de América, disfrutad de mi lecho y de mi pan; y en la hora del reposo lúminico, pensativos, inclinad la frente sobre los caminos de América, que, al salir de la aurora, en los terrones humedecidos, pasó marcando un símbolo de victoriosos destinos, la pezuña fugitiva del Venado; levantad, luego, los ojos, que el vuelo de los cóndores está encumbrando la cúpula del cielo...

Manuel CRESPO O.

Quito—1928

## HOME RUM

Para AMERICA

*El arte es libre juego  
de la imaginación...*

SCHILLER

JOSE Ortega y Gasset, en su *Tema de nuestro tiempo* y al hablar de *Nuevas autonomías*, apunta que «con una sorprendente coincidencia la generación más reciente de todos los países occidentales produce un arte—música, pintura, poesía,—que pone fuera de sí a los hombres de las generaciones anteriores. Aun personas maduras, las más resueltas a emplear mejor voluntad, no logran aceptar el arte nuevo por la sencilla razón de que no llegan a entenderlo. No es que les parezca mejor o peor; es que no les parece arte y consecuentemente creen de buena fe que se trata de una farsa gigantesca que ha extendido sus retículas de convivencia por toda Europa y América.» Y más adelante agrega: «El arte joven no se diferencia del tradicional tanto en sus objetos como en el cambio radical de actitud subjetiva ante el arte. El sintoma general del nuevo estilo que trasparece en todas sus multiformes manifestaciones consiste en que el arte ha sido desalojado de la zona «seria» de la vida, ha dejado de ser centro de gravitación vital. El arte, en el sentir de la gente nueva, se convierte en filisteísmo, en no arte, tan pronto como se le toma en serio». Ortega y Gasset es de opinión que se tome al arte como un entretenimiento, como un juego, como una diversión. El ha llamado a este cambio de «actitud frente al arte», el «sentido deportivo y festival de la vida». Naturalmente, —no podía ser de otro modo—esto es un «side step» al racionalismo. En su primer manifiesto futurista, año de 1909, ya proclamaba Marinetti que, «puesto que se ha glorificado hasta hoy la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño, nosotros pretendemos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, el puñetazo y la bofetada.» También como él, nosotros creemos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una

nueva belleza: la belleza de la velocidad. Hemos dejado a la seriedad como a una mala mujer, había perdido el «sentido de la coquetería». Además de que lo «serio» nos produce la imagen del autómatas, o, en otro caso, del «fool». Sin embargo, no desairamos la verdad—por virgen—en arte; aunque desde Wilde sabemos que el objeto del arte no es la verdad sino la belleza. Sócrates, abuelo de la ironía, «catcher» de la filosofía, gustaba de decir en sus conversaciones—partidos de ajedrez de la filosofía, entretenimientos, «mah-jong»—que los hombres de poco talento no pueden decir más que sencillamente la verdad... y nosotros decimos algo—más que la verdad— toda verdad está en nosotros, al decir de Barbousse. Esa observación afirma el hecho de que la nueva literatura—esto es lo que nos interesa hoy—se hace, en prosa y verso, por imágenes; lo cual no nos aleja de la verdad, porque nada más real—intuición (como tal) y percepción—que la imagen, aunque sí es la verdad deportiva; la verdad como un juego—el arte en Grecia «surgió de aquel divino juego de niños a la sombra de los olivos de Jonia»—; cabe decir que el arte es hoy más que nunca lo que los alemanes llaman el goce de poder hacer (*freude am kochen*). Aunque vivimos «la anarquía de las perfecciones», que señalaba Marinetti, la poesía moderna—imaginismo, impresionismo, ultraísmo, estidentismo, etc., es un cuadro *infantil* de las más «serias» expresiones de la vida; en poesía estamos jugando a las canicas, al balero, al trompo, a la pelota, al diábolo; en una frase; nos entrenamos; el arte nuevo es un deporte, como por ejemplo el «basket-ball»; lo interesante es correr y jugar la pelota que si no captura el canasto el esfuerzo está hecho y basta. Somos esencialmente «móviles y cambiantes». Esto es una larga carretera: esta-



mos en el kilómetro 1927 y atrás quedaron las viejas doctrinas. Inútil remolcarlas: habría que cambiarles carrocerías... Gongorismo, conceptismo, romanticismo, ruberrismo... ¿quién se acuerda de eso para imitarlo?, a quiénes tal imiten hay que pasarlos por las armas. En cuanto a piernas, las de los versos están hoy tan fuertes en tendones—futbolistas de las distancias—que ya no necesitamos de las muletas de la rima. Nuestra poesía es un «perpetuo dinamismo del pensamiento, galope no interrumpido de imágenes y sonos—como ritmos—, sólo puede expresa—por fortuna—el efímero, el inestable, el sinfónico universo que se forja en nosotros y con nosotros.» Hubo una época en que Verlaine pedía «La musique avant tout chose». Nosotros pedimos ritmo, nada más ritmo—que podría ser lo mismo, en un respecto—y nos dedicamos a jugar con los versos como niños con pelotas de gajos de colores—sinfonía de colores, en Física.—Somos imaginativos por definición—la imagen da la metáfora: la metáfora es el «substratum» del poema.—La vida está hecha en el verso por medio de instantáneas y en ella guardamos gran relación con los cuadros del post-expresionismo. Subjetivos hoy; diez instantes más tarde objetivos; inquietos. Hay momentos en que, dentro del poema, dejamos caer la vida al suelo, como una muñeca, con esa despreocupación de los chiquillos. Otra ocasión, en medio del poema, nos detenemos, nos paramos «en seco», dejamos a las gentes con la bo-

ca abierta y nos acordamos de otra cosa. Naturalmente—repito—no se explican ellos estos cambios: esperaban una película cinematográfica. Cabría también hablar de poemas cubistas o futuristas pero ya eso requiere artículos aparte. (Hay mucho por decir—como «cosa nueva»—respecto a música, pintura, escultura y arquitectura). Este siglo todos nos rasuramos y nuestra poesía tiene el cabello corto por comodidad, por higiene, por moda tal vez, más también por un imperativo categórico de la historia. Quizá no seamos originales del todo—al margen de la opinión de Keyserling—pero de cualquier modo nuestra poesía—al fin mujer—tiene una manera muy especial de «fletear» con el silencio. Y no por ello estamos lejos de nuestra un-poco vieja nodriza la filosofía por lo mismo de que está, al decir—cetero de Vasconcelos, ha vuelto a hacerse arte—¡oh Tagore!—En el fondo, quizá también buscamos un «sentido» de la vida y de allí que para llegar al «knock-out» nos entrenamos y adquirimos un gran «punch». Esto puede ser una filosofía de de la risa y de la sonrisa, en cierto modo: no son ellas, por lo demás, nada nuevo y nadie debe asustarse: Grecia era una risa azul; Roma, con su filosofía estoica, fue una sonrisa roja; Cristo, el Cristo de nosotros, era una sonrisa blanca.

**Baltasar DROMUNDO**

México, 1927



RAMONA MARÍA CORDERO Y LEÓN (Mary Coryle)

Poetiza azuaya



## DOLOR

Dolor, supremo estatuario,  
cincelaste mi cuerpo mejor  
que el griego supervisorario  
hizo a la Diosa del Amor.

Dolor, las rosas de mi cara  
con tus besos quisiste apagar;  
y me diste ser pálida para  
tú solo poderme besar.

Dolor, las gemas de mi llanto  
manan de ti: divino don.  
Mis ojos lloran tanto  
que me han mojado el corazón.

Dolor, esta suave tristura  
de mis ojeras de violeta,  
son las noches de insomnio locura  
amándote. Dolor poeta

Dolor, mi boca amapola  
cuya miel te agrada tomar;  
ya va mustiando su corola;  
y mañana ¿qué te ha de dar?...

Dolor, mis manos margaritas  
que tú gustas acariciar.  
míralas, pobres florecitas  
olvidadas sobre tu altar.

Dolor, la afura de mi carne  
siente ya tedio de vivir:  
¿acas tú no quieres darme  
el beso que la hará morir?...

Dolor... Dolor, la Poesía  
— se dice tu hermana: ¿es así? ... —  
se ha adentrado en la alma mía;  
y en élla te siento a tí.

Tus mismas garras asesinas;  
tu misma amargura de mar;  
tus embriagueses felinas,  
si de mi vino llega a gustar ...

Dolor... Dolor que fuiste un día  
Ensueño, Gloria, Amor .....  
Amor que, como dicha mía,  
te hiciste mi Dolor.....

Dolor, hechura de tus manos,  
debo ser sólo de tí.  
Que los amores mundanos  
pasen sin verme a mí!

Mary CORYLE

Cuenca, Ecuador

# PARABOLAS

## DIOS

—¿Quién es Dios?—le pregunté a un niño.  
Y él, con su mirada azul y sus rizos de oro que temblaban en el viento leve de la tarde:

—¡Yo!—me respondió con una ingenuidad más profunda y más verdadera que una religión.

## LA TIERRA

—¿Sufrir? ¿Y para qué, después de todo? Así dijo la Tierra, abierta en grandes surcos por la reja.

Pero cuando cuajaron las espigas, los gorriones cantaron el dolor fecundo de la tierra.

## EL SUICIDA

Tocó las puertas del Cielo alardeando su valor temerario.

Pero el viejo Pedro le dijo:

—Cobarde, creíste encararte con la Vida y no has hecho más que volverle la espalda.

## LA PIEDRA

—¿Por qué eres tan dura?—, dijo el agua a la piedra.

—De mí se hace la carne de la estatua—, dijo con sencillez la piedra al agua parladora.

## EL ABOLENGO

Mostraba sus blasones, y su orgullo se alzaba como la gola de un león.

Pero una voz:

—¿Y si la mosca que se ahogó en tu vaso, tuviera un abolengo más ilustre que el de tu sangre!—le dijo, haciendo sonar el oro de una buria.

## EL ANGEL

—Tendemos a la Bestia—, decían todos entre dientes.

—No es eso—dijo el Angel—: es que son muy pocos los que se diferencian de ella en algo.

## LA ARCILLA

Desde la cumbre rodó sobre el arroyo, y todos se admiraron.

Pero el Angel:

—La mujer es arcilla—les dijo—, y cuando la arcilla no la toma en su mano el escultor, vuelve al fango.

## EL CAPULLO

El viento se enamoró perdidamente, y como no pudiera conseguirla:

—Capullo—le dijo—, tu virginidad es un crimen.

## LA RANA

¡Loca!—le dijeron las otras.

Pero todo la noche estuvo la ranita en la ribera, sin atreverse a echarse al agua porque vio que las estrellas le miraban desde el fondo.

## LA VOLUNTAD

¿Querían detenerla?

No sé, pero es lo cierto que el agua pasó sobre la piedra que arrojaron a su paso, sin darle otra importancia.

## EL CAMINO

Preguntaba a todos, pero para eso volvía la cara.

Hasta que un día un caminante le dijo:

—Delante y no detrás de nosotros está el camino.

## LOS ENEMIGOS

—¿Cómo es que vas tan alegre cuando a tu lado se crispan los puños y las vocas se ponen lívidas?

—Mis enemigos no saben—dijo el triunfador, con la mirada clara—, el bien que



me hacen manteniendo mi voluntad en tensión como la cuerda de un arco.

EL PERRO

—Yo tengo un dios—dijo el Hombre.  
—No lo dudo—murmuró el perro entre dientes—, pero en ese caso el Hombre tiene el alma de un perro.

LAS AGUILAS

—¿Habéis visto que las águilas arrastran las alas en el fango?  
—Sí, para sacudirías luego sobre el baño al levantar el vuelo.

LA LIMOSNA

—Otros te darán pan—le dije al pordicero—, pero ya te doy corazón.  
El pordicero se rió, pero cuando el pan fué tan pequeño que un pájaro lo recogió de su mano, recordó mis palabras y lloró.

LA JUVENTUD

Aquel hombre les dijo a las solteras desoladas:  
—Las flores no se entregan solamente cuando están próximas a marchitarse.

LA MUERTE

Caminaba, caminaba, caminaba....  
Un día quise descansar:  
Pero apenas me detuve en una piedra del camino, la muerte vino y se sentó a mi lado.

EL PSICOLOGO

Cogía las rosas y las deshojaba creyendo hacer gran cosa.  
—¡Estúpido!—le dijo el Viento—, Yo, al menos les robo el corazón primero.

EL DANTE

—¿Quiénes son esos, Maestro?  
—Los que ni siquiera merecen el Infierno. Pasaron por la vida como peluzas arrastradas por el viento. Ni odio, ni amor! ...

EL DOLOR DE LA PIEDRA

—¿Por qué te callas bajo el cincel que abre tu carne?  
—Es para la armonía de la estatua—dijo la piedra con sencillez.

LAS TRABAS

—Los prejuicios son trabas—decían.  
—Sí, es verdad—confirmaron las águilas—, pero las trabas son para las patas no para las alas.

EL POETA

—Os habéis ensuciado las sandalias en el barro.  
—Es posible—dijo aquel mendigo—  
¡Como iba con la mirada en las estrellas!

LA RIMA

—¿Por qué son tan insulsos los lamentos en verso?  
—Es que el dolor ya había muerto cuando me halló—dijo la Rima.

EL DIABLO

—¿Quién te creó?—le preguntaron.  
—¡Dios!—dijo, y luego, en secreto—:  
es que es impotente.

EL BESO

—¿Por qué no te abriste?  
—Es que ya presentía el sollozo de un niño—nos dijo el beso.

EL ALMA

—¡Estás muy fatigada!  
—¿Y te parece poco—me dijo el alma—  
llevar el Cielo en las espaldas?

LA LUZ

—Prefiero seguir a oscuras.  
—¿Por qué lo dices?  
—Es que aún quiero tener la dicha a mi lado.

Alberto GUILLEN

Lima, Perú

## EL HOMBRE DE AMERICA

Hombre de América!

Hombre torrente y cataclismo  
con una mordedura de llamas en el pecho,  
Naciste de una piedra que rodaba al abismo  
y eres un ventisquero con dos garras de hulecho!  
Tremaron huracanes de oro.

Escuché en mí mismo:

<Hágase el hombre!>

Entonces grité: «El hombre se ha hecho!»

Saltaba el universo con su cox infinita,  
Y tremolaste el látigo de rugido que blandes,  
cuando la tierra negra se encabrita,  
y a cada latigazo galopaban los Andes!

Trepidaba el océano fragante,  
Trastornaba el diluvio su crátera en las combas  
de tus órbitas ciegas. Y tu vara gigante,  
sumergida en tu puño, salpicaba mil trombas.

La selva te anudaba la espalda,  
Se diría un lunático río verde que corre,  
o la espiral de una guirnalda  
que ciñe el dorso de una torre!

Revoloteaban cóndores en tu cabeza brava  
—insectos de la lámpara de los amaneceres—  
y aprendiste a beber en los cráteres lava  
para que den a luz volcanes tus mujeres!

Hombre de los dos puños crispados que se estiran  
esgrimiendo los cedros como si fueran mazos,  
Morirás entre un coro de alondras que deliran  
y con las mil luciérnagas de mil arcabuzazos.

El hoyo de tu mano espera el salto de agua  
torrencial para el nuevo diluvio en tus barrancos.  
Para el nuevo arco iris encenderás la fragua,  
mordiéndolo el pedernal de tus fémures blancos!



Jugaste malabares con los troncos de encina,  
 dilapidaste el oro del estremecimiento.  
 Y descendiste el hacha cristalina  
 de la cascada para decapitar al viento.

Hombre de América!

Hombre cuarzo y estalactita,  
 trueno de la montaña, rumor del caracol.  
 Si tú vas a engendrar una estirpe maldita,  
 te crucificaré con tres dardos de sol!

Hombre de la cabeza tentacular que muerde  
 el cielo cárdeno. Hombre que con el filo  
 angular de tu brazo—en el infierno verde  
 de tu yungla—estrangulas de amor al cocodrilo!

Hombre vertical, hombre labir, dolmen o grito,  
 arrebol, piedra, flama, seismos, vórtice y ola.  
 Si tú puedes hacer piñar al Infinito  
 con los bengalas igneos de una mirada sola.

Tu potro es la montaña crinada de pinares  
 y tu troy es el boa de oro que se derrumba  
 con sus convoyes de esmeralda en los pinares  
 y la locomotora de su grito que zumba!

Tu velivolo negro es el cóndor que lleva  
 en su gorguera blanca una hélice de espuma.  
 Tu monóculo triste es una luna nueva  
 y el humo de tu pipa romántica es la bruma.

El rayo es el obús de tu mano herrumbada  
 y la tromba del mar es tu lamento.  
 Tu voz derruye—como si fuera una granada—  
 las catedrales góticas del viento!

Tu mordisco es el seismos, tu sollozo es el trueno  
 y tu totem la bestia que tremola su pata.  
 Tu mujer es la tierra que te dará el veneno  
 en el cántaro oblicuo de una catzata!

**Gonzalo ESCUDERO**

Quito, 1928

## UNAS PAGINAS DE "FAITS DIVERS" DE HENRY BARBUSSE

COMO «muy cordial homenaje de su autor» hemos recibido un ejemplar de «Faits Divers» de Henry Barbusse.

Este libro, como todos los otros del ilustre escritor francés, corresponde al doble anhelo de arte y de combate, que él plenamente vive. En el fondo de «Faits Divers», así, no habrá solamente la honda preocupación social y la inquietud ante el destino humano, sino, más bien, la realidad palpitante, frágil o trágica, que inspiró ternura o dolor.

«Je ne crois pas au dieu — dice Barbusse, —mais je crois, hélas, à l'inconnu»... De este tormento de su espíritu, brotarán las lumbres del pensamiento filosófico de Barbusse, para quien los nimios y grandes sucesos tienen un valor igual en cuanto son motivos de humana inquietud.

Por lo demás, nada es inventado en este volumen, nos declara su autor; y si hay algo de extraño a la desazón del acontecimiento mismo, no es sino el simple «romance» del artista. El hecho o la historia, en la plenitud de su verdad que invoca o que grita, palpitan en estas páginas con fuertes estremecimientos.

Y tal afirmación podemos los lectores comprobarla. Para los lectores de lengua española, por ejemplo, el «fait» de «l'Instituteur», no parecerá sino una resurrección dolorosa de cierto acontecimiento que pasó en España, hace unos dos años apenas. Una vez, en el fondo de cierto lugar de Santander—Cavada—había una escuela, con su respectivo maestro y sus correspondientes alumnos. Tanto estos como aquella, no se diferencian mucho de los del resto del mundo; y por lo que respecta al pedagogo—D. Baldomero Zori—, es «comme tous ses confrères, universels, des prodiges d'ingéniosité et de patience pour capter et concentrer l'attention des trente petites têtes et y faire quelque portion de l'image immense des la réalité»... Además, como buen pedagogo empapado en la verdad de los dolores humanos y en la verdad de sus propios sufrimientos, «c'est un rouge». A sus alumnos les hablara siempre de las excelencias de la igualdad, de la fraternidad y de la solidaridad humana.

Les hablara también del supremo bien de la legalidad y la justicia...

Pero ocurre que España pasa por un período de restricción a las libertades de hacer o de hablar. Los militares y los frailes se han confabulado contra la nación española. Y como—según afirma Barbusse en frase que para nuestros pueblos resulta muy poco clara y explicable,—«là ou les officiers sont rois, les pêtres régents», el cura y el vicario de Cavada hacen, con el maestro izquierdista, lo que los demás curas y vicarios españoles hacen con todos los librepensadores del mundo: le acechan con una digna persistencia.

Es así como en una mañana le sorprenden al maestro Zori, cura y vicario de Cavada. En la sala de sesiones escolares entran los religiosos con el insolente garbo a que el fanatismo nacional y el fanatismo de la Dictadura les da derecho. «Dans la malheureuse Espagne d'aujourd'hui, les curés sont autorisés à pénétrer dans les écoles, pour surveiller l'enseignement qu'on y donne.»

Desde luego, ya el pobre pedagogo no es simpático para los inquisidores, que sólo esperan favorable ocasión para exteriorizarle, en contundente forma, sus opiniones. A pesar de aparentes zalamerías anteriores ellos le profesan «une haine à mort.»

Esa mañana les da esa ocasión. Como el pedagogo Zori hablaba, en ese momento, de la legalidad, del orden y de la justicia, continúa hablando de lo mismo, sin inmutarse, delante de los clérigos, que palidecen de odio al escuchar semejantes enseñanzas.

—La igualdad... la justicia...—comienza a balbucir un niño.

Entonces furioso el cura, abriendo los ojos y alzando los brazos, exclama, entortujando:

—Ah, y qué es eso. ¿Qué es eso? ...

Conturbado el chico no acierta; pero un compañerito sale en su ayuda, levantándose briosamente de su asiento se encara con el sombrío discípulo de Torquemada y le grita con bravura:

—Señor cura, eso es que todos los hombres son iguales ...



—¡Mentira! Mentira!, vocifera el clérigo. «Ce n'est pas vrai! Cela est contraire à l'enseignement de l'Eglise. Dieu n'a jamais dit que les hommes étaient égaux, et Saint Paul, en son nom, a dit qu'ils étaient inégaux!...»

Acompaña a la palabrería el gesto oportuno para impresionar fuertemente a los pequeños oyentes asombrados. Desautorizado tan plenamente el maestro; anulado hasta lo infinito delante de sus queridos alumnos, trata de hacer una observación al señor cura. Pero éste se vuelve contra él y, blandiendo los brazos como formidables garrotes, y echando espumarajos:

—Maestrescuela, sois un mentiroso, un farsante! Haced de las patrañas vuestras lecciones! Escarneceis a la Iglesia! La justicia... Ah, la justicia!...

El maestro se puso lívido. Los niños se agitaron aterrados en sus asientos; porque en las miradas del cura advirtieron un aborrecimiento mortal.

Zori sintió vértigo, y le espetó al clérigo esta declaración solemnisima:

—¡Sois un miserable!

Entonces el cura alzó un brazo formidablemente largo para golpear. Pero, en el mismo instante retumbaron dos detonacio-

nes, y el cura y el vicario cayeron como dos montañas de masa.

El maestro culminó en la locura: disparó una tercera bala y él también cayó para siempre junto a los cuerpos de sus implacables enemigos.

«Es así—dice Barbusse—cómo murió, en el año de 1926, y en un gran país, un maestro de escuela que se atrevió a hablar, de igualdad y de justicia, a sus alumnos.»

La prensa de gran información, por cierto, y de extensa circulación, no dió el dato ni en España ni en país alguno de Europa, a excepción de algunos periódicos pequeños, probablemente de anarquistas. Barbusse lo ha recogido de alguno de estos.

Y con su prosa de artista, y su emocionante sentido de las grandes injusticias humanas, lo ha hecho palpable para todas las conciencias del mundo.

En las demás páginas de «Faits Divers», hay, así, infinitos motivos de exaltación, de ternura o de dolor.

Como en *Clarifé*, asoma varias veces el escritor profundo, apasionado y parabolico. Y habla de lo más trágico de estas tres grandes tragedias: la guerra, el «terror blanco» y «el resto»—que será siempre ironía, grandeza o infinita y desgarrante desolación.

## LIBROS NUEVOS

FAVULAS Y CUENTOS,  
LOS AMANTES DE TERUEL,

por Juan E. Hartzenbusch

EL DENONIO DEL OCEANO,

por el Cap. Luigi Motta

## FANTASIA DE LA LLUVIA

A Hernán Palares Zaldumbide

No es el menor reproche...  
Te has fugado como esas luces repentinas  
que hace el lápiz de la estrella en la pizarra de la noche  
y de ti, como de esas gotas cristalinas  
en que espeja el rocío a la profuga bruma  
se han bañado nuestros ojos que advertían  
en el trigal caído la espiga de tu sueño.

Contémplanos ancianos. Ha pasado la espuma  
de la escarcha, nevando los oscuros cabellos.  
La ceniza nocturna ha manchado el empeño.  
Nuestros pasos de sombra que a una luz perseguían  
en un círculo muerto, desdandando, se han vuelto  
y el licor de aire rudo, como en húmedo vaso  
se ha colocado en el pecho, y nos canta en revuelto  
monorritmo de agua, el romance del sapo.

Catapulta de trueno que ha dañado a la estrella.  
Sobre el zig zag del rayo puede andar Capricornio.  
Ya perdimos la huella  
como el griego viajero de verso y unicornio.

¡Volvémos! Hay un ciprés aquí. Su verde techo recio  
burla un tanto a la ducha de los cielos. No es miedo  
ni desánimo. Nunca las agujas del agua  
nos tejieron el hongo el hielo en las arterias.  
No es cansancio. Es desprecio...

El sueño, en san de invierno, con su aterido dedo  
cosquillea los párpados que se cierran sumisos.  
Nuestra alma es la piragua  
navegando en un charco de lluvia dulce. Rizos  
para barbas de gnomos la nieve en los vestidos....  
Las doce, hora de hechizos  
recoge a los minutos que están desprevenidos.

En la aldea de casas con techo enrojecido  
la nieve ha decorado sus cristales minúsculos.  
Tendidos en la alfombra de este kiosko perdido  
nos llenamos de hojas y nos duelen los músculos!  
Sólo el recuerdo, como una chimenea  
nos pudo calentar.... Ha llovido a torrentes.  
Pero, sabrosa plática en el recinto lúmen  
y no castañetean nuestros dientes.

Es el menor reproche:  
Ella fugó para romper la vasta catarata....  
Pensándonos *románticos* y amigos de la luna  
nos trajo a caminar por la vía de la noche,  
nos prendió con la risa dardante de la lluvia  
y se marchó en el carro de la bruma  
oscura y clara, doble;  
como el trigal morena, como la espiga, rubia.

Quito, Ecuador

Augusto ARIAS

## AL TRAVEZ DE LOS LIBROS

**L**IBROS, jirónes de arte y de vida, que llegáis de muy lejos a decirnos palabras de emoción y de belleza, cuán gratos sois al espíritu! Formando una montaña os eleváis en el escritorio, como otros tantos monumentos de estudio, de esfuerzo, de recuerdo imaginativo. Buenos amigos, plasmáis la hermosura de las cosas, el minuto que pasa, el verso que brotó del corazón, la idea que brilló en la mente y fue ya indeleble en las letras de molde. Queremos, sin preferencias, a medida que salen de las filas donde están alineados, expresar la impresión que nos causaron. Después de su lectura, trazamos notas rápidas, acotamos brevemente, emitimos nuestro fugaz juicio. No queda tiempo para detenernos a disertar largamente.

### Un moderno escritor español

Llama la atención en la España contemporánea, en el Madrid del oso, del madroño y de la puerta del sol, la pujanza del moderno escritor José María de Acosta, periodista, crítico y autor de varias novelas que han sido saludadas con aplauso por los que juzgan del arte literario.

Los señores González Ruano y Carmona Nenclores, proliferos investigadores que han empujado el brillante bosquejo de los autores castellanos del día, al través de su lucha intelectual y de sus obras, trazan la vida literaria de José María de Acosta, como escribieron la de Valle Inclán, Cansinos-Assens, Fernández Flores, José María Salaverría, Pedro de Répide y otros.

De la referida reseña biográfica hemos sacado en limpio que el autor de "La Saturna", «Amor loco y amor cuerdo», «Las eternas miradas» y demás novelas, es infatigable trabajador, al mismo tiempo que sereno analista, que lo mismo penetra en la entraña social a estudiar las hondas torturas psicológicas, que describe la faena de los labriegos y el paisaje de la campiña española.

«Acosta, además de las condiciones comunes al novelista y al dramaturgo y que en

alto grado posee, como ser creador de tipos, algunos de gran comicidad y todos muy humanos; plantear problemas de enorme interés para los mortales; estar dotado de fantasía para urdir interesantes tramas, con incidentes cómicos y dramáticos de gran realismo y situaciones que pueden ser muy teatrales, tiene otras, especiales del comediógrafo. Es la primera poseer el secreto de un diálogo fácil fluido, ocurrente, elegante e ingenioso».

Enumeran los documentados críticos González Ruano y Carmona Nenclores las demás prendas del fecundo Acosta: la plasticidad de su literatura, la música del lenguaje, etc. Se apoyan en innumerables opiniones de literatos hispanoamericanos. La lista de autores aludidos es copiosa. De los hombres de letras que no pertenecen a España dan breves rasgos bibliográficos. No falta el Ecuador en la lista, entre nombres brasileños, portugueses, italianos, franceses, cubanos, etc.

En la novela "Al cabo de los años mil", Acosta nos trasmite la vida rural española con riqueza de colorido.

Por lo expuesto, que es muy sintético, dada la complejidad de valores del lozano escritor, se comprenderá la valía de este vigoroso adalid de la actual intelectualidad española.

Quizá en otra ocasión nos sean propicias las horas para detenernos algo más en esta figura moderna del Madrid cerebral que piensa hondamente y trabaja sin descanso, descubriendo la belleza recóndita de las cosas y analizando las complejidades del corazón humano. La falange laboriosa de escritores castellanos medita e inquiere, para no improvisar ni parecerse a cierta juventud sin preparación que se adorna con los oropeles de flamantes escuelas literarias sin calor ni claridad. Por esto, la generación baladí no produce nada original ni consistente. Esa superficialidad, por fortuna, es ahogada por los talentos que procuran que su arte perdure en el tiempo y en el espacio, como el múltiple intelectual José María de Acosta.



### La epopeya de la ciudad

La poesía moderna, siguiendo el ritmo de la vida, se orienta hacia lo que representa fuerza, progreso, actividad, mejora social, curación de miserias colectivas, ahorro de lágrimas. Anhela el resurgimiento de la especie humana, redimida de sus dolores y de su hambre. El sentimentalismo se inspira en los cuadros, de amargura dantesca, que dejan contemplar las grandes urbes con sus contrastes desconcertantes: de un lado, fábricas, talleres, palacios, rascacielos, bancos, joyerías, bodegas; de otro miserables viviendas, antros de corrupción, conventillos, plazas abigarradas, cárceles, cementerios, tabernas, que son los panteones del alma y del cuerpo. En medio del movimiento vertiginoso, ¡cuántos dramas callejeros! Para el observador, la vía pública es fuente de dolores y enseñanzas.

En los barrios populares, en los laboratorios de la colmena humana, en los enormes almacenes que en mil formas aglomeran la riqueza, el espíritu observador sabe hallar encantos y penas, sollozos y sonrisas.

Este conjunto dinámico constituye la "Epopeya de la Ciudad", que sirve de tema a los vigorosos capítulos de Emilio Frugoni, autor de muchos poemas montevideanos, que se empeña en transmitirnos la emoción que inspira la Capital del Uruguay.

"La ciudad es como un río que permanece y anda. Quieta en la geometría múltiple de sus casas; trahumante en la florida circulación de sus gentes", dice sencillamente, al entrar en el laberinto de los conventillos que anonotan pobreza, vigilancia mutua, murmuración, vulgaridad; en la audacia de los rascacielos, en el bullicio de las estaciones ferroviarias, en los frigoríficos de altas torres, en los castillos feudales al pie del Cerro situados, en las glorietas de las quintas, en las anchuras de tiendas, bazares modernos, en el bullicio de las estaciones ferroviarias.

Su reposado urjismo, sin medidas silábicas ni precisiones métricas que regalan el halago del acento y de la rima, expresa así su asombro: "¡Oh maravilla de los rascacielos que vemos estrarse en un frenético manotón permanente para robar la luz del firmamento y tenderla hecha sombra a sus plantas, sobre questras cabexas!"

Angustiosa la antítesis: por un lado los soberbios edificios; por otro, las casuchas aplastadas, los suburbios malolientes, la morada de los pobres, los modernos presidios llamados "conventillos", presagio de la cár-

cel de los muertos que sólo descubre una tosca y negra cruz a flor de tierra.

Con todo, el trabajo reparador obra prodigios en las populosas ciudades que tantas tragedias desatan. A su querida urbe apostrofa, sin galas de versificación, en esta forma Frugoni: "Eres un bosque levantado por el conjuro del trabajo. Cada árbol tuyo — oh bosque milagroso — brotó del calor de unas manos. Tus raíces, más que en el suelo, se hunden en la vida de las generaciones que las forjaron con sus músculos y las vivificaron con su aliento". El recuerdo le tortura, desde cuando el rancharío agrupado a la margen del Plata llamó, por sus heroísmos, la atención de América y convocó después a las legiones de Oribe y quebró la daga de Rosas. Más tarde vendrá el campo uruguayo rico en verdores, en reluciente ganado y en sangrientas revoluciones. Inmigrantes y criollos harán su obra. Añoranza para la vieja ciudad, empojada para siempre por el huracán de las reformas, destruida sin remedio para modernizarse y ser como una urna de oro.

"La Epopeya de la Ciudad", sin empeños de arte, sin filigranas de versificación, es dinámica y presenta, con elocuencia, el cuadro del Montevideo de nuestros días, del que vio el alma inquieta de Emilio Frugoni, sincero en sus procedimientos, para no afectar el colorido de las telas solariegas.

### El Poema de las tierras pobres

Cuando la tierra, madre pródiga, se muestra infecunda, el mortal se angustia, ve perdidos sus desvelos y se siente acometido por los fantasmas del pesimismo.

Los horrores de la sequía son sinónimos de hambre y delito en las comarcas no favorecidas por el riego reparador. La lucha estéril descorazona. Por donde dirigimos la mirada, contemplamos seca la hierba, destruida hasta la última brizna, calcinado el suelo. El raquítico paraje nos reproduce el aspecto desolador que en todo pone la muerte. Los seres racionales, junto con las bestias, emigran.

"No reposa el hombre de las tierras pobres", observa el poeta chileno Jorge González B.

Nos ha transmitido él, con raras pinceladas, la impresión de la miseria en su librito "El poema de las tierras pobres", sencilla y sinceramente concebido.

La falta de trabajo, la dificultad de mangas de agua, la esterilidad precipitaron al crimen, cuando el carácter ferreo y luchador

no triunfó de la naturaleza, como en la parábola "La Pampa de Granito" del pensador Rodó, como en las vidas esforzadas de los enérgicos vascos o los bravos de Castilla.

El campesino, en vez de combatir rudamente, pierde la esperanza, en los versos de González, cruzándose de brazos:

"El árbol no da sombra para sus miembros y cansado mira las soledades sobrecolectoras."

Cuando el *latifundismo* acapara el suelo que podía servir para mil siembras, el mal-estar del pueblo aumenta y llega a ser amenazador. El viento que sopla se transforma en atrazador huracán. El hambre es la temible cegadora cuando la pobreza de las tierras se agrava por la codicia del señor feudal, del único monopolizador.

### Poesía campera

Se ha discutido si conviene el estropeo de la lengua castellana al interpretar el alma criolla. Los cuadros de costumbres, ¿han de calcar hasta la jerga típica de los bárbaros del idioma? ¿Basta con entrar en el espíritu de los labriegos y la gente inculta que se mueve al impulso de pasiones primitivas? ¿Es preciso, para mayor naturalidad, reproducir su dialecto pintoresco, tan distinto del común hablar de las personas decentes?

Dejando aparte pareceres encontrados, que obedecen a distintos puntos de vista y a gustos diferentes, somos partidarios de la pureza del idioma en todos los casos, sin perjuicio de emplear una que otra dición irremplazable, uno que otro matiz inconfundible que den fuerza a la expresión, uno que otro vocablo *sui generis* que traduzcan el pensamiento. Y aun éstos, para lectores que no son del país, necesitan de notas explicativas. Generalizar los barbarismos tal vez resulta inconveniente, porque, en ajeno medio, supone la equivalencia complementaria.

Esto acontece a los ecuatorianos al saborear los poemas criollos de otros países; como por ejemplo los camperos uruguayos "Pitangas y Sina Sina" de la observadora e intensa poetisa María Teresa L. de Sáenz que dirige la hermosa revista "Vida Femenina" que desde hace más de diez años se publica en Montevideo.

Ha entrado en el corazón de la campaña oriental, a decirnos, en jergonza popular, los hábitos y los hondos sentimientos de las chinas y los gauchos, sus ardientes amores,

la fuerza de sus imágenes, sus arribos y despedidas, sus recelos y confidencias.

Allí la añoranza de los besos dados en la emocionante partida, la espera inacabable, el contemplar de día y de noche aquel camino por donde veía llegar al que tantas promesas de afecto le había formulado con vivos juramentos; allí la sincera vuelta al amoroso nido, a cultivar los cariñosos rosales sin temor a la traición, halagado por el ensueño de un ranchito "cubierto por jazmines, mucha yedra y arrayán y unos ojos muy grandes, que amorosos me dijeran: esos ojos son muy tuyos y nunca te engañarán"; allí el orgullo domado por la pasión, como se amansa al potro cerril; el gaucho altanero es ahora esclavo: allí la herida del desprecio y la memoria de la flor que le dio ella "como limosna de dicha"; allí el llanto del despecho que incepta a la conciencia y le inclina a barruntar un ruego cercano; allí la tendida lucha de los rivales que, cuchillo en mano, se juegan la vida.

Todas las tristezas de los hijos del campo, las prisiones y cegueras del corazón, las quejas y cantares primitivos ha revivido la analítica poetisa uruguaya. Sus cuadros, tomados tan profundamente de la realidad, rebosan de poesía, ingenua, conmovedora, vivificada por el rocío de lo verdadero. El amor maldito que domina voluntades y huye del mismo ser que adora, retratado está con maestría.

El caballo, el rebenque, la cabaña los montes y llanuras, las avejillas del alero, todo desata saudades al gaucho fantástico celoso y ardiente. "Pitangas y Sina Sina", es libro poblado de encantos y pensamientos de extraña belleza; vigorosos como la vida campesina, sin fingimientos, libre y franca. El alma del pueblo uruguayo que cultiva la tierra y atiende a la ganadería palpita en las efectistas pinceladas de la genial María Teresa L. de Sáenz. Nos da ambiente y colorido propios. Con otro lenguaje, sería lectura amena y emotiva para todos, porque huiría el peligro de lo pedestre con el manejo de términos adulterados.

La artista, madre ejemplar, ha dicho a sus hijos, con el acento de la convicción que hermosea su obra campera:

"Los que en el alma tienen  
Sed de exotismo,  
Que gocen los placeres  
De la ciudad,  
Que yo idolatro el aire  
De las cuchillas,



Mi mate mi chinito  
 Y el arazá.  
 Llevada por mi overo.  
 De madrugada.  
 Palpita de bondad dicha  
 Mi corazón . . .  
 Recorriendo los montes  
 Y la llanura.  
 Soy la dueña y señora.  
 De la extensión.  
 No ambiciono riquezas  
 Mal adquiridas  
 Ni me entusiasma el lujo,  
 La vanidad:  
 Soy feliz en mi rancho  
 De paja y barro.  
 Con cortinas de hiedra  
 Y burucuya.  
 Vivan otros contentos  
 En sus palacios  
 Con las costumbres rancias  
 De sociedad,  
 Que yo sola en el campo  
 Con mis calandrias,  
 Vivo alegre cantando  
 Mi libertad".

#### Un cantor del hogar

No a la manera del amable poeta mexicano que belamos en nuestra infancia, del bueno y afectuoso Juan de Dios Peña, a quien tanto atormentó Rufino Blanco-Fombona, sino de más juvenil y robusto modo, que se esfuma con el simbolismo oratorio, ha aparecido un nuevo cantor del hogar en aquel relicario intelectual que se llama Montevideo, que en la actualidad reúne valiosísimas joyas literarias entre las perlas femeninas y los duros diamantes varoniles.

Consagrado a técnicos asuntos de instrucción pública y a temas e inquisiciones educadoras en general, se ha dado tiempo el laborioso pedagogo Blas S. Genovese para decirnos inefables cosas acerca de los hijos, de la esposa y de los hermanos.

Con sincera piedad, ha mirado la oración de los padres que anhelan la perpetuación del fruto y el ennoblecimiento de las criaturas que son el encanto del hogar. Muestra seguro de que la paternidad es «talismán que vence todas las sendas; fiera que atomiza, fuerza que exalta, abismo que atrae irresistible, que nos hace cobardes o nos hace valientes hasta la heroicidad.» Sus conceptos multiplican los epítetos metafóricos y dan vueltas atrevidas a la perífrasis. Emplea antítesis que se confunden con la paradoja.

Su libro se llama «Canciones de la Noche Estrellada.» Se maravilla, meditando con los ojos abiertos ante la inflamada esfera que sublimó Olmedo, del ejército de linternas prendidas «en la mina oscura de los tiempos.» Grande su lirismo ante la noche estrellada, que, deslumbrando nuestra visual habituada al diario prodigio de la claridad y de las tinieblas, despliega sus pabellones misteriosos. Su evocación nocturna, el cuadro que nos describe, no se parecen a los demás, ni aun a los que el atormentado por la soledad dejó en sus lirios de oro. Eray Luis de León pintó en distinta forma, ponderando el vaivén de la plateada rueda de la luna.

Genovese, cual peregrino infatigable, nos conduce por todos los emblemáticos senderos, con extraña elocuencia, ampulosa en su novedad. Ha concebido, con riqueza de optimismo, el infinito rodar de los mundos estelares. Ha formado su decoración para ponerse a cantar en aquella hora nocturnal de los perennes luminaires siderales.

Crecen sus ansias interrogando el arcano de lo que habremos sido en otra vida y de lo que sufriremos: la transformación postrera. «Si fuimos puntos perdidos en alguna nebulosa, dice, hubo en nosotros tal fuerza que acaso hayamos sido una loca, una fantástica vibración, una fantástica protesta ante las sombras.»

En presencia de tales problemas, no se acuerda del metro ni de la rima, prefiriendo el íntimo ritmo de las almas.

Se detiene a contemplar a sus cuatro hijos, como cuatro palmeras reflejadas en el terso y tranquilo lago de la ternura maternal y en la herencia paterna.

Desborda su cariño conyugal para la bien habida. «Tal como el corazón la presintiera, la encontré sin buscarla: con un aire tibio, un aire blando, con algo de mujer y algo de hermana.»

Esta estrofa, molificada por la sencillez y la sinceridad, pone de relieve la valía del poeta del hogar, que ha impreso otro sello a esta clase de poemas familiares:

«Un día sin hablar nos entendimos:  
 No sé si fue sonrisa o fue mirada  
 el mensaje de amor de mis amores  
 que tendió nuestro puente sin palabras.»

Basta para formarse una idea de la modalidad del profesor y poeta uruguayo Blas S. Genovese.

Alejandro ANDRADE COELLO



¡NO vacile!

LECHE DE MAGNESIA DE PHILLIPS

**¡Exíjala!**

Esta es la que han recetado los médicos desde hace cincuenta años como el mejor antiácido y el laxante más suave. ¡No vacile! Pida y fijese que la botella lleve arriba la etiqueta con la firma colorada.

**¡NO ACEPTE NINGUNA OTRA!**

Raddin Ined, he allí tu obra. Esas beldades y otras muchas, tuyas son; esos corazones henchidos de amor y deseo, tuyos son; esos senos esponjados con los suspiros impetuosos del cariño, tuyos son; tuya la luz de esas pupilas, tuyo el carmín de esos labios, tuyo el aliento que por ellos sale impregnado de los olores del alma. ¡Ah, cruel! ¿qué órdenes son esas? ¡por qué pones el látigo y el hierro destructor en manos de ese feo negro, ese monstruo que llamas tu primer eunuco? Mira como las toma a media noche, las despoja de sus vestidos, las aberroja. . . ¿Has oído, miserable, el chasquido del azote mezclado con los gritos de tus víctimas? Esas carnes están inundadas en su propia sangre: esas manos, atadas, no pueden implorar misericordia: esas lágrimas corren sin esperanza de compasión ni de perdón. ¿Qué

te hicieron tus queridas, tus mujeres? ¡Gran Dios! el primer eunuco ha descubierto tres mancebos en la alcoba de esas perfidias: levanta el brazo, castiga, extermina; duda de tí mismo, entrega tu alma al diablo, sultán dichoso, cuando sepas que no te amaron ni un instante. Amarte, ¿y cómo? no fuiste su consorte, sino su dueño; no su amigo, sino su tirano; no su salvador, sino su verdugo. El corazón es águila: gusta de la libertad; en espacio inrestringido se bebe los aires y se encumbra al firmamento. ¿Dirás por ventura que a esa Zizi, esa Dalis, esa Nardina las habías ganado por el amor y la seducción? Si tú la compraste, no es mucho que ellas te hayan vendido. Sabe que la correspondencia es obra de voluntad, no de mando ni tesoros.

Juan MONTALVO

## La Sociedad de Músicos Ecuatorianos

\* "JUAN SEBASTIAN BACH"

**E**L Ecuador es tierra de promisión para el Arte, y no es la Música la que menos cultivadores intuitivos posee.

Más, pese a todas nuestras buenas disposiciones, hemos de sufrir la presión dolorosa de dos imperativos que llevan implícito el fracaso: un ambiente viciado de tiranía pasiva en todos los órdenes, y un servilismo anulador de apatía y molice, de acomodo a una pauta única y provechosa: vivir. Y como el valor individual no se dibuja bien, ni se bosqueja siquiera, todo adelanto colectivo es imposible.

¿Y el Conservatorio? Veinte y siete años hacen de fundado y sus frutos debieron ser envidiables. ¿Qué ha sucedido? Quizás un día ha de escribirse su historia.

Por hoy, bástenos saber que mis esfuerzos no han logrado una transformación parcial siquiera del ambiente artístico, no ha forjado valores indiscutibles, y, si alguna vez sembró, no supo favorecer el crecimiento.

Expontáneo fruto de la entusiasta labor escolar emprendida en los últimos cuatro años es el desparatamiento fervoroso de la conciencia musical en el Conservatorio, y el más alto exponente de ese despertar es la fundación de la Sociedad de Músicos Ecuatorianos.

¿Sus propósitos? Hacer música, hacer Arte, universal y nacional, hacer ambiente, hacer obra sólida y perdurable, pero no obra individual, aislada, por valiente que sea destinada al fracaso, sino obra de conjunto llevada a feliz término gracias al simultáneo estímulo de la independencia individual y del propio valer artístico dentro de la más armónica disciplina que haga del libre albedrío una fuerza de cohesión más bien que de anarquía o egoísmo implacable.

Y el único premio apetecido y reclamado por los miembros de la Sociedad "Juan Sebastián Bach" a sus compatriotas es el de la simpatía y benevolencia, y la ayuda para combatir el soplo fatídico de servilismo que nos hace esclavos de la murmuración, envidia, pesimismo e intereses caseros, y aniquilar la apatía que nos postra en plena juventud.

¿Concretaremos mejor esa forma de ayu-

da? Sí. Quisiéramos ver fundadas, siquiera en las poblaciones de primer orden del país, sociedades similares a la nuestra con estatutos más o menos parecidos; pues, no en vano escribió Liszt: «Un pueblo o un país sólo pueden ser iluminados por los rayos esplendorosos del arte cuando al aparecer la primera fogata en una altura se encienden enseguida otras tantas en todas las demás.»

Transcribimos a continuación la lista del personal que compone la Sociedad de Músicos Ecuatorianos, domiciliada en Quito:

Presidente electivo, Juan Pablo Muñoz Sang; Presidente honorario, Dr. Sixto María Durán; Vicepresidenta, Rosario Guerrero de Altamirano; Tesorera, Hortensia Proaño D.; Vocales: Sras. Mercedes Álvarez García e Isabel María Beltrán, Sra. Víctor A. Paredes y José María Ortíz P.; Secretario, César Aizaga; Prosecretario, Pablo Álvarez G.—Socios activos: Sras.: Enriqueta B. de Salgado, Elisa Ortiz de Aulestia y Teresa N. de Calderón; Srtas.: Inés M. Cortés, Laura María Betancourt, Carmen Álvarez García, María Teresa Cortés, Clara Inés Darques, Clara E. Ortiz, Inés Jijón, María Beatriz Tamayo, Blanca Medina, María Leonor Rodríguez, Rosa Betancourt, Lucrecia Medina, Rosa L. Ortiz R., María E. Recalde, Amaya C. Dávalos, Fanny Piñeiros M., Piedad Álvarez García, Lila Álvarez García, Maruja Montalvo, Rosa Morales Rocca, María Piedad Cortés H., María V. Proaño A., Rosa Ortiz G., Josefa R. Nieto J., Maruja Fasciola Ch., Laura Aulestia C., Leonor Yépez C., Guillermina Palacios L.; señores: Sergio E. Proaño, Julio C. Espinosa, Carlos A. Paz V., Víctor M. Salgado, Carlos H. Bermeo, Jorge Paz, Alfonso Godoy P., Manuel M. Noriega, C. Larrea, J. Ignacio Romero, Geó A. Castillo, G. Guerra R., J. Gómez V., Miguel A. Salcedo, Luis N. Salcedo, J. Enrique Muñoz, Pedro P. Echeverría, Homero Iturralde, Pablo Álvarez García, J. Ricardo Müller M., Angel J. Ortiz, P. Jacome, Segundo T. Araúz, Néstor Luis Cueva, José M. Herrera, P. Granja V., Luis E. Proaño.



# DOCE PUBLICACIONES IMPORTANTES QUE UD. DEBE SOLICITAR

## SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

*Directores:*

Carlos A. Amaya  
Julio V. González  
Carlos Sánchez Viamonte

La Plata  
República Argentina

## MERCURIO PERUANO

Revista Mensual de Ciencias Sociales  
y Letras

*Director Fundador:*

Víctor Andrés Belaunde

*Director:*

Alberto Ureta

Apartado N° 126  
Lima, Perú

## REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicación Mensual de la  
UNIÓN IBERO-AMERICANA

*Subscription anual:*

15 pesetas

Calle de Recoletos, N° 10  
Madrid, España

## CULTURA VENEZOLANA

Revista Mensual

*Director:*

José A. Tagliaferro

Apartado N° 493  
Caracas, Venezuela

## LA SIERRA

Órgano de la Juventud  
Renovadora Andina

Revista Mensual de Letras, Ciencias,  
Arte, Historia, Ciencias Sociales  
y Polemica

*Director:*

J. GIBO, Guevara

Apartado N° 10  
Lima, Perú

## ELIPE

Revista semanal ilustrada

*Director-Editor:*

JUAN DE GURUGERRA

Caracas, Venezuela

## ESPAÑA Y AMERICA

Revista Comercial,  
de Exportación, Economía  
y Finanzas

*Director:*

Eduardo de Oru

Alameda de Apóstola, 17 y 18  
Cádiz, España

## ORTO

Revista Universal  
Ilustrada de Literatura  
y Arte

*Director:*

JUAN F. SARIOL

Martí, 31  
Manzanillo, Cuba

## REVISTA ARIEL

Autonomía Patria,  
Ciencias, Misceláneas

*Director:*

FROYLÁN TURGIOS

Tegucigalpa, Honduras  
Centro América

## REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política,  
Historia, Artes, Letras

*Fundador:*

Enrique Matta V.

*Director:*

Félix Nieto del Río

Santiago, Chile

## REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

*Conductor y Proprietario:*

José María de Gamonedá

*Director:*

Juan B. Acevedo

San Agustín, N° 7  
Madrid, España

## PERFILES

Literatura, Artes,  
Ciencias y Actualidades

*Director:*

ANTONIO REYES

Apartado N° 434  
Caracas, Venezuela



# REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Miceláneas y Documentos

PUBLICADO POR

**J. GARCIA MONGE**

Apartado Letra X  
San José, Costa Rica, C. A.

SUSCRIPCION: El año, 2 tomos de veinte y cuatro entregas cada uno,  
\$ 6,00 oro americano.

## NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DE

LETRAS, ARTE, HISTORIA, FILOSOFIA, CIENCIAS SOCIALES

FUNDADA EL 1º DE AGOSTO DE 1907

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

ADMINISTRADOR:

Daniel Rodolico

PRECIO DE SUSCRIPCION (ADELANTADA) Por año \$ 6,00 dólares

Dirección y Administración: LIBERTAD 747

U. T. (41) 3354 Plaza.

BUENOS AIRES



*Charapoto*

*St. Pbro. Dr. J. Pablo Sánchez*